3 1761 07131439 7

CARLOS ROXLO

CANTOS DE LA TIERRA

SEGUNDA EDICIÓN

MONTEVIDEO
LIBRERÍA NACIONAL
A. BARREIRO Y RAMOS
BARREIRO & Cía.
SUCESORES
1914

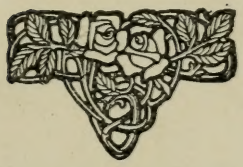
489

CANTOS DE LA TIERRA

CARLOS ROXLO

CANTOS DE LA TIERRA

COLECCIÓN DE POESÍAS



Segunda Edición
considerablemente aumentada

MONTEVIDEO

BARREIRO Y CIA, EDITORES
(Sucesores de A. Barreiro y Ramos)
LIBRERÍA NACIONAL
1914

LIBRARY
MAY 4 1912
UNIVERSITY OF TORONTO

PQ
8519
R7C3
1914

TALLERES GRÁFICOS, BARREIRO Y Cía. (Sucesores de A. Barreiro y Ramos)
Montevideo — Calle Bartolomé Mitre, núm. 1467

DEDICATORIA

¡A la memoria de mi padre amantísimo!

¡A la memoria de mi santa madre!

CARLOS.

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cantosdelatierra00roxl

JULIO E. ASTENGO
ASUNTOS JUDICIALES

Á MANERA DE PRÓLOGO

Señor Antonio Barreiro y Ramos.

Montevideo.

Mi señor y amigo: Mucho le agradezco que la segunda edición de este libro salga de los mismos talleres que se dignaron imprimir la primera.

Así estaré seguro de su elegancia, de su pulcritud, de lo aristocrático y hermoso de su talante y su fisonomía.

De este modo, aun cuando no logre cautivar los oídos con mi guitarreo, cautivaré los ojos con la preciosura del volumen en que mis rimas anidarán como zorzales en jaula de oro fino y de cristal labrado.

Yo versifico lo mejor que puedo; pero puedo poco.

La amistad de usted, dando artístico engarce á mis diamantes americanos, logra que el público los acepte como piedras finas. ¡Y allá ván turquesas, rubíes, topacios y alguna esmeralda de duque de sainete, vidrios policromos que, no

valiendo nada, los joyeros aceptan sin mucho análisis y que se venden sin mucho trabajo en nuestras joyerías!

Sus talleres de usted, mi noble editor, me hacen pensar en la embrujadísima lámpara de Aladino.

Mi excelente amigo: el doublé, que su afecto va á convertir en brillador joyel, es lo que yo más quiero de todo lo rimado por mi musa humilde, por la musa de obscuros ojos y de saya corta que hace más de tres décadas me sigue á donde voy con incansable y enamorada solicitud.

Mis Cantos de la Tierra *comenzaron siendo un folletito de treinta y dos páginas. Se volvieron, después, diminuto volumen de cincuenta hojas. Bajo su protección, la rústica iglesia vá tomando proporciones de catedral. ¡Se lo merece bien la imagen que se adora en todos sus altares y á cuyos piés se encienden todos los cirios de sus retablos!*

Si el minero era torpe, la veta era riquísima, y á fuerza de vivir explotando la veta con inhábil mano, lo que fué imperceptible hilito de agua se me figura yá arroyo de muy crespas y bullentes ondas. ¿Qué el agua es turbia? ¿Qué el sonido resulta desapacible? La culpa es mía, y no del arroyo que, bien encauzado, sería terso y musicalísimo como una décima de Regules.

Apenas sus talleres de usted, sus queridos talleres, dieron á luz la primera edición de este

libro mío, caí en la cuenta de que había descubierto un mundo. Reflexione usted, y se convencerá. Cinco ciclos: cinco filones. El ciclo charrúa; el colonial; el artiguista; el independizador; y el de la edad moderna. Así, con punto y coma después de cada ciclo. Es que cada ciclo tiene materiales de sobra para llenar la vida de un poeta. Júntelos usted, tome un poco de la savia de cada uno, y le resultará, necesariamente, una LEYENDA DE LOS SIGLOS de mi país y para mi país. Yo soy un mediocre versificador. Ya vendrá, llamando á la puerta de sus talleres, nuestro Víctor Hugo.

Aquello no cabía, no podía caber en un tomo. Lentamente, muy lentamente, fueron apareciendo El libro de las rimas, Flores de ceibo *y* El país del trébol. *Por gratitud al tomo iniciador, guardé quintillas y guardé romances para la segunda de las ediciones de* Cantos de la Tierra. *¡Muchísimas gracias por el nido que usted se dispone á trenzarles, mi señor Barreiro!*

Héroes verdaderos los unos y soñados los otros, todos los héroes que canta este libro son héroes del pago por sus amores, por sus angustias, por sus costumbres y por su vestir. Vistos los unos y soñados los otros, todos los paisajes de mi libro pertenecen al pago por sus líneas, su cielo, su sol y sus perfumes. ¡De cerca ó de lejos, el pago habrá sido la musa inspiradora de mi agitada vida!

Me dicen que el público prefiere leerme en LUCES Y SOMBRAS. *Yo me prefiero en* CANTOS DE LA TIERRA. *Pongo con mayúscula la última palabra del título porque con mayúscula está escrita en mi corazón. Con mayúscula y muy despacito, para que dure más, la pronunciaré cuando cierre los ojos para morir.* LUCES Y SOMBRAS *pudo ser rimado por un francés, por un suizo, por un alemán, hasta por un ruso; pero para escribir* CANTOS DE LA TIERRA *se necesitaba ser uruguayo y amar á su país fervorosamente, como yo creo que lo he querido siempre y en todas partes.*

¿Recuerda usted que, en cierta ocasión y hará como tres años, me pidió un libro de poesías para recitar? ¿Recuerda usted que me sonreí y le estreché la mano? Es que el libro yá estaba haciéndose en mi espíritu. Es que una buena parte del libro yá lo habían lanzado á la publicidad los talleres de usted. Es que, por la índole de sus asuntos y por la música de varios de sus metros, este libro es el libro de que usted me habló. El niño que lo lea, lo recitará á espaldas de sus padres y de sus profesores, si éstos son adversarios de los versos míos. Los niños no entienden de escuelas literarias ni de otras simplezas que amargan la vida. Del mismo modo, el joven que se fije en lo que puso en estas páginas mi corazón, es muy posible que se burle del arte vetustísimo del poeta; pero es seguro que

no se burlará de los sentires y de los pensares del cancionero. ¡En estas páginas relumbra nuestro sol, revive nuestra historia y cruje valientemente nuestra bandera! ¡Yo os he sentido ondear entre mis manos, que os acariciaban, airones á cuyos pies rezaron su salve al porvenir los lanceros de Artigas!

John Ruskin sostiene que nuestro trabajo debe distinguirse por tres condiciones principalísimas: ser honrado, ser útil y ser feliz. El que hoy entrego al público entiendo que es honrado, porque es sincera su musa inspiradora, que jamás comerció con sus ensoñares, y antójaseme que es útil porque robustece la pasión de la patria con sus viejas glorias y sus viejos usos, eternizando las tradiciones que constituyen la esencia indisoluble del alma nacional. Sé y aseguro, por otra parte, que mi labor modesta es labor feliz, como obra hecha por un niño que tiene gris el cabello, candoroso el espíritu, llameante el corazón y las miradas llenas de verduras de monte, pendientes de loma, plumajes de churrinche y cielos en que brilla nuestra fecunda luz. ¡Oh sol de mi país, oh sol de sus maizales y de sus calandrias, hierve en las tintas de mi pluma inhábil, como en las rojas flores del ceibo, como en las aguas del arroyo azul, como en el lienzo de la bandera donde soñé clavar los amorosos labios al morir!

Mi querido editor: Coulevain dice que todos

LA PATRIA

¡Oh el más profundo amor de mis amores,
Oh musa de mis cantos, abandona
La fragante diadema de tus flores
Y tus cabellos con laurel corona!

¡Cantemos á la madre bendecida,
A la tierra feraz en cuyo seno
El germen late con hervor de vida
Y explota el grano de potencia lleno!

¡Cantemos á la madre denodada
Que adornó con un sol nuestra bandera,
Por los vientos pampeanos desplegada
Sobre el jardín de la oriental ribera!

¡Cantemos á la patria que valiente,
Alzando heroica las robustas manos,
Rompió el haz de sus grillos en la frente
De los bélicos leones castellanos!

¡Cantemos á la patria, cuya historia
Es un sonoro estrépito de guerra,
Y que ungió con las sales de la gloria
Hasta el último palmo de su tierra!

Es la hora sepulcral de los conjuros,
La hora de las tinieblas y el misterio;
Corren las luces fatuas por los muros
Agrietados del viejo cementerio.

En la reja, poblada de suspiros,
Es rosario de besos la palabra;
Y cruzan por el aire los vampiros
De alas enormes y de piés de cabra.

Los ángeles, en torno de la cuna,
La canción de los sueños cuchichean:
Y á los plateados rayos de la luna,
Sus seráficas rémiges blanquean.

Llega hasta el lecho de la viuda esposa
El fantasma doliente del amado,
Reclinando en la almohada tenebrosa
El lívido semblante descarnado.

Aúlla el mastín; los vientos nocturnales
Que en las esquinas de la torre braman,
Al rozar con su soplo los cristales
Son voces que se quejan y nos llaman!

Es la hora en que desfilan silenciosos
Los grupos de las pálidas estrellas,
Y en que rondan los silfos voluptuosos
El lecho de las púdicas doncellas.

Es la hora de las fúnebres visiones;
La del negro aquelarre en la montaña;
La que mira cruzar los escuadrones
Del ciempiés, el murciélago y la araña.

Es la hora en que deforme y agrandado,
Se cierne el lechuzón sobre la ruina;
Y el lienzo tenebroso del pasado,
La luz de los recuerdos ilumina.

¡Oh blanca musa de los cantos míos,
La de los versos que mi afán sosiegan,
La nacida entre el coro de los ríos
Que las llanuras de mi patria riegan,

Es la hora en que tus alas de colores
Del Uruguay remontan las orillas,
Columpian los capullos de sus flores
Y suben al crestón de sus cuchillas!

Emprendamos, oh musa, la jornada
Que ya la noche sepulcral promedia;
Y en la lira, de espectros circundada,
Sollozan la elegía y la tragedia.

Evoquemos las glorias del pasado
Bajo los verdes toldos de palmares,
Allí donde se eleva inmaculado
El rudo altar de nuestros dioses lares.

Resucitemos la piragua estrecha,
El aduar vagabundo en la llanura,
La piel de tigre, la punzante flecha,
La clava informe como el mármol dura.

Hagamos revivir el rojo acero
Enastado en la lanza matadora,
El grito del valiente montonero
Y el pendón de la grey libertadora.

¡Que en alas de tu amor, oh patria mía,
El numen de mis trovas se levante,
Y en la nocturna soledad bravía,
Como el boyero de tus montes, cante!

Tú eres, madre, la flor de los alcores,
El crespo sauce de la undosa ría,
Y el nido con sus cánticas de amores
Puesto en las ramas de la ceiba umbría.

Tú eres el grito del corcel salvaje,
De la vendimia la fecunda brega,
El camuatí colgado del ramaje
Y los alegres himnos de la siega.

Tú eres el fleco de la rubia aurora
Azulando el ombú de la cuchilla,
Y el amor en los ranchos de totora
Donde la lumbre del boyero brilla.

Tú eres el oro del ardiente grano
Que en las panojas del maizal se encierra;
El trébol, hecho flor, que cubre el llano,
Y el clavel de los aires de la sierra.

¡Y eres la sangre que la arteria azula
Si el extranjero nuestros timbres loa,
Mientras la banda militar modula
El himno varonil de Figueroa!

Cuanto en tu suelo á contemplar se alcanza
Desborda en savia con ardiente brío,
Brilla con el color de la esperanza
Y sueña con los céfiros de estío.

En tí, por la guitarra vibradora,
Se alza del eco la cadencia herida,
Y de tus mieses el columpio llora
Miel de la abeja en el juncal dormida.

Tu savia del sauzal hierve en el brote,
Y cortando tus líquidos cristales,
El ramillete azul del camalote
Evapora su incienso en espirales.

Brilla tu parva al sol que la madura,
Canta el zorzal sobre tu corva rama,
Y hasta el casco del potro en tu llanura
Con perfumes de trébol se embalsama.

Todo tu sér con íntimas congojas
Esparce en besos su vital tesoro:
¡Las verdes lianas y las flores rojas!
¡La espiga llena y el naranjo de oro!

¡Oh mi musa gentil! ¡oh madre mía,
La de la parla sonorosa y bella!
¡Telar en donde teje el sol del día
La luz que el arco del cenit destella!

¡Santa nodriza en cuyo limpio seno,
Cuanto hay de noble en mí, libé á raudales!
¡Panal de mieles exquisitas lleno!
¡Rosario azul de auroras orientales!

¡Nube de esencia penetrante y viva!
¡Nido de amor de urdimbre delicada!
¡Mi ondulado país, costa nativa,
No te borres jamás de mi mirada!

¡Tierra de promisión, ojalá el cielo,
Cuando desligue mis carnales lazos,
Cierre mis ojos bajo el puro velo
Donde la Cruz del Sur abre sus brazos!

¡Y siempre de tu imagen la hermosura
Me siga por doquier, mi sombra sea,
Me conforte en los días de amargura,
Lata en mi corazón, vibre en mi idea
Y alumbre con su luz mi sepultura!

VOLVIENDO DE EUROPA

I

¡Salve, mi dulce bien, patria querida,
Amor de mis amores,
Cielo de luz, encanto de mi vida,
Rico jardín de flores!
¡Salve, numen bendito,
Que escudas con tus alas misteriosas,
Bañadas en el sol de lo infinito,
Las funerarias losas
Donde duermen el sueño de la tierra,
Los rayos de la guerra,
Los héroes inmortales del Cerrito!
¡Salve, región amada,
Eterno ensueño de la blanca luna,
Por Dios y por los hombres destinada
A ser el templo, el corazón, la cuna
Del alma libertad; de la sagrada
Virgen en cuyos ojos centellea
El ardor que guiaba á tus legiones
En Sarandí y Rincón; el ardor bravo
Que escribe en el dintel de las naciones
Que sabiendo morir, nadie es esclavo;
El homérico afán que en la pelea

Supo arrancar al genio de la gloria,
Para ceñirlo altivo á tus pendones,
El sangriento laurel de la victoria,
Aquel laurel que el ángel de la historia
Cultiva en las llanuras de Platea!
¡Salve, salve cien veces, madre mía,
Deidad cuyos magníficos altares
Una noche adornó la poesía
Con las ebúrneas perlas de tus mares,
Con las blancas estrellas de tu cielo,
Con los ricos matices de tu manto,
Con las fragantes flores de tu suelo,
Al son de la indecible melodía,
Del dulcísimo canto,
De las cadencias suaves,
Del armonioso coro,
Que formaban tus aves
De plumas de zafir, púrpura y oro!

II

Magna máter, estrella matutina,
Al borde de las olas reclinada
Como la hija del mar, la blanca ondina
De espumas coronada,
De tu lumbre divina
Buscaba el alma ansiosa los reflejos
Mientras la suerte fiera
Me tuvo lejos de tus playas, lejos

Del suelo donde ví la luz primera;
Y hoy al tornar á tí, patria adorada,
Me dice la emoción, que me domina,
Que en la vital jornada,
Para el bueno no tiene la fortuna
Don más rico, merced más señalada,
Que el inefable rayo de la luna
Que acarició la almohada
Y los cándidos lienzos de su cuna!

III

¡Oh tierra que saludo
De ternura filial, de emoción ciego,
Sus preciados tesoros te donaron
Todos los dioses del Olimpo griego!
¡Flora y Céres tus campos fecundaron,
Apolo de tu sol encendió el fuego,
Y los que con Solís te contemplaron
Desde las carabelas españolas,
Ver á Venus pensaron
Surgiendo de la espuma de las olas!
¡Si tres reyes audaces codiciaron
Después, madre, tus galas esplendentes,
Inútil fué su afán, pues te aprestaron
Con su manto de púrpura hecho trizas,
Mortaja en que envolver de tus valientes,
De tus hijos mejores las cenizas!
¡Hay incendios de sol en tus banderas,

Hay chispazos de sol sobre tus lanzas,
Y serán, en las horas venideras,
Fecundas, como el sol, tus esperanzas!
¡Siempre sabrán tus ínclitos lanceros
Morir vivando al sol de tus pendones,
Al sol de tus virtudes y tus fueros,
Como los héroes, que á tus pies tejían
La gloria de las viejas tradiciones,
En Ituzaingo, por tu sol, morían
Y llevaban tu sol á las Misiones!

IV

¡Oh de mi infancia alegre paraíso,
Lira de nácar y oro,
Para cantar la fé con que te quiero,
Para decir lo mucho que te adoro,
Me sería preciso
Resucitar la inspiración de Homero!
Sólo sé, patria, que mi vida es tuya,
Y si algún día reclamarla quieres,
No temas, no, que tu cantor rehuya
El más dulce deber de sus deberes,
¡Pues que más, madre, desear pudiera
Que dormir á tu sombra venerada,
Envuelto en un girón de tu bandera
Y ungido por la luz de tu mirada!
¡Mi juventud, en tí, dobla su brío!
¡Tú eres mi culto, mi deidad, mi dueño!

¡En las azules noches del estío,
Tu imagen es la imagen con que sueño!
¡Cuando pulso las cuerdas de mi lira
Siempre algo tuyo pongo en su cadencia,
Porque es mi corazón como una pira
Que quema, ante tus pies, toda su esencia!

V

¡Oh suavísima madre, en cuyo seno
Nunca mi labio halló hiel ni veneno!
¡La de los horizontes carmesíes,
En donde educa el gavilán sus alas,
Y que alfombras de verdes macachíes
Tus viejos montes de rugosos talas!
¡La del clavel del aire, que en la sierra
Crece á los huecos de la roca asido,
Para aromar, con rachas de mi tierra,
De los churrinches el caliente nido!
¡La del pez que fabrica en la laguna
Sus brillantes escamas policromas,
Con la nieve del disco de la luna
Y los átomos pétreos de tus lomas!
¡Oh suavísima madre, patria mía,
Yo te sueño sin lutos ni cadenas,
Espejo del honor y la hidalguía,
Emperatriz del arte como Atenas,
Emporio altivo del saber humano,
Por el derecho dominando al mundo,

Cubriendo de bajeles el Océano.
En oásis fecundo
Transformando la cumbre agigantada.
Gimiendo bajo el peso
Del arado y del pico y de la azada.
Amazona sublime del progreso,
De la justicia esposa enamorada,
Y tejida y cercada
Por eléctricos hilos, ígneas venas
Que lleven á tus miembros de gigante
La savia de la idea redentora,
Como los rubios rayos de la aurora
Hacen hervir la savia crepitante
Del ombú solitario,
Donde nuestra calandria silbadora
Zurce de sus canturias el rosario!
¡Y ha de ser, ha de ser, madre adorada,
Una verdad mi sueño venturoso,
Pues llegarás al fin de tu jornada
Dueña del porvenir esplendoroso,
De laurel y de mirto coronada,
Y en tu pendón reflejarán los soles
Del santuario inmortal de lo infinito,
Su viva luz de eternos arreboles!
¡Nunca, nunca marchito,
El árbol de la paz en tus praderas
Se elevará frondoso,
Y nacerá á su sombra el misterioso
Arcángel de las razas venideras!
¡Pasarán las vetustas tradiciones

Madre, á tu voz, como al nacer el día
Se disipan las trágicas visiones
Que del bardo soñó la fantasía!
¡Lucharán los partidos
Y tendrán su opinión los ciudadanos;
Pero al banquete de tu amor reunidos
Correrán vencedores y vencidos
Como al hogar paterno los hermanos,
Que pacífica siendo la contienda,
Podrás á todos ofrecer tus dones
Y al par de todos recibir la ofrenda!
Y en un himno sublime, sus latidos
Confundirán los nobles corazones
Que de tus hijos en los pechos laten,
¡Porque sabrás, al fin, que no se baten
Impunemente, oh patria, los leones!

VI

No basta, no, el auxilio de Belona,
No basta á un pueblo ser altivo y fuerte,
Para domar las furias de la muerte
Si el ángel del progreso le abandona.
De la inmortalidad al alto solio
No llegan, por lo extensas, las naciones:
¡De Roma las gigantes posesiones
No alcanzan á salvar el Capitolio!
¡Pasaron yá, cual hojas arrastradas
Por raudo torbellino,

Los tiempos en que abrían las espadas
De la gloria el camino!
¡El ideal del siglo diez y nueve
La ciencia al arte con empeño aduna,
Que yá el cañón á despreciar se atreve
El ángel de la prensa y la tribuna!
Sigue la senda, pues, que alcanza y guía
Del glorioso futuro á la alta cumbre;
¡Hunde tus ojos en la faz del día!
¡Moja tus alas en la excelsa lumbre!
¡Piensa que aun eres joven,
Que el trabajo es el dogma de la vida,
Ten en tu claro sol los ojos fijos,
Y no temas, no temas que te roben
Tu rama de laurel, siempre florida,
Suerte contraria ni destino adverso,
Porque yo sé que cantarán tus hijos
El cántico triunfal del Universo,
Y sé que estás llamada
A ser, patria, la tierra prometida,
Y á ser, madre, la Atlántida soñada!

VII

¡Sí, patria, sí; no miente mi deseo;
Profeta soy cuando, al soñar, te veo
Desnudada del yelmo de las lides,
Segar las mieses, recoger las vides,
Zurcir las velas de las raudas naves,

Empujar á la audaz locomotora
Y cantar, con la lengua de tus aves,
Los generosos himnos de la aurora!
Y aunque imposible me es seguir tu suerte,
Aunque yá habré acabado mi camino,
Y dormiré en los brazos de la muerte
Como al fin del desierto el peregrino,
¡Estoy, patria, seguro
Que cuando veas realizados esos
Nobles afanes de mi amor más puro,
Temblarán de placer mis pobres huesos
Allá en el fondo del sepulcro obscuro!

VIII

¡Conviértete en constante pregonera
Del trabajo y la paz, virgen bendita
Más pura que la flor de la pradera
Y más bella que Venus Afrodita!
¡Recíbela, si busca en nuestros lares
La libertad viril, un casto lecho
Donde adornar con místicos azahares
Las doloridas sienes del derecho!
¡Tras tanto batallar, hazte morada
En las cumbres del bien, dívica almea
Por la mano del genio coronada
Con los fecundos rayos de la idea!
¡Oh patria, oh dulce patria, oh madre mía,
Pues tu olímpico arnés y el yelmo rudo,

Despedazados en la lid bravía,
Dejas en paz dormir sobre tu escudo,
Permite que interrumpa tu reposo
Y apele á tu clemencia, el temerario
Grito de tu cantor, pidiendo ansioso
Que sirva á su cadáver de sudario
Tu azul y blanco pabellón glorioso!

MENSAJE MÍSTICO

I

¡Suelo ondulado,
Como la caja murmuradora
Del acordado
De la vihuela de estirpe mora!
¡Puerta del cielo
Nunca cerrada!
¡Broche del velo
De la alborada!
¡Garza coqueta
Junto á la orilla
Donde la inquieta
Luz del cocuyo temblando brilla!
¡Cesto de azahares,
Cuyo atavío
Son los collares
De los rubíes
Con que el rocío
Borda las hojas de los palmares
En donde duermen los colibríes!

¡Huerta cercada,
Nube de esencias,
Junco temprano!
¡Cuna sagrada
De las fulgencias
Del sol indiano!
¡Estrofa alada
De salve mística!
¡Fuente sellada
De onda muy pura, de onda eucarística!
¡Oh sulamita de los profetas,
Cuyos telares tejiendo están,
Bajo la ronda de los planetas,
Las plumas grises de las coquetas
Calandrias, hijas de las glorietas
Hechas con flores de tarumán!

¡Reina de Saba, cuyo vestido
De ópalos suaves está tejido!
¡Reina de Saba, con cuyo tul
Endulza el brillo de los destellos
De los diamantes de sus cabellos
La noche azul!
¡De tus amores las finas mieles
Que libe deja
Mi sed de amor,
Como el azúcar de tus claveles
Liban la abeja
Y el picaflor!

II

¡Patria adorada,
Tierra escogida,
La inolvidada,
La bien querida!
¡La del encaje blanco y celeste
Que en lo más hondo de la cañada
Borda las curvas del río agreste!
¡La de la garza de los islotes,
La de la garza de los esteros,
A la que inciensan los camalotes
Y aromatizan los limoneros!
¡La que tendiste
Sobre mi cuna
El brillo triste
Con que la luna
Platea el nido de los biguáes,
Cuando en las zarzas de la laguna
Duermen en grupos los mamangáes!

¡Tierra de aromas,
Cuyas gramillas
Visten las lomas
De las cuchillas
Con los fulgores
De la esmeralda,

Mientras sus flores
Las manzanillas
Prenden del llano sobre la espalda!
¡Lumbre creadora
De mis ideas,
Luz de la aurora
Que al ceibo dora,
Bendita seas!
¡Bendita seas en tus ombúes,
En lo amarillo de tus rastrojos,
En las hamacas de tus bambúes
Y en tus churrinches de pechos rojos!
¡Bendita seas en los crestados
Montes cubiertos por el palmar,
A cuyas plantas corren callados
Los espumosos, los azulados,
Los gruesos hilos de tu Olimar!

¡Bendita seas si un soplo tuyo,
Cortando el aire donde el cocuyo
Pone su luz,
Sube á la cumbre de las colinas
Donde destellan las diamantinas
Ondas del aspa de nuestra Cruz;
Y de allí tiende su vuelo errante,
Y á los que esperan bajo el fragante
Suelo en que tantas veces viví,
A los que esperan bajo argentinas
Flores con zumbos de colibrí,
Dice que el agua volverá al río,
Dice que es suyo cuanto hay en mí,

Y que á su lado dormir ansío
Para contarles como el estío
Besa á tus palmas, cuyo rocío
Salió del fondo de nuestro Yí!

III

Deja que, el soplo tuyo,
Cruzando el cielo,
Hacia ese sitio triste
Tienda su vuelo,
¡Sitio donde las flores
Faltas de brío,
Hablan con los que duermen
Un sueño frío!
¡Hablan con los que duermen
En el sagrario,
Que custodian los bronces
Del campanario!
¡Hablan con los que duermen
En honda calma,
Vasos sin contenido,
Cuerpos sin alma!
Allí, de las capillas
Junto á las rejas,
Hay nubes de sollozos,
Preces y quejas;
¡Preces sencillas
Que lloran en los hierros
De las capillas!

¡El soplo tuyo, madre, arrulle al que me espera,
Al caballero anciano de noble corazón,
Al que me inspiró el culto viril de tu bandera,
Y al que pidió á los vientos que cruzan la pradera,
De mis humildes rimas el acordado són!

¡Que el soplo tuyo, madre, arrulle al caballero
Que entre montañas grises se despertó al nacer;
Al generoso hidalgo de corazón entero,
Por cuya sangre ardiente como tu sol de enero,
Corrían las virtudes del viejo Fivaller!

¡Que el almogávar sienta flotar sobre su frente
Los rústicos cantares del hijo en que creyó:
Los cantos en que copio las quejas del torrente,
El cimbro de las palmas bajo la luz poniente,
Y el himno del boyero que puebla el viraró!

¡Que el almogávar sienta que arrullo su reposo
Cantando á mis hermanos las trovas que aprendí,
Cuando cruzamos juntos, sobre el corcel brioso,
Los ceibos en que ondulan, con paso perezoso,
Las aguas verdinegras de nuestro Tacuarí!

¡Que el almogávar sienta que voy por el sendero
Donde me dijo siempre que colocara el pie,
Cantando á los fulgores plateados del boyero,
Los zumbos del milano que ronda placentero
Las crestas de la cumbre azul del Carapé!

¡Que el almogávar sienta que vibra en mis canciones
En las canciones roncas que á alzarte me enseñó,
El entusiasta fuego que ardía en tus legiones
Cuando tu viejo Artigas dejaba sus pendones
Ocultos en las chircas de tu Tacuarembó!

¡Que el almogávar sienta que soy lo que me hizo
Su noble sed de gloria, su religión por tí,
Cuando en mis cantos suene con embriagante hechizo,
La nota de los yuyos, que al paso del erizo
Se mueven en las puertas del antro del coatí!

¡Que sepa el padre anciano que el hijo no le olvida
Y que conserva intacta la herencia de su honor,
Que en sus ejemplos busco la norma de mi vida,
Y tengo mi memoria á su memoria unida
Como al ombú se enlaza la enredadera en flor!

¡Que el soplo tuyo, madre, le diga al caballero
Que entre montañas grises se despertó al nacer,
Que aun guardo, como el suyo, mi corazón entero
Y que mi musa tiene los filos de su acero
Más puros que la espada del viejo Fivaller!

¡Que el soplo desprendido de tu divina frente,
El soplo embalsamado con jugos de urunday,
De su callada tumba la lobreguez argente
Como tu Cruz argenta la bóveda crujiente
De los espesos montes de talas del Queguay!

¡Y haz, patria de los cuentos campuzos de las yerras,
Cuando la muerte enfríe la boca que cantó
El himno de tus trojes y el himno de tus guerras,
Que el nombre de mis padres, rimado por tus sierras,
Perdure más que el himno que te consagro yo!

Buenos Aires, 1900.
La Plata, 1913.

EL CICLO CHARRÚA

HIMNO Á TUPÁ

(1552)

¡Espíritu del bien, con cuya lumbre
Se tiñen de carmín los horizontes,
Y que cubres los troncos de los montes
Con la rosácea flor del arazá!
¡Espíritu del bien, que su ardimiento
Diste á la sangre indómita del puma,
De los torrentes á la crespa espuma
Y al corazón del indio Abayubá!

¡Espíritu del bien, que á nuestros toldos
Viviste siempre y para siempre unido,
Elaborando del hornero el nido
Y tejiendo la sombra del ombú;
Que fabricas el tala para el arco,
Que del timbó fabricas las piraguas,
Y de tu lumbre en las ardientes fraguas
Pardeas el plumaje del ñandú!

¡Espíritu del bien, que nos ofreces
La grácil gentileza del venado,
Y del chalchal el fruto embalsamado,
Y las plumas del verde colibrí,

Haz que triunfen las tribus que te envían
Cada aurora sus rezos de esperanza,
Y vibren tus furores en la lanza
De urunday del cacique Carabí!

¡Espíritu inmortal, que de los blancos
La cruz no nos conquiste y nos ultraje!
¡Pon en nosotros del jaguar salvaje
La dura zarpa y el ardor montés!
¡Espíritu inmortal, libra á los tuyos
Del dolor de sus bárbaras cadenas.
Y haz que corra la sangre en nuestras venas
Como sangre de hambrientos yacarés!

¡Espíritu del bien, sagrado espíritu
Que embalsamas las púas del zarcero,
Y á quien bendicen con su alerta el tero,
Con sus cánticos dulces el sabiá!
¡Espíritu del bien, salven tus alas
Invisibles la gloria de los tuyos,
Y que rece la luz de los cocuyos
Sólo las oraciones de Tupá!

¡Espíritu del bien, nunca eclipsado
Sol de las lomas en que el trébol nace,
Sol cuya luz ardiente se deshace
En las panojas de oro del maíz!
¡Espíritu del bien, sol que empurpuras
De nuestros ceibos la diadema estiva,

Y envuelves á la garza fugitiva
Del pajonal cimbrante en el tapiz!

¡Espíritu del bien, sol que blanqueas
De la cicuta el cáliz barranquero,
Y que enciendes los ojos del lucero
Que brilla entre los ramos del butiá!
¡Espíritu del bien, pon las cegantes
Luces de tu magnífica corona
En la lanza del indio Magalona
Y en la lanza del indio Tabobá!

¿Quién como tú? ¡La pamperada dice
Tu nombre al sacudir el espinillo!
¡Dice tu nombre el fosforente brillo
Con que mira el rapaz ñacurutú!
¡Con tu nombre se arrullan las palomas
Bajo el dosel del sauce costanero,
Y hablan de tí la urraca y el hornero,
El apio cimarrón y el guaycurú!

¿Quién como tú? ¡Los astros de rodillas
Se encienden en tu gloria de fulgores,
Y te cantan la endecha de sus flores
Desde el tembetarí al ñangapiré!
¡Dice tu rezo en las flotantes algas
El cirujano que el arroyo cruza,
Y el cardenal de roja caperuza
Dice á tu luz los himnos de su fé!

¡Espíritu del bien, esplendoroso
Sol de las cumbres del nativo suelo,
Que al halcón diste su potente vuelo
Y su virtud piadosa al cambará!
¡Espíritu del bien, sol cuyas alas
Son fosfóricos ríos de cocuyos,
Rompiendo las cadenas de los tuyos,
Haz que la cruz no triunfe de Tupá!

LIROPEYA

(1571)

(El lugar de la acción representa un bosque. En el fondo, una cuchilla con un tortuoso sendero. Á la derecha una cruz de hierro con un sustentáculo cuadrangular de piedra. Anochece).

I

NUÑO Y GIMÉNEZ

NUÑO. Nunca España pretendió
Sin obtener con ventura.
GIMÉN. Que lo diga la mar dura.
NUÑO. Lo digo, Giménez, yo.
Y más vale mi querer
Que el querer del golfo frío:
¡Tumbos que doma el navío
Tienen escaso poder!
GIMÉN. En verdad que bien podemos
Retarle con valentía.
NUÑO. ¡Es que el sol de España ardía
En las velas y en los remos!
¡Es que un destello español
Con nosotros navegaba,
Y aunque la mar era brava,
Era más bravo aquel sol!

GIMÉN. No es menos roja la luz
Que estos bosques enverdece.
NUÑO. Su púrpura palidece
Ante el fulgor de la Cruz.
GIMÉN. Mucho el sol indiano brilla
Y bien las flores esmalta.
NUÑO. Pero á su disco le falta
La ardiente fe de Castilla.
Más que un brillo, tiene dos
La luz que á Castilla baña:
¡El brillo que le da España,
Y el brillo que le da Dios!
GIMÉN. Aunque tus frases admiro,
De impaciencia me consumo.
Si no viniese.....
NUÑO. Presumo
Que en el blanco clavé el tiro.
¡No hay más monstruo que los celos
Y el monstruo despierto está!
GIMÉN. Sí, pero el sol cruza ya
El límite de los cielos,
Y del cerúleo confín
En el lienzo refulgente,
Pone el pintor del poniente
Sus brochazos de carmín.
¡El esperar, desespera!
¡Si no viene, estás perdido!
NUÑO. ¡Pronto, muy pronto el rugido
Escucharás de la fiera!
¡Cautiva de su pasión,

Va donde su pasión quiere,
Y su dura zarpa hiere
De lleno en el corazón!
¡No concibe la derrota,
Y te aseguro que bien
Se vengará del desdén
Con que la indiana le azota!
¡Calla aún, como yo callo,
Que harto veremos yo y tú
Si choca Yandubayú
Con el capitán Carvallo!

GIMÉN. La indiana es dulce y ladina.

NUÑO. ¡Yo también de hábil me precio!
¡No soy, Giménez, tan necio
Como la infiel se imagina!
Tengo, en cada brazo, un puño
Donde más de un ardid cabe,
Y Liropeya no sabe
Todo lo que puede Nuño.
¡Su sol para mi corona!
¡Su cuello, para el dogal!
¡Carvallo será el puñal
Que no falla ni perdona!

GIMÉN. Te ciega el odio, y prudente
Fuera medir los azares.

NUÑO. ¡Son astutos los jaguares,
Pero lo es más la serpiente!
¡Yo, ladino ó temerario,
De sus celos me valdré,
Para que triunfe la fe

Del que murió en el Calvario!
¡Y servido por su saña,
Con arte noble ó malsín,
Yo haré que en este jardín
No haya más rey que el de España!

GIMÉN. ¿Acaso hay dos?

NUÑO. No, no hay dos.
Pero si torpes andamos
Es posible que perdamos
Lo que es del Rey y de Dios.
Todo se vuelven blanduras,
Cabildeos, atardares,
Y entre tanto los jaguares
Rugen en las espesuras.
Yo veo, medito y callo.
¿Venimos á conquistar?....
Pues que cese de soñar
Con liviandades Carvallo.
¡Que torne á reñir con saña,
Dejando tan solo en pie
Lo que acepte nuestra fe
Y use el romance de España!

GIMÉN. Es prudente el capitán.

NUÑO. Antes pecó de bravío:
Es que le doman el brío,
Y afeminándole están
Las insidias de esa fiera
En cervato transformada:
¡La noche de su mirada
Se me antoja traicionera!

Arde su negro fulgor
Con relumbres de falsía:
¡Lo siento; lo juraría
Por Cristo, nuestro Señor!

GIMÉN. ¡Es hermosa y es mujer!

NUÑO. Los celos no tienen ojos.
Mira los espacios: ¡rojos
Los puso el anochecer!
¡Así, juguete y vasallo
De la pasión que le azota,
Rojo el crepúsculo flota
Sobre el alma de Carvallo!

II

CARVALLO, NUÑO, GIMÉNEZ Y SOLDADOS

CARV. *(dentro)* ¡Ah del monte!

NUÑO. ¡Por aquí!

GIMÉN. Razón tenías: ya llegan.

NUÑO. ¡Celos, espantosos celos,
Roja haced la noche espesa
Que va envolviendo en sus tules
Los ramos de la floresta!

CARV. Para llegar, por quien soy,
Di más vueltas y revueltas
Que el áspid que oprime al corzo
Y el corzo que al galgo husmea.

Debe ser mucho el motivo
Que á esta entrevista nos fuerza,
Cuando con tanto misterio
Me llamásteis á la selva
Donde el zorzal teje y pule
Sus himnos á las estrellas.
¡Al venir me pareció
Que en mi pecho sus endechas
Resonaban!

GIMÉN. ¡El que fía
En presagios, poco acierta,
Que el corazón es un gran
Mentidero de promesas!

CARV. ¿Qué dices?

NUÑO. Dice, señor,
Que piadoso y cuerdo fuera
Que lo que quiero contaros
Vos y sólo vos oyérais,
Pues los pesares del alma
El bien nacido silencia
Para que sus palideces
No se tomen á flaqueza.

CARV. *(á Giménez y los soldados):*
— Dejadnos; pero atended
De mi bocina las señas,
Que á juzgar por lo que escucho
Mala noche nos espera.
(Salen Giménez y los soldados).

III

Carvallo y Nuño

Carv. Dí lo que sabes.
Nuño. Es larga,
Capitán, nuestra historieta.
Carv. Pues procura que el relato
No acabe con mi paciencia,
Que lo poco que me has dicho
Me puso en ascuas. Empieza.
Nuño. Hará cuatro puestas, la tarde moría;
Caluroso y cárdeno, terminaba el día;
El bosque cruzábamos Giménez y yo:
En estos espinos de espesa coraza
Nos halló el crepúsculo, después de una caza
En que muchas veces el arco cimbró.
De pronto, viniendo de un claro florido,
El son de dos voces hirió nuestro oído,
¡La voz de una virgen, la voz de un infiel!
La bella escuchaba, con lánguido gozo,
Lo que le decían los labios del mozo,
¡Avispas zumbantes con cargas de miel!
Sentía la hermosa, de rostro cobrizo,
De aquellas palabras el sáfico hechizo,
De aquellos arrullos la magia letal;
Y cuando la noche, callada y obscura,
Llenó de topacios el tul de la altura,
¡El himno de un beso cruzó el matorral!

CARV. ¡No sigas! ¡Comprendo! ¡La moza era ella!
NUÑO. ¡La virgen cobriza, la de ojos de estrella,
La de los ardientes labios de rubí!
¡Ocultos en este frondaje la vimos,
Y cautos siguiéndola, saber conseguimos
Que todas las tardes se citan aquí!
¿Decírtelo?... ¿Cómo?... ¿Callártelo?.... Fuera
Traición en quien sigue con fe tu bandera
Y ajusta á tus pasos su paso marcial.
Por eso quisimos al bosque traerte.
CARV. ¡Amor, amor mío, cantando tu muerte
Sus besos se acoplan en el matorral!
¡Reid en la selva, coloquios amantes!
¡Reid en las cintas de broches fragantes
Que el aura columpia con dulce vaivén!
¡Reid desdeñosos del ansia que siento!
¡Reid en los nidos! ¡Reid en el viento!
¡Carvallo.... Carvallo se ríe también!
¿Su nombre?
NUÑO. La virgen.....
CARV. No es ese el que ansía
Saber de tus labios la cólera mía:
¡Ese, sin tu ayuda, lo encontró mi afán!
NUÑO. *(Después de un momento de duda)*
El del indio ignora Nuño de Guevara.
CARV. ¡Cuando nos hallemos los tres cara á cara
Sus risas, si ríen, nos asustarán!
¡Mejor que sus burlas, sonará mi saña!
¡Lo juro por Cristo, por la luz de España!
NUÑO. Calmaos, que vienen.

CARV. Déjalos venir:
¡Quiero de sus frases libar la dulzura!
¡Corazón, destila tu última ternura!
¡Aprende, escuchándolos, á odiar y á sufrir!
(Retíranse, escondiéndose en la espesura, Carvallo y Nuño. Por el lado opuesto aparece Yandubayú, saliendo de la selva, al mismo tiempo que Liropeya baja por el sendero de la cuchilla. Es casi de noche).

IV

LIROPEYA Y YANDUBAYÚ

LIROP. ¡Yandubayú!
YAND. ¡Mi Liropeya!
LIROP. Ansiosa
Esperaba este instante.
YAND. Mi agonía,
Mi afán de verte, mi pasión celosa,
Sueñan gozosos con la noche fría.
Es que la noche para mí fulgura
Con la lumbre de un sol nunca eclipsado:
¡El sol de tu selvática hermosura!
¡El sol de tu semblante idolatrado!
LIROP. Yo también pienso en tí cuando triunfales,
De la zarza montés en los verdores,
Saludan á la aurora los zorzales
Y sestean al sol los picaflores.

¡Y pienso en tí cuando la tarde acaba,
Cuando la luz en el confín fluctúa,
Pues ser quisiera la feliz esclava
Que enciende el fuego de tu hogar charrúa!

YAND. ¡Te adoro bien y lloro al contemplarte
Cautiva en el fortín del castellano!

LIROP. No me impiden sus grillos adorarte
Como el ceibo á las llamas del verano.
Niños los dos, corriendo por el monte
Bajo las frescas grutas de esmeralda,
Vimos ennegrecerse el horizonte
Con tus manos dormidas en mi falda.
Y muchas veces, cuando el sol se hundía
Tras los boscajes húmedos y espesos,
Del sol la melancólica agonía
Doró en mi frente el himno de tus besos.
¿Sabes tú lo que cantan mis cadenas
Cuando en el molle brillan los cocuyos?
¡No cantan, no, la copla de mis penas!
¡Cantan el himno de los besos tuyos!

YAND. ¡Pronto libre serás! ¡La luz de muerte
Ya brilla cada noche en nuestras lomas!

LIROP. ¡Me asustan las perfidias de la suerte!

YAND. Yá lo sé. Tus hermanas, las palomas,
Se asustan, como tú, cuando el flechero
Mueve cazando la estival umbría:
¡No se amedrenta el tigre carnicero
Ni se amedrenta el águila bravía!
Ya las tribus, sedientas de venganza,
Alzaron la señal.

LIROP. ¡Ay de los míos!
YAND. ¡Es viento de bravura y de venganza
El viento que sacude nuestros ríos!
¡Pronto, muy pronto, por los curvos flancos
De esas cuchillas de verdosa frente,
Verás correr la sangre de los blancos
Como el despeño de hervidor torrente!
¡Pronto, en las frondas de tu edén nativo,
No habrá más dios que el dios de nuestros lares,
Y los despojos de tu dueño altivo
Se secarán al pie de mis palmares!
¡Lo juro por tu amor y por mi vida!
¡Lo juro!
LIROP. ¡Calla!
YAND. ¡Sí; libres ó muertos!
LIROP. ¡Cómo llora la selva ennegrecida
Sobre los nidos tristes y desiertos!
¿No la sientes?
YAND. ¡El canto que murmura
Es de liberación!
LIROP. ¡Horrible idea!
YAND. ¡No dudes de tu raza y mi bravura!
LIROP. ¡Temo que inútil tu bravura sea! *(Pausa).*
Déjame que te cuente un sueño mío.
Era una noche tétrica. Dormía
El fulgor de los astros del vacío.
Sólo, en lo azul, la luna se movía.
Bajo un sauce montés de verdes ramos,
Que en los bordes nació de una laguna,
Esa noche, en mi sueño, contemplábamos
Navegar á los cisnes de la luna.

De pronto lentamente, lentamente
Te apartaste de mí. La noche helaba.
Una mano invisible, mi impaciente
Voluntad de correr, encadenaba.
Luché, sin conseguir mover la planta,
Con la fatalidad que nos vencía;
¡Aun sentir me parece en la garganta
Los cinco dedos de la noche fría!
De amarillenta palidez cubierto,
Bien hundido en la lumbre de la luna,
¡Tú flotabas, flotabas como un muerto,
Sobre el mudo cristal de la laguna!
Mis brazos extendí, lanzando un grito:
Tú me miraste con angustia extrema,
¡Y te hundiste, te hundiste en el circuito
De aquella luz de amarillez suprema!
Y cuando más te hundías de la luna
Amortajado en el flecoso velo,
¡Sobre el mudo cristal de la laguna,
Trazó un buho las líneas de su vuelo!
¡Vuelvo á gritar! ¡Tu imagen adorada
En un bosque de sombras se ha perdido:
Y el buho siembra en la extensión nublada
El horror de su lúgubre silbido!

YAND. ¡Fantasmas de tu mente soñadora!

LIROP. ¡Pronósticos, tal vez, de mi ternura!

YAND. ¡Libre serás al despuntar la aurora!
¡El corazón á voces me lo jura!
¡Pronto al bosque vendrán nuestros hermanos
Y el fortín español asaltaremos!

LIROP. ¿Y si os sienten los leones castellanos?
YAND. ¡Cómo jaguares indios moriremos!
Te dejo yá. ¡Los oros encendidos
De la aurora, que azula las ficciones,
Nos hallarán para el amor reunidos!
LIROP. ¡O me hallarán en llantos y en prisiones!
YAND. ¡Adiós, mi bien!
LIROP. ¡Quisiera retenerte!
YAND. ¡Con la luz de tus ojos en mi lanza,
Romperé tus cadenas!
LIROP. ¡Que la muerte
Se apiade de la flor de mi esperanza!
(Vase Yandubayá por el bosque. Liropeya se dirige hacia la cuchilla. Por el lado opuesto á la salida del indio, aparecen Carvallo, Nuño, Giménez y los soldados. Ya hace rato que cerró la noche. Es clara. Brilla la luna).

V

LIROPEYA, CARVALLO, NUÑO, GIMÉNEZ Y SOLDADOS

CARV. *(señalando á Liropeya, detenida por el terror y el asombro en mitad del sendero).*
Pronto; prendedla.
GIMÉN. ¿Y el indio?
CARV. Dejadle libre. La caza
No espantemos. Ya esta noche
Sentirá del león las garras.
(Giménez y dos soldados ván en busca de Liropeya, que no trata de huir).

Al fuerte! Los arcabuces
Disponed; doblad las guardias;
Triple número de arqueros
Tras de cada empalizada.
¡Por Santiago y por el Rey!
¡Por la Cruz y por España!

NUÑO. ¿Y tú?

CARV. Yo tengo que hablar
Muchas cosas con la ingrata
Que me mintió castidades
Para envolverme en sus mallas.
¿No te dije que reiríamos?

NUÑO. Si aquí, solo, te encontraran....

CARV. No debe hasta media noche,
Nuño, comenzar la zambra,
Y hasta que la noche medie
Quiero reirme á mis anchas.
¡Mal hizo la que á Carvallo
Llenó el corazón de rabia!
¡Quiero cobrarme en moneda
De oprobio y sangre las ansias
Que como rojos carbones
Me están abrasando el alma!

NUÑO. Si faltases tú...

CARV. No temas;
A esas citas no se falta!
(Ya han bajado de la cuchilla Giménez y los dos soldados. Giménez lleva, sujetándola del brazo, á Liropeya).

LIROP. ¡Ah, mi visión!

CARV. Te aseguro,
India que á los indios amas,
India que de mí te ríes,
India caprichosa y falsa,
Que tu visión no mentía,
Que tu visión acertaba.
De carmín colorarán
La tierra al cuartel cercana,
Con su filo mi tizona *(señalando la que lleva el cinto)*
Y con su punta mi daga. *(señalando la que lleva á la espalda).*
¡Juro no dejar ni astillas
De los huesos de tu raza!
NUÑO. Capitán, las horas vuelan.
CARV. Bien; preparemos la trampa.
(A Liropeya) Tú aquí;
(á Nuño) vosotros al fuerte,
¡Y ojo al Cristo, que es de plata!
NUÑO. No tardes.
CARV. No: ¡te lo juro
Por Santiago y por España!

VI

LIROPEYA Y CARVALLO

CARV. En prenda de sumisión
Y de concordia te dieron;
Pero al darte, me envolvieron

En llamas el corazón.
Eras más que mi cautiva,
Mi tesoro y mi señora;
Libre te encontró la aurora
Bajo tu selva nativa.
Ni tus pasos aceché,
Ni á tu virtud me atreví;
¡Eras, india, para mí
Una flor de caicobé!
¡Bien te amó, bajo las furias
Estivales de tu sol,
El capitán español,
El hidalgüelo de Asturias!

LIROP. No te arrepientas: ser bueno
Es ley de tu raza.

CARV. No:
El que en esa cruz murió
Forja el rayo y rima el trueno.
No hay bondad para el que paga
Las ternuras con traiciones;
¡Tienen sed de corazones
Los tres filos de mi daga!

LIROP. Mátame; fiel á los míos,
Por su culto moriré.

CARV. Debiste, firme en su fé,
No disimular desvíos.
Debiste, flor de las flores
De esta tierra de jaguares,
No dejar que en tus altares
Se encendieran mis amores.

No debiste mantener
Esperanzas en mi pecho;
¡Todos tienen el derecho
De amar y de aborrecer!

LIROP. Si ocultándote mis penas,
Alimenté tu esperanza,
Fué por miedo á tu venganza
Y por odio á mis cadenas.
¡Oprimir es vuestra ley!
¡Por mi amor, la humanizabas!

CARV. ¡Y entre tanto, conspirabas
Contra Cristo y contra el Rey!
Mal te defiendes.

LIROP. Arguyo
Con la verdad.

CARV. ¡Tarde empiezas!
¡Fuente rica en impurezas
Se me antoja el labio tuyo!
¡Mentías antes y ahora
Mientes como antes mentías;
Mas te engañas si confías
En tu lengua embaucadora!
Cuanto más falsa te veo,
Más se enciende mi rencor:
¡Te burlaste de mi amor!
¡No lo harás de mi deseo!
¡Eres lo mismo que todas!
¡Cómo todas! ¡Bien está!
¡Este frondaje será
Nuestro tálamo de bodas!

¡Muerta en trizas tu virtud,
A tu amante mataré,
Y á los tuyos les haré
Más dura la esclavitud!
Oye bien lo que te digo:
¡Sangre llorarán tus ojos
Sobre los yertos despojos
Del que se atrevió conmigo!
¡Sola, sola vagarás
De tus montes por lo obscuro,
Y á fuerza de odiarme, juro
Que siempre en mí pensarás!
¡Siempre yo en tu pensamiento,
Que emponzoña la traición!
¡Siempre yo en tu corazón!
¡Yo en la música del viento!
¡Yo en el correr del raudal!
¡Yo de la selva en las flores!
¡Y conmigo, tus amores
Tronchados por mi puñal!
¡En lo eterno de tus días
Siempre yo, siempre á tu lado!

LIROP. ¡Horror! ¡Horror!

CARV. ¿Te has burlado
De las esperanzas mías?
Poco tu risa duró;
Yo espero tener más suerte.

LIROP. ¡Más que tú podrá la muerte!

CARV. ¡En la muerte estaré yo!
De mí no te librará

Ni la sepultura helada:
¡En tu sepulcro, emboscada
Mi pena te esperará!
¡Sentado de tus pequeños
Pies junto á las mustias rosas,
De visiones tenebrosas
Poblaré tus largos sueños!
¡Sólo conmigo hablarás
Del gran misterio en lo obscuro,
Y á fuerza de odiarme, juro
Que rendida me amarás!
¡En pago de tu traición,
Yo ennegreceré tus horas!

LIROP. ¡Horror! ¡Horror!

CARV. *(avanzando hacia ella)* ¡Cuando lloras,
Se alegra mi corazón!
¡Cuán atrayente te veo,
Ramo montés de arrayán!
¡Los aires cantando están
La gloria de mi deseo!

LIROP. *(abrazada á la Cruz)*
¡Por el Cristo de esta Cruz!

CARV. ¿Por el Cristo á quien vendías?
¡Haces mal si en Él confías!
¡No te protege su luz!
¡El odio, que bulle en mí,
Sus dianas á tañer vá!
¡La Cruz no te salvará!

YAND. *(saliendo de la selva)*
¡La Cruz no; pero yo sí!

VII

LIROPEYA, CARVALLO Y YANDUBAYÚ

CARV. ¡Tú!
YAND. ¡Yo!
CARV. ¡Lo dudo!
YAND. ¡De mi brazo fuerte
El vigor sentirás!
CARV. ¡Tengo mi espada! *(la desnuda).*
YAND. ¿Lo ves? ¡Rodó tu espada por la yerba
(arrancándosela de un golpe en el brazo)
Como un reptil que moribundo salta!
¡El Sol, el Grande Espíritu, custodia
A las vírgenes dulces de mi patria!
¡Lo charrúa al charrúa, lo charrúa
Para enflorar aquí, junto á esas zarzas
Cuyas hojas los verdes colibríes
Tejieron con sus brillos de esmeralda!
¡Estás en mi poder! ¡Pronto los tuyos
En mi poder caerán!
LIROP. ¡Es tarde!
CARV. ¡Calla!
LIROP. ¡Es tarde!
CARV. ¡Calla!
LIROP. ¡No! ¡quiero que sepa
Que el infortunio con sus grandes alas
Flota sobre mi tribu! ¡Que conoces
El plan libertador! ¡Que en la maraña

Oculto de esos zarzos, su secreto
Sorprendiste al morir la tarde cárdena!

CARV. ¡Voto á Luzbel!

LIROP. ¡Avisa á tus jaguares!
¡Díles que los leones, con sus zarpas
Prontas á herir, detrás de los maderos
Del fuerte odioso tu embestida aguardan!
¡Que yá forjan sus rayos los mosquetes!
¡Qué yá están listas las cortantes lanzas!
¡Apresúrate! ¡Vé! ¡Canción de luto
Es el cantar que en los quebrachos canta
El soplo de la noche! ¡Luz siniestra
Es la luz que la luna solitaria
Pone en la copa del ombú lomero,
Donde brillan los ojos como áscuas
Del lechuzón! ¡No dejes que á los tigres
Charrúas trague la española trampa!
Apresúrate!

YAND. ¡Voy!

LIROP. ¡Corre!

YAND. ¡No temas!

CARV. ¡Por mi Dios! ¡por el triunfo de mi España!
(hiriéndole con su puñal en la espalda)

YAND. ¡Cobarde!

CARV. ¡Sí, cobarde para herirte;
Pero fiel y muy leal para la santa
Religión de mi trono y de los rezos
Que de rodillas aprendí en la infancia!

YAND. ¡Liropeya, la muerte se aproxima!
¡Pon un beso en mis ojos cuando caiga

En la noche sin fin! ¡Algo reluce
Allí, en lo sepulcral! ¡El Sol! ¡Sus llamas
Se mueven como un río! ¡Liropeya,
Ven al Sol! ven al Sol! *(muere)*

CARV. ¡Delira!

LIROP. *(Alzando del suelo el puñal)* ¡Aguarda!
¡Espérame! ¡No quiero que me dejes!

CARV. ¡Suelta el puñal!

LIROP. ¡No quiero que te vayas!
¡Juntos los dos crecimos bajo el toldo
Que con purpúreas flores se enguirnalda!
¡Juntos los dos á amarnos aprendimos
Cuando en el bosque arrullan las torcazas,
En los meses en que hay en los ceibales
Nidos de tordo y cantos de calandria!
(Hiriéndose) ¡Yá voy! ¡Espera!
(á Carvallo) ¡Tu puñal no duele!
¡Yo también veo al Sol! ¡El Sol avanza!

CARV. ¿Qué has hecho?

LIROP. ¡Mi deber! ¿Qué pretendías?
¡Salve al Sol! ¡Salve al Sol! ¡Sus rojas llamas
Brillan lejos, muy lejos! ¡Cuando lleguen
Los ríos de su luz, ay de tu España!

LA CANCIÓN DE AÑANG

(1572)

Yo soy Añang! — Al brillo de la luna
El lechuzón tras de mis pasos vá,
Cuando espineo el fruto de la tuna
Y con mis pies aplasto el cambará.

Yo soy Añang! — el réprobo, el maldito,
El ángel de la noche, el tentador
Que azuza á los chimangos del delito
Y emponzoña las ansias del amor.

Yo soy Añang! — ¡Yo apreto las cadenas
Que en las manos del indio coloqué,
Y sepulto entre cálidas arenas
A la púdica flor del caicobé!

Yo soy Añang! — ¡Me angustian de la aurora
El brillo azul, el canto del sabiá,
Y aborrezco al charrúa por que adora
En el piadoso culto de Tupá!

Yo soy Añang! — el que enseñó la ciencia
De los embrujamientos al machí,
Y esgrimo de los rayos la fulgencia
Como corvas espadas de rubí!

Yo soy Añang! — el grito del pampero
Que deshoja á la flor del guayacán!
Yo punzo con los dardos del zarcero
Y hago crujir los dientes del caimán!

Yo soy Añang! — Los vientos del otoño
Desato sobre el monte cimbrador;
Soy la oruga en lo verde del retoño
Y enturbio el agua del raudal cantor!

Yo soy Añang! — Tejidas por mi mano
Están las negras sombras del ahüé,
Y yo tejí con heces del pantano
Lo innoble del viscoso saguaypé!

Yo soy Añang! — Yo rujo en la espadaña
Con el fiero rugir del concolor,
Y yo labro la dúctil telaraña
En que se enreda el grácil picaflor!

Yo soy Añang! Yo subo á las colinas
Donde un cadáver sepultado está,
Y con mis voces pueblo las neblinas
Blasfemando del culto de Tupá!

Yo soy Añang! — Con el cadáver juego,
Esparzo de sus armas el montón,
Y los despojos del charrúa entrego
A las hambres sin fín del cimarrón!

Yo soy Añang! — Las aves cantadoras
Siempre con furias de carancho odié,
Y yo tejí con cimbros de totoras
La fábula espectral del caburé!

Yo soy Añang! — Se acerca la batalla;
¿Quién en el rudo choque triunfará?
¡Con los que visten de luciente malla
El ángel de las sombras estará!

Yo soy Añang! — Por odio á mis altares,
La tribu ante otra excelsitud se hincó:
¡Yo voy á hacer que cruce los palmares
Un largo río de matiz punzó!

Yo soy Añang! — En el hispano acero
De mis centellas vibrará la luz:
¿Os libertásteis de mi yugo fiero?
¡A unciros voy al yugo de la Cruz!

Yo soy Añang! — ¡Mi silbo de serpiente
Sobre vuestro infortunio flotará,
Cuando clave mis brumas en la frente
Inmensa y luminosa de Tupá!

LA BATALLA

(1574)

I

¡El indio irreductible
Muchas veces luchó por su derecho
A los pagos del sol! ¡Era terrible
Lo que en lo más profundo de su pecho
El charrúa escondía!
¡Su esperanza, la homérica esperanza
De aquella multitud fosca y bravía,
Era de libertad y de venganza!

¿La esclavitud?.. ¡Oh, no!.. ¡La muerte vale
Más que la esclavitud! ¡El honor puro
De los zarpazos de la muerte sale!
¡No hay grillos en lo obscuro
De la noche sin fin! ¡Los que tenemos
Odio á la esclavitud, siempre un seguro
En tus sombras, oh muerte, encontraremos!

¡Un muerto siempre es libre! ¡Sus cadenas
Oxida la hediondez! ¡Sus ligaduras,
Como feraces varas de azucenas,
Enfloran del sepulcro en las negruras!

¡Un muerto siempre es libre! ¡Los gusanos
Con su terca y silente dentellada,
Nos dan como una excelsitud sagrada
Que confunde y humilla á los tiranos!
¡El que busca en las sombras de la muerte
La dignidad, que le arrebata el yugo,
Es más grande, más épico, más fuerte
Y mucho más viril que su verdugo!

El charrúa quería
Ser libre y batallaba
Con tesonero ardor. ¡Nunca vencía,
Pero nunca la frente doblegaba!
¡Más, mucho más que al moro
Le odió el encomendero;
Fauces de yacaré, furias de toro
Y ardides de aguará tuvo aquel fiero
Adalid de la costa y de la sierra
Que cantaba en las liras del pampero
Sus infernales cánticos de guerra!

¡Solís murió á sus manos;
Con ronca gritería
Cayeron sobre el haz de castellanos
De Gaboto y García!
¡El fortín, todo llamas,
Vió serpentear y deshacerse en brillos
Los leones y castillos
De sus siempre invencibles oriflamas!
¡El humo, en la maleza,

Cantó á la libertad! ¡En el bañado,
Cantó á la libertad! ¡Sobre las lomas,
Cantó á la libertad! ¡Con esforzado
Empuje en los ceibales,
Pebetero de lúbricos aromas,
Cantó á la libertad! ¡Y repitieron
El coro varonil de la humareda,
Cuando el redoble triunfador oyeron,
Hasta el pedrusco que silente rueda
En el fondo del río,
Y hasta el ombú donde su rubia seda
Hila el gusano que abrirá sus alas
De cien colores, cuando al sol de estío
Cimbre el tordo la flor de sus escalas!

¡Ni Mendoza ni Núñez consiguieron
Al charrúa domar! ¡Zárate en vano
En grillos los metió! ¡Siempre tuvieron
La indómita fiereza del milano,
La fiereza del tigre! ¡Siempre el día
Los cantares del humo repetía
Sobre la cumbre que avistó Serrano!
¡La flecha pedernosa,
La alada flecha endurecida al fuego,
Silbaba rencorosa
Como un reptil que culebreante y ciego
Hunde el diente mortal! ¡Nunca el encono
Se adormeció del indio! ¡Nunca pudo
Con falsa lengua bendecir al trono!
¡Nunca la cruz pintó sobre su escudo!

¡El cardenal, el rey de los palmares,
Repetía del fuego los cantares!
¡Los cantares del fuego repetían,
Las rosas que en el zarzo se cimbraban,
Los vientos que los molles sacudían,
Las lluvias que el yathay aljoforaban!
¡Así la patria fué, y así valiente,
Muy valiente es aún! ¡Nunca en su frente
Otro signo pondréis que el signo fiero
Del sol, del rojo sol, del sol que dora
Del yaribá selvático el plumero
Y el oro cortador de la totora!

II

¡Tu ambición insensata
Creyó que en nuestras sierras se escondía
El río de oro y el caudal de plata
Que corren por la clámide del día!
¡Ofuscóte tu sed, batalladora
Cuna del Cid! ¡Lo que mis sierras cría
Es el fulgor sulfúrico que esgrime
La nube tronadora!
¡Es el hierro del rayo,
Es el hierro que salva y que redime,
Oh cuna de Sertorio y de Pelayo!

¡Tu lengua es un gorjeo,
Una campana de cristal! ¡Ninguna,

Melodiosa al salir de la garganta,
Canta más suave que tu lengua canta
Bajo un balcón con palidez de luna!
¡En tu viril arreo,
Cordobés coselete donde noble
Centellea la cruz, se embota el filo
Más duro y más cortante del mandoble,
Y á tus pies los cimborios de la gloria
Enhebran, con las mieles de tu estilo,
Un épico llamado á la victoria!

¡Está bien y haces bien; pero en mis palmas
Triturará los cuerpos tu cuchilla
Sin imprimir tu culto en nuestra almas!
¡El indio libre muere!
¡El charrúa selvático prefiere
Sus flores á las flores de Castilla!
¡Mientras críe un capullo
La ceiba de carmín, su temerario
Y su indómito orgullo
Pondrá sobre la cruz de vuestros hierros
El ombú centenario
Que corona la sién de nuestros cerros!
¡Jamás lo doblaréis! ¡El toldo errante
Sus pieles alzará de monte en monte,
De costa en costa, y el clarín vibrante,
Cuando la luz azule el horizonte,
Verá á la tribu como siempre airada,
A la tribu marcial de tez cobriza,
Responder á los cimbros de la espada
Con revuelos de piedra arrojadiza!

¡Luchásteis con fortuna! Rencorosos,
En lo más recio del marcial estrago,
Vibraban vuestros gritos victoriosos,
Los gritos de ¡Castilla! y de ¡Santiago!

¡Luchásteis con fortuna! ¡Vuestros leones,
Vencieron a los hijos de la ceiba
Teñida de coral! ¡A borbotones
Corrió la sangre ante el corcel de Leiva!
¡Tabobá cae como la miés segada,
En tanto que Menialvo diligente
Destroza con la punta de la espada
De Zapicán los hombros y la frente!
¡El puma audaz de corazón de roca,
El carancho con uñas de felino,
El saltador y hercúleo Yandinoca
Se desangra á los piés de Vizcaíno!
¡Ríe en las ramas del sauzal la muerte,
Cuando salen las luces de la luna!
¡Magalona corrió la misma suerte
Luchando con los seis que manda Osuna!
¡El choque fué mesénico y sañudo!
¡Allí Anagualpo ruge agonizante,
Y allí se cierran, bajo el golpe rudo,
De Abayubá los ojos de gigante!
¡Aquella noche horrible nuestros punas,
Cuya mirada fosforente brilla,
Gustaron el sabor de las espumas
De la homérica sangre de Castilla!

¡El indio no cejó! ¡Descuartizado
Aún se mueve el reptil! ¡Nuestro flechero,
Desde el boscaje virgen y apiñado,
Acechaba con odio al extranjero!
¡Todo descuido era mortal! ¡La púa
Llegaba hasta los huesos con discreta
Y sorda vibración! ¡La grey charrúa
Era indomable y se mantuvo inquieta!
¡Y así la patria fué, y así valiente,
Muy valiente es aún! ¡Nunca en su frente
Otro signo pondréis que el signo fiero
Del sol, del rojo sol, del sol que dora
Del yaribá selvático el plumero
Y el oro cortador de la totora!

LA VISIÓN CHARRÚA

(1575)

I

Muere la tarde recogida y triste,
Cruza los montes silencioso el río,
Y los confines del espacio viste
Con pardas nubes, el otoño frío.
La siniestra blancura del acero
Remedan de las aguas los cristales,
Al perderse del bosque en el lindero
Bajo un toldo de lianas y sauzales.
Duerme en el cáliz de la flor cerrada
Temblando el colibrí de verde cota,
Y sobre el ñandubay de la enramada
El tordo aguza su estridente nota.
Huyen las nubes en revuelto bando,
Y rompiendo las cintas del ramaje,
El viento volador pasa silbando
Con el silbido del ñandú salvaje.
Y en el recinto aquel, como ligeras
Urdimbres de algodón negras y rojas,
Enlazan su matiz las gusaneras
A lo amarillo de las mustias hojas.

¡Tarde otoñal, sin orlas de rocío,
Sin cambiantes de fúlgidos colores,
Sin harpados murmullos en el río,
Y en que parecen sollozar las flores!
¡Tarde otoñal, sin brillos y sin galas,
En que hasta el ave, que remonta el vuelo,
Vuelve á la selva con veloces alas,
Extrañando lo lúgubre del cielo!
¡Tarde otoñal que en recogida calma
Las lobregueces de la noche espera,
Sin besar del penacho de la palma,
Con un girón azul, la cabellera!
¡Tarde otoñal en cuyo hinchado seno
La lluvia aguarda, para abrir su nido,
A que en el bosque, de tristezas lleno,
Del puma concolor se oiga el rugido!
¡Crepúsculo de tétricos cendales
En que congela el río sus escamas,
El yacaré se oculta en los juncales,
Y el chajá grita ciego entre las ramas!

II

Bajo un molle, que agita su maleza
De fuerte encaje y trenza punzadora,
Una visión de singular belleza,
En el silencio de la tarde llora.
Es bronceada su faz, suelta y obscura
La guedeja en sus hombros reclinada,

Que con brillos metálicos fulgura
Como ala córvea por el sol dorada.
Bajo los negros tules del poniente
Estrecha la visión entre sus brazos,
Doblegadas las plumas de su frente,
El toldem de la tribu hecho pedazos.
Sufre impasible el viento que la azota
Al quebrarse del monte en la guirnalda,
Y besa con amor la insignia rota
Cuyos pedazos recogió en su falda.
¡Del crepúsculo el lánguido destello
Cada vez más sus sombras acentúa
Sobre aquel rostro, donde brilla el sello
De la indomable condición charrúa!

III

¡Raza infeliz! ¡su inmensa pesadumbre
Ya no vaga sin rumbo por la tierra!
¡Ya nunca más encenderá en la cumbre
Los haces de los fuegos de la guerra!
¡Raza infeliz! ¡espíritu guerrero
Con algo de felino en la mirada!
¡Horda sin luz, que nunca por entero
Alcanzó á ser vencida ni domada!
¡Ya nunca más recorrerá el sombrío
Donde amó con selváticos amores;
Donde miraba, en el cristal del río,
Su penacho de plumas de colores!

¡Ya nunca más en las ardientes horas
Que caldea la luz del mediodía,
Afilará las flechas voladoras
En la inquieta y errante toldería!
Virgen lanzó su postrimer gemido
Bajo el monte de verde cabellera,
¡Como el yaguareté, de muerte herido,
Se refugia en su agreste madriguera!

¡Oh lúgubre visión, raza maldita!
¡Pueblo marcial, sin dioses, sin altares,
Que erró en las frondas donde el viento agita
La cúpula gentil de los palmares!
¡Tribu viril que ardiente y animosa,
Con sentimiento penetrante y vivo,
Amó á la libertad, única diosa
Y única ley del hombre primitivo!
¡Horda brava que tuvo por diadema
De los ceibos la púrpura salvaje,
Que hizo con plumas de ñandú su emblema
Y sufrió las angustias del tatuaje!
¡Agrupación sin norte y sin destino,
A vagar como el tigre condenada,
Sembrando de despojos su camino
Para morir en pérfida emboscada!
¡Agrupación de heroicidades llena,
Del bohán y del yaro vencedora,
Que empapó en sangre la nativa arena
Y fué de nuestros bosques la señora!

¡Su brazo fuerte domeñó los ríos
Cortando con violencia los cristales,
Y se meció su hamaca en los sombríos
Al compás de las brisas estivales!
¡Distinguieron astutas sus miradas
La huella amiga de la adversa huella,
Y orientó entre las frondas sus pisadas
El rayo azul de la naciente estrella!
¡Descifró del desierto los rumores
Con clave ignota su aguzado oído,
Y en el mes de las aves y las flores
Colgó en sus toldos la torcaz el nido!
¡Supo vencer al corzo en la carrera,
Apresó al desdentado en la espesura,
Y al sembrar con sus huesos la pradera
Nos dejó por herencia su bravura!
¡Ante el rumor de su piragua huía
El sargo, del cristal cortando el velo,
Y sobre su cadáver se cernía
El luminoso pabellón del cielo!

IV

Triste solloza la visión indiana
Bajo el molle de verde cortinaje,
Cuando un cantar de estirpe castellana
Agita los cabellos del ramaje.
Alza sus mustios ojos la belleza
Que azota el viento de la tarde fría,

Y un grito agudo de sin par fiereza
Al de la copla castellana envía.
Hunde luego en las manos el semblante,
Con sordas voces — ¡Zapicán! — murmura
Y se pierde, llorosa y suspirante,
En el fondo sin luz de la espesura.
— ¡Zapicán! — de la selva los festones
Repiten con dolor y el viento frío,
Agitando medroso sus crespones,
— ¡Zapicán! — gime sobre el turbio río.
La tarde plega su doliente manto,
Abre la noche de su tul los velos,
¡Y se desangran en copioso llanto,
Las voladoras nubes de los cielos!

PRIMER INTERMEZZO

SINFONÍA MONTÉS

I

INVOCACIÓN

Entremos en la selva, cuyos verdores suaves
Nos prestarán, oh musa, su espléndido dosel;
¡Sepamos lo que dicen los coros de las aves!
¡Sepamos lo que dicen los cimbros del laurel!

¡Alados trovadores de mis añosos talas,
Prestadme los arrullos de vuestro ardiente amor,
Los cánticos que flotan sobre las leves alas
De la impalpable esencia del guayacán en flor!

¡No le neguéis al bardo vuestro inspirante apoyo,
Vuestros murmullos dulces de sones de cristal,
Oh liras de las aguas serenas del arroyo
Que refrescáis las raíces sinuosas del chalchal!

¡Enredadera virgen, en cuyos troncos late
El alma de los lindos capullos de carmín,
Dejemos que otros pulsen las liras de combate,
Las liras cuyos ecos son toques de clarín!

¡Nosotros, en la fronda campestre y recogida
Donde el sabiá gorjea y arrulla la torcaz,
Cantemos á la patria los himnos de la vida,
Los generosos himnos de la fecunda paz!

Sepamos lo que dicen cruzando la maleza
Que arrulla los cantares del nido cimbrador,
Cuando la noche acaba, cuando la aurora empieza,
El terutero alegre y el grácil picaflor!

II

ASPIRACIÓN

¡Dulces campos nativos,
Campos que sois el goce de mis ojos,
Y en cuyos lindes trenzan los seíbos
Sus ramilletes de colores rojos!

¡Verdes costas bañadas
Por las aguas del Yí! ¡flor del islote
Que cruzan los flamencos en bandadas
Y en que viene á encallar el camalote!

¡Ombú de tronco obscuro
Por donde audaz la pasionaria trepa,
Y agrietada armazón del viejo muro
Donde se cimbra la naciente cepa!

¡Blandos techos pajizos,
Donde albergan sus rústicos amores
Nuestras morochas de flotantes rizos,
Nacidas entre mieses y entre flores!

¡Sembrados de sauzales,
De palmeras gentiles y bizarras,
Donde silban sus trovas los zorzales
Y se escucha el rasguear de las guitarras!

¡Céspedes del potrero,
Cuyo jugo desborda de riquezas,
Que el airoso alazán cruza ligero
Y el domador tapiza de proezas!

¡Huraños macachíes
Que avarientos guardáis vuestros rizomas,
Y columpios de verdes sarandíes
Que os movéis á los pies de nuestras lomas!

¡Cuando la muerte helada
Cierre piadosa mis cansados ojos,
Y duerman, en los brazos de la nada,
El sueño de la tumba mis despojos,

¡Mis átomos tomad! ¡Os los confío
Para hacer con la copa de mi vida
Encaje azul en el cristal del río,
Oro en la miés, frescura en lo sombrío,
Y perfume en la flor recién nacida!

III

LO QUE DICE SEPTIEMBRE

Busquemos un espacio entre las hojas
Flexibles del palmar
Y hagamos con estambre de las lianas
Nuestro lecho nupcial.

Yo te diré lo que los sauces sueñan
Bajo la noche azul,
Mientras cubres, piando, á los pequeños
Con las alitas tú.

Hija del bosque, cuyas pardas plumas
Baña con mimo el sol,
¡Dulces me miren tus pupilas negras!
¡Es el mes del amor!

IV

EL ÁGUILA

Aristóteles dice que mis ojos
Pueden mirar al sol con gallardía,
Sin que los nuble con sus haces rojos
La esplendorosa luz del medio día.

Michelet me compara al asesino
Que hiere en medio de la noche obscura;
¡Reconozco que hay sangre en mi camino,
Pero Buffón elogia mi bravura!

¡Cruzo el ambiente del empíreo griego,
Mi palacio es la cumbre de la loma,
Y en las edades del heroísmo ciego
Fuí el símbolo marcial de Persia y Roma!

V

EL TORDO

¡Es como el gaucho de antaño!
¡Es un payador famoso!
¡Adora el monte espinoso!
¡No acata ninguna ley!
¡Clavado sobre las cruces,
Donde el coleo no alcanza,
Escarbea y silba y danza
Sobre los lomos del buey!

¡No tiene pago ni nido!
¡Es de la selva el matrero!
¡Pone en el nido primero
Que le ofrece el matorral!
¡Otro cuidará su cría!
¡Otro alzará su nidada!

¡Él vuela, con su adorada,
Libre del junco al sauzal!

¡Él conoce los frutales
Mejores de nuestra tierra!
¡Cae alegre donde hay yerra!
¡Sabe los usos de aquí!
¡Él se emborracha en las uvas!
¡Se harta de grano en las trillas!
¡Vive igual en las orillas
Del Uruguay que del Yí!

¡Como es libre y es dichoso,
Es gallardo y pendenciero;
Con los fuertes, altanero;
Con el hembraje, galán!
¡El tordo se me figura
El Ernani de la umbría:
Se bate como un Mejía;
Corteja como un don Juan!

¡De aventura en aventura,
De enramada en enramada,
Pasa la estación dorada
Sin más norte que el placer!
¡Del antiguo paisanaje
Nuestro tordo es el reflejo,
Y sabe, al llegar á viejo,
Todo lo que hay que saber!

VI

EL BUITRE

¡No maldigáis mi vestidura negra!
¡Mi misión es una misión sagrada!
¡Con el festín, cuya hediondez me alegra.
Purifico la atmósfera viciada!

¡Merezco protección, porque si un día
Dejara de escucharse mi graznido,
El soplo de la muerte flotaría
Sobre el planeta que tenéis por nido!

¿Por qué soy lo que soy?..¡ Me condenaron
Á parar en lo hediondo mi aleteo,
Aquellas pobres ninfas que lloraron
Cuando el hígado abrí de Prometeo!

VII

LA TORCAZA

¿Quién con un beso alisará tus plumas
Cuando te falte yo?
¿Quién con su pico dejará en tu pico
Todo su corazón?

¿Quién te dirá, cruzando los rastrojos,
Sus arrullos de amor?
¿Quién, junto a tí, contemplará los últimos
Resplandores del sol?

Tórtola azul, bañada con perfumes
De las viñas en flor,
¿Quién con su pico alisará tus plumas
Cuando te falte yo?...

¿Contra quién, dí, te estrecharás medrosa
Cuando la fuerte voz
De los alados grifos del pampero
Redoble en el timbó?

Siempre juntos, los trigos de las eras,
Nos vieron á los dos:
¿Qué viento, dí, recogerá tu arrullo
Cuando te falte yo?

VIII

EL CHURRINCHE

¡No le enjauléis! ¡Dejadle! ¡Es su pasión el monte!
¡Con todos sus instintos tiende á la libertad!
¡Dejadle que escudriñe gozoso el horizonte!
¡Dejadle que recorra feliz la inmensidad!

Del último charrúa el corazón rasgado,
Un charco con su sangre rojísima formó:
¡Allí tiene su génesis el pájaro encarnado!
¡El último suspiro charrúa lo engendró!

¡Por eso, por su heroico origen de leyenda,
Es una llama el pecho de ese hijo de la luz!
¡Por eso es que construye su rústica vivienda
Allí donde es más brava la espiga de la cruz!

¡Parece que el espíritu de aquella raza errante,
De aquella raza indómita que exterminó al bohán,
Latiera en esas plumas de brillos de diamante
Más rojas que las rojas entrañas de un volcán!

¡No le enjauléis! ¡Dejadle! ¡Nuestro churrinche quiere
Lucir al aire libre su clámide punzó!
¡Si le enjauláis, muy pronto de consunción se muere!
¡Del águila, se ríe! ¡De las cadenas, no!

¡Lo mismo que el charrúa, cuya indomable esencia,
Palpita en su coraza de plumas de rubí!
¡Dejadle sus instintos de noble independencia!
¡Son como el testimonio de que ha nacido aquí!

¡Oh maravilla alada de cegador plumaje
Que de los patrios cielos cruzas la inmensidad,
Inspíranos tu indómita, tu inmensa, tu salvaje
Pasión de luz y altura, pasión de libertad!

¡Enséñanos, prodigio de grana refulgente,
Á amar á la nodriza del ceibo y del ombú,
Con el afán sin límites y con el culto ardiente
Con que la amaba el indio de bronceada frente,
El indio empenachado con plumas de ñandú!

IX

EL BOYERO

Al compás de mis rítmicas escalas,
Tu juventud compuso sus canciones:
¡Te echan de menos los añosos talas
Donde te dí las últimas lecciones!

¿Ya no te acuerdas de mi agreste nido,
Con fibritas textiles fabricado?...
¡Ayer un gavilán, que es un bandido,
Me arrebató un pichón casi emplumado!

¡Vas á encontrar sin flores á la selva!...
¡Se amustian ya las violas del sendero!...
¡Antes que el ave de rapiña vuelva,
Ven á ver á los hijos del boyero!

X

LA CALANDRIA

Alegre, triunfal, coqueta,
Si la escuchan, ¡cómo canta!

¡Cómo se hincha su garganta!
¡Qué dulces sus notas son!
¡Cómo, con fiebres de poeta
Y orgullos de cancionero,
Pone en su canto hechicero
Todito su corazón!

¡Con qué arte la rimadora,
Si alguno la oye y la mira,
Hace que vibre la lira
De su garganta sin par!
¡Cómo sabe la traidora
Que es, de septiembre en las fiestas.
La que rige las orquestas
Aladas del membrillar!

¡Con qué tino juguetea
Con los más variados sones!
¡Cómo zurce en sus canciones
Lo matinal con lo gris!
¡Cómo preludia y gorjea
Ya triste, ya entusiasmada,
Esa almita enamorada
Del sol de nuestro país!

¡Cómo se acerca saltando,
Y en el ramaje se posa,
Y sube ufana y graciosa
Por el cristalino tul!

¡Cómo se vá aproximando,
Plega en los yuyos sus alas,
Y nos mece en las escalas
De sus salves á lo azul!

¡Canta las bodas del monte,
Musa de los ojos negros,
Con los ardientes alegros
Que urde tu artístico afán;
Y cuando en el horizonte
Pardeen las brumas frías,
Dínos las melancolías
De las rosas que se ván!

¡No son tus himnos cantores
Extranjeros á mi oído,
Porque en tu patria he nacido
Y amo, lo mismo que tú,
La enredadera de flores
De matiz apurpurado,
Donde tu hogar has labrado
Entre dos ramas de ombú!

XI

EL PECHO AMARILLO

Yo nací entre los yuyos aromados;
Donde, sobre la sien de la cuchilla,
Los árboles se extienden alineados
Como avanzadas puestas de guerrilla.

Yo nací de la selva en lo secreto;
Tuve por cuna un gajo de espinillo;
Mis alas son obscuras y es mi peto,
Como un rayo de sol, por lo amarillo.

¡Sesteo en las vertientes del arroyo,
Por las planices onduladas vago,
Me conoce la flor del chirimoyo
Y con los zumos del butiá me embriago!

XII

EL COLIBRÍ

¡Cuatrocientas especies! ¡Qué maravilla!
¡Cuatrocientas especies, cuyo plumaje
Como un río de piedras preciosas brilla
Sobre el follaje!

¡Son ópalos, diamantes, rojos rubíes,
Topacios y amatistas de cien facetas,
Los lindos picaflores, los mainumbíes
De alas coquetas!

¡Nunca están en reposo! ¡No se suspende
Un minuto el zumbido de su aleteo,
Que nace, vuela, brilla y al cielo asciende
Como el deseo!

¡En busca de la dulce miel del aroma
Que encierran los capullos multicolores,
Se mecen de continuo de loma en loma
Los picaflores!

¡Lo mismo que nosotros, que de la vida
Cruzamos por los curvos de la espesura,
Persiguiendo á la planta, siempre escondida,
De la ventura!

Con el halcón, que lleva sangre en el ceño,
Luchan valientemente los picaflores;
¡Nosotros nos batimos, por un ensueño,
Con los dolores!

Los zoólogos nos dicen que su fiereza
Al milano más duro pone en huída:
¡El alma, en sus combates con la tristeza,
Siempre es vencida!

Al ver como trataban los castellanos
Al indio por la fiebre de los rubíes,
Los gnomos de los montes americanos
Con sus joyas tejieron los maimumbíes.

El nuestro, nuestro grácil pájaro-mosca,
Aquel que con sus brillos el monte alegra,
El que cruza los juncos donde se enrosca
La sierpe inofensiva, la sierpe negra;

Los nuestros, los nacidos en los follajes
Que de nuestras cuchillas cubren la espalda,
¡Son por los verdes tintes de sus plumajes,
Por sus verdes reflejos, una esmeralda!

¡Vuelan, como los jonios versos ropálicos,
En busca de la amante flor campesina,
Que ha de escudar sus verdes brillos metálicos
Del frío de las noches de la colina!

Sueñan con el capullo cimbrante y tierno
Que está tras de la gasa de sus visiones,
Aunque yo sé que á veces llega el invierno
Con toda su vanguardia de cerrazones,

¡Sin que el lindo manojo de seda verde
Haya hallado el capullo de la ventura,
Y que entonces, muy triste, vuela y se pierde
El colibrí en el fondo de la espesura!

¿Dónde pasa el invierno mustio y sombrío?
¡Nadie sabe en qué montes sus zumbos lanza!
¡Es que el invierno opaco, canoso y frío,
Congela las alitas de la esperanza!

¡Yo sé por experiencia que no es en mayo
Cuando se abren las rosas más carmesíes,
Cuando el éter se azula del sol al rayo,
Cuando vuelan y brillan los mainumbíes!

¡Oh colibrí que tienes en el plumaje
El color de mis sueños, si en la espesura
Encuentras á la virgen planta salvaje
En que crecen las flores de mi ventura,

Vuelve pronto á decirme que la has hallado
Y explícame en qué fronda vive encubierta,
Antes de que la planta se haya secado
Y antes de que el invierno llame á mi puerta!

XIII

LA GARZA

Yo monógama soy; de la corriente
Remonto los espejos cristalinos:
¡Son más finas las plumas de mi frente
Que el tul de los encajes vespertinos!

Vivo triste, sin goces, solitaria;
Donde imploran al ibis, se me implora;
¡Unas veces vegeto sedentaria,
Y otras veces me agito emigradora!

Fuí caza de blasón y mi halconero
Llevaba en su birrete una diadema;
¡Hoy me insultan los tiros del pechero,
Sin respetar mi gallardía extrema!

XIV

EL CHINGOLO. — LAS FLORES

¡Las flores son hermanas de las aves!
¡Allí donde hay aromas más suaves;
Allí donde se miran los bermejos
Capullos del ceibal, en los espejos
Del arroyo entre achiras escondido;
Allí donde la verde enredadera,
La que no tiene nombre conocido,
La que enflora en la rústica tapera,
Con monteses perfumes se engalana,
Siempre hallaréis un ave cancionera
Que salude á la luz de la mañana!

Ya la musa de Sófocles decía
Que si tienen los pardos ruiseñores
El instinto gentil de la armonía,
Se debe á que nacieron en la umbría
Donde tiembla el rocío aljofarado
En los pétalos suaves de las flores
Del azafrán rosado!

¡El árbol que florece, no está solo!
¡Contemplándolo bien, en lo escondido
Del árbol estival, siempre hay un nido
Donde rima sus trovas el chingolo!

¡El chingolo que canta
Sus saudades al rayo de la luna,
Que como un rezo flota y se levanta
Sobre el cristal azul de la laguna!
¡El chingolo, de todas nuestras aves
La única que poetiza y que gorjea
No bien la cruz sus resplandores suaves
Sobre el timbó dormido centellea!
¡El chingolo, que anuncia en sus canciones
Que se acercan la lluvia y el pampero!
¡El chingolo, que triste y plañidero
Desaparece ya de estas regiones,
Echado por un pájaro extranjero,
Por la envidiosa grey de los gorriones!

¡Salud, ave que alegras
Del monte la espesura
Con tu traje marrón de manchas negras!
¡Que tienes en tu pecho la blancura
Que tiene el guayacán en su divina,
En su fragante y pura
Guirnalda campesina!
¡Salud, ave á quien temen los gusanos
De la mies y la vid! ¡Salve á los píos
Que dicen á las parvas y á los granos
Que tú velas y escudas los plantíos!
¡Salud, ave que cantas cuando emprenden
Nuestros lirios azules su viaje
Al edén de los sueños, y se encienden
Las lámparas del tuco en el ramaje!

¡Ah! ¿No creéis que nuestras flores sueñan?
¿Pensáis que, al afirmarlo, fantaseo?
¡El que las flores duermen, nos lo enseñan
Pouchet, Bichat, Val Cordus y Linneo!
¡Según Fechner y Smith, algo nervioso
Se encuentra hasta en las plantas más ruínes!
¡Mucho encierra de extraño y misterioso
El alma vegetal de los jardines!
¡El opio sus funciones paraliza!
¡Por el ácido prúsico regada,
La flor sufre, se arruga y agoniza,
Probando que se encuentra envenenada!
¡Y afirma Carlos Darwin que las flores,
Lo mismo que nosotros, se enardecen
Con el divino afán de los amores
Cuando, en octubre, al céfiro se mecen!
Sobre el lecho del cáliz fragancioso,
Bajo las colgaduras afelpadas
De las corolas de matiz vistoso,
Y á la luz de las noches estrelladas,
El estambre, de amor estremecido,
Y el pistilo obediente, realizan
El misterio sublime y bendecido
Del abrazo nupcial: ¡se fecundizan!

¡También tienen las flores sus tristezas!
¡Cuando muere la luz, doblan la frente
Y sale de las lánguidas malezas
Un perfume de adiós al sol poniente!
¿No fué una tarde dulce y solitaria,

En que tañía el bronce su plegaria,
En que se alzaba soñadora y bella
Del crepúsculo azul la única estrella:
No fué una tarde dulce y silenciosa,
Cuando Deváns, en el país del loto,
Miró pasar el alma de una rosa,
Entre un grupo de silfos voladores,
Hacia el vergel remoto
Donde se encuentra el cielo de las flores?

¡En esa hora de alientos recogidos,
Es que hablan nuestros pálidos jazmines
Con las aves que vuelven á los nidos
Del arbolado puesto en los jardines!
¡Es cuando en los linderos de la vega
La noche va labrando sus cendales,
Cuando se dicen que el otoño llega
Los nidos y las dalias virginales!
¡Entonces es cuando la flor, la blanca
Flor de la enredadera campesina,
Aprende de la errante golondrina
Que el frío el curso del arroyo estanca
Y que es mortal la pérfida neblina!
¡Entonces es que salen de las rosas
Los silfos, en las rosas encerrados,
Y sobre las gramillas fragranciosas,
Entretejen sus danzas voluptuosas
Por la batuta de Oberón guiados!

¡Las flores son amigas de las aves!
¡Siempre allí donde cimbra su vestido
Una guirnalda de perfumes suaves,
Buscando bien, encontraréis un nido!

XV

LA ALONDRA

Desde muy lejos,
Cruzando mares,
A tus jardines
Llegué una tarde.
El horizonte,
Con sus granates,
Fingía un muro
De oro y de jalde;
Pero á ese muro
Logró treparse
La negra noche,
La de alas grandes.
Despavorida
Le pedí á un sauce
Red de verduras
Donde ocultarme,
Y entre sus ramas
Escuché alzarse
Las voces roncas
De los jaguares,

A las que unía
Sus sibilantes
Gritos el crótalo
De los juncales.
¡Pasé una noche,
Que no es contable,
Con la cabeza
Bajo las suaves
Plumas que cubren
Mi cuerpo grácil!
Al fin el alba
Sus rubios haces
Fué desflocando
Sobre los cármenes
En donde zumban
Los mamangáes;
Sobre los montes
Donde arrullándose
Las becacinas
Matan la tarde,
Donde sus dardos
Pule el zarzaje,
Y donde en coro
Los ceibos tañen
Sus campanillas
Color de sangre!
Mis voladoras
Hundí en el aire,
No sin decirle
Gracias al sauce;

Al sol cantéle,
Mi mejor salve,
Y ví tus ríos
Donde la nave
Del camalote
Voga triunfante!
Ví tus lomadas,
De ascenso acre,
Donde el aromo
Su mirra esparce;
Y ví tus montes,
Crucé sus árboles,
Llamóme un grupo
De blancos cálices,
Y urdí mi nido, mi dulce nido,
Sobre una hilera de guayacanes!

XVI

EL ZORZAL

Con el color de las amargas cuitas,
Dios las plumas pintó de mi vestido;
Por senderos de agrestes margaritas,
Se llega al árbol donde está mi nido.
Me cimbro en los alambres de los cercos,
Me perfumo en los ramos de las zarzas,
Y me persiguen los halcones tercos,
Los mismos que persiguen á las garzas.

Bajo el verde dosel de la arboleda,
Saludo á los celajes vespertinos;
Si me enjauláis, para subir me queda
El armonioso vuelo de mis trinos!

XVII

EL TERUTERO

Símbolo de nuestra tierra
Que sólo ante Dios se humilla,
Grande en la paz y en la guerra,
La del clavel de la sierra
Y la blanca manzanilla;

La del puma concolor,
La del churrinche de grana,
La del zorzal trinador,
¡La que urde, en el ceibo en flor,
La miel de la lechiguana!

Símbolo del placentero
Jardín, en cuyas regiones
Mueve el butiá su plumero,
¡Es el patrio terutero,
El de rojos espolones!

¡Lleva un penacho en la frente,
Nace entre troncos de ombú,
Y es tan viril, tan valiente,
Que con su grito estridente
Infunde miedo al ñandú!

¡Con qué salvaje alarido,
Con qué indecibles bravuras,
Defiende á su pobre nido
Con cuatro troncos tejido
Sobre las patrias llanuras!

¡Cómo si buscáis su cría,
Con sus zumbos os rodea,
Con astucia os extravía,
Y ejemplo de gallardía,
Os azora y os bravea!

¡Retador con sus iguales,
Al débil su amparo dá!
¡Sabe hacer claras señales
De que rondan los corrales
El halcón y el aguará!

¡Por hidalgo y altanero,
Por su astucia y su valor,
Quieren bien al terutero
El siempre industrioso hornero
Y el cardenal silbador!

¡Por la noble gallardía
Con que sus bríos derrocha,
Habla bien del tero al día
El yaribá que se cría
En los palmares de Rocha!

¡Por su cariño á la cuna
Del molle y del urunday,
Los patos de la laguna
Loan el tero á la luna
Que platea el Uruguay!

¡Y es que cuanto aquí se encierra,
Desde el sauce de la orilla
Hasta el risco de la sierra,
Idolatra en esta tierra
Que sólo ante Dios se humilla!

XVIII

LA MULITA

Yo cavo humilde mi vivienda obscura
En la región querida del pampero;
¡Sus rachas amorenan mi armadura
De granuloso y de bordado cuero!
De la selva los lindos trovadores
Me arrullan con sus cánticas amigas;
¡Me alimento con jugo de verdores
Y hago una guerra á muerte á las hormigas!
Tendida entre los yuyos fragantiosos,
Si amenazan los hombres mi existencia,
¡Con mis pobres bracitos temblorosos,
Puestos en cruz, les hablo de clemencia!

XIX

LA VIUDA

Con gracioso vuelo,
Pero siempre triste, siempre solitaria,
Por los patrios montes
La viudita vuela, la viudita vaga.

Ostenta en su traje
La excelsa blancura de la hostia sagrada:
¡Parece un retazo
De los resplandores que anuncian el alba!

Semeja al mecerse
Del aire en las ondas, del aire en las gasas,
Un fleco de lino,
Un copo de nieve y un nardo con alas.

La viudita copia
Con los puros tintes de sus plumas blancas,
El color nevado
De las ilusiones que á mi puerta llaman.

Pero ¡ay! en las rémiges
Del copo de lino, del ave de nácar,
Una lista negra,
Un signo de luto fulgura y resalta.

Lo mismo sucede
Cuando abro á algún sueño las puertas del alma:
¡Siempre hay una lista
Muy negra, muy negra, del sueño en las alas!

La he visto otras veces
Flotar á la lumbre del sol de mis cerros,
Del sol de mis llanos,
¡Vestida de luto, vestida de negro!

La he visto, al hundirse
Detrás de las ceibas la luz de febrero,
Cruzar por las ceibas
Contando á las flores no sé qué misterios.

Debían ser siempre
De aquella enlutada muy tristes los cuentos,
Porque, al escucharlos,
Su cáliz doblaban las flores de fuego.

¡Acaso mi historia
Aquella enlutada les dice á los ceibos,
Cuando hunde sus haces,
Detrás de los montes, la luz de febrero!

¡Acaso las alas
Que cruzan las frondas con rápido vuelo,
Un cuento de amores,
Burlados y mustios, le cuentan al viento!

¡Las alas aquellas,
Las alas del ave vestida de negro,
Tienen en sus bordes
Una cinta blanca, de un blanco supremo!

¡Igual que mis penas!
¡Igual que mis ansias! ¡Igual que mis tedios!
¡También en mi espíritu
Un surco de lumbre dibuja el recuerdo!

XX

LA GOLONDRINA

De vuestros hijos al alegre juego
Me asocio con mis zumbos más sesgados;
¡Amo los meses de color de fuego,
Los horizontes de zafir pintados!
En el alero de los ranchos moro,
Y al llegar la estación de las neblinas,
¡Emigro en busca de las albas de oro,
Del trébol que florece en las colinas!
Ansiosa de morir donde he nacido,
Cuando los años sin vigor me dejan,
¡Saludo, desde el borde de mi nido,
Á mis hermanas que hacia el sol se alejan!

XXI

STRIX FLAMMEA

D'Hamonville, en su libro primoroso
«La vida de los pájaros», se afana
Por desgarrar el velo tenebroso
En que te envuelve la estulticia humana.

Persigues al reptil; de los roedores
Eres la encarnizada destructora:
¡Te deben protección los labradores!
¡Te saluda la parva brilladora!

Cuando cruzan tus rémiges amigas,
Con sordo vuelo, la extensión desierta,
¡Sonríen jubilosas las espigas,
Tranquilizadas por tu extraño alerta!

¡La luz, que vela al pobre agonizante,
Te atrae y lanzas tu doliente grito
Para anunciar que un buque zozobrante
Ve el faro del peñón de lo infinito!

¡Tu grito extraño, de siniestra calma
Y que escucha febril nuestra miseria,
Es el adiós con que despide al alma,
Ya pronta á remontarse, la materia!

¡Pájaro de desgracia te apellida
Nuestra superstición, nuestro extravío,
Porque marcas el fin de nuestra vida,
Porque el puerto le anuncias al navío!

¡Porque dices, funérea y estridente,
Rasgando de la sombra los negrores,
Que ya no clavarán en nuestra frente
Sus punzantes espinas los dolores!

¡Con medrosa inquietud te contemplamos
Y tus lúgubres salves maldecimos,
Porque cuidas las mieses que sembramos
Y presagias el rumbo que seguimos!

¡Comprendiendo los odios que despiertas
Y escudada en las sombras vespertinas,
Haces nido en las cumbres más desiertas
O construyes tu albergue entre las ruinas!

¡Lúgubre siempre y siempre funeraria,
Cuando la aurora deja su sudario,
Vas á esconder tu vida solitaria
En la torre mayor del campanario!

¡Tétrica enarcas tu silente vuelo
Cuando la aurora azul ríe en los nidos,
Y las ninfas, hundiéndose en el cielo,
Se alejan de los faunos sorprendidos!

¡Bruja sin dicha del imperio alado,
Del país de las dianas de la aurora,
Tu fama de hechicera la han forjado
El aperiá y la víbora traidora!

¡Ave que fuiste el ave de Minerva,
A pesar de tus gritos estridentes,
Dulces te ven los ojos del que observa
El odio que te inspiran las serpientes!

XXII

EL CARDENAL

¿Amáis mi cavatina silbadora?
No extraño que os cautiven sus alegros;
También complacen á la zarzamora
Y á los saúcos de racimos negros.
¿Comparáis de mi pecho la blancura
Con mi copete de llameante grana?
¡Deshilando su regia vestidura,
Lo hizo el sol de mi tierra americana!
¡Varío las coronas de mi veste,
Pues de Aceguá en las ásperas cuchillas,
Cuando mi airón no es un airón celeste,
Es un airón de plumas amarillas!

XXIII

LOS ÁRBOLES

Moviendo su abanico,
Gime la palma:
—¡La gloria está en mis ramos
Simbolizada!
—¡Y yo, murmura el sauce
De urdimbres crespos,
Soy la melancolía,
Soy el recuerdo!

—¡Yo, la multa responde,
Fundo en fragancias
Los jugos de mis venas,
Toda mi savia!
—¡Yo vivo siempre solo,
Pero en las lomas!
Dice el ombú de espesa
Y amante sombra.

El viraró replica
Con voces claras:
—¡Yo soy como el espíritu
De nuestra raza!
¡Me veneró el charrúa
De alma de acero!
¡No hay ninguno que llegue
Donde yo llego!

—¡A mí, dice el quebracho,
Fuerza me llaman!
—¡Tengo azúcar por sangre!
Dice el pitanga.
—¡Yo soy, grita la copa
Del espinillo,
Un dardo que con flores
Cubre sus filos!

—¡Yo soy, murmura triste
La pasionaria,
Una ilusión que tiene
Rotas las alas!
—¡Yo soy como la envidia.
Dice la aruera,
Que á nadie en torno suyo
Florecer deja!—

Y desde lo más hondo
De las barrancas:
—¡Yo soy salud! responde
La calaguala.
—¡Curar á los que sufren
Es cosa mía!—
Murmura la silvestre
Zarzaparrilla.

—¡Bien por las curanderas
Que á nadie sanan!

¡Yo sí que hago milagros
Y tengo fama! —
Replica con rencores
El culantrillo,
Tostándose en los hornos
Del sol estivo.

Así de nuestros montes
Los ramos hablan,
Y así dicen las yerbas
De nuestra patria,
Cuando del mediodía
Bajo el incendio,
Los ojos de las aves
Entorna el sueño!

XXIV

EL POETA

¿Cómo cantar á todo lo que alienta
De nuestros montes bajo el amplio abrigo?...
¡Para el sauce, de copa macilenta,
Soy como un viejo y familiar amigo!
¡La golondrina azul, deja el alero
Y viene á saludarme, cuando paso:
Me sigue hasta las toscas, el jilguero
En las melancolías del ocaso!

Ensueños de renombre y de ventura,
Que inflamasteis un día mis sentidos,
¡Cuán opaca se ve vuestra hermosura
Mirada desde lo alto de los nidos!
La dicha, la verdad y la belleza
Están aquí, bajo los patrios montes,
¡En tu libre labor, naturaleza!
¡En vuestra luz, abiertos horizontes!
¡Sueños de mi ambición irrealizada,
Brillazones del río de mi vida,
Al acercarme al fin de la jornada,
Con qué cansancio os doy mi despedida!

CICLO COLONIAL

EL ATLETA INDIO

(1603)

— Hombres blancos, venid! ¡No me dais miedo!
¡Hombres blancos, venid
Y probaréis la maza del indómito
Cacique Cabarí!

¡Con mis dedos de bronce, con mis dedos,
Estrangulo al jaguar,
Y con mis piés aplasto á las traidoras
Víboras de coral!

¡No tembléis y venid! ¡Del sol charrúa
Bajo la ardiente luz,
Os espero sentado en las raíces
Sinuosas del ombú! —

Hernandarias envía seis gigantes
Contra el yaguareté:
¡El cuchillo de piedra del cacique
Concluye con los seis!

— ¡Españoles, venid! ¡Erais muy pocos!
¡Tengo fuerzas aún!

¡Os espero sentado en las raíces
Sinuosas del ombú!

¡El tordo canta su canción de triunfo
Sobre el verde sauzal!
¡Hombres blancos, venid! ¡Aun tienen uñas
Las garras del jaguar!—

Hernandarias envía diez gigantes
Contra el yaguareté:
¡El martillo de piedra del cacique
Concluye con los diez!

—¡Españoles, venid! ¡Tengo por brazos
Ramas de ñandubay,
Y mis dedos abollan la armadura
De cegador metal!

¡No tembléis y venid! ¡Aun por las cumbres
Rueda un poco de luz!
¡Os espero sentado en las raíces
Sinuosas del ombú!—

Hernandarias envía cien gigantes
Contra el yaguareté:
¡La lanza brilladora del cacique
Concluye con los cien!

—¡Españoles, adios! ¡Ya de la tarde
Se evaporó la luz!

¡Os veo y no me véis! ¡Me dió sus ojos
Nuestro ñacurutú!

¡Yo mato, cuando mato, con nobleza!
¡Nunca mato á traición!
¡Os veo y no me véis! ¡Dormid tranquilos!
¡Españoles adiós! —

CRÓNICA MILAGRERA

(1625)

Pasó en Corpus: una bella
Tarde en que la luz destella
De un arroyo en el cristal,
Cuyas espumas bebía
Un mirasol que tenía
Su nido sobre un sauzal.

Pasó en Corpus: una siesta
En que toda la floresta
Sufre saudades de amor,
Y en que luce cada rama
Un joyel, como una llama,
En que sucta un picaflor.

Fué en Corpus; las reducciones
Preparan sus procesiones
Y su concierto orquestal,
Sus bailables con figuras,
Sus banquetes y sus puras
Pantomimas de ritual.

Habrá sortijas y toros;
Los indios, como los moros,
Gustan del baile y la rés:

Un buen pulso y un buen quite,
Un camachesco convite
Y un simbólico entremés.

Así, de la luz al brillo,
La reducción de Espinillo
Se prepara con afán,
A los goces, sin malicia,
Propios del culto en que oficia
Fray Bernardo de Guzmán.

Las mozas, en los altares,
Ponen muchos luminares,
Mucha flor y mucho tul,
Luciendo sus rícas galas
Como el tinte de sus alas
Luce el guacamayo azul.

Ellas, con su maestría,
Al son de la sinfonía,
De la música al tañer,
En sus sardanas y jotas
Dibujarán las derrotas
Del réprobo Lucifer.

Del baile al compás sonoro,
Ellas serán como el coro
Que marcha de Cristo en pos,
Trazando con sus revuelos
Sobre el tapiz de los cielos
El santo nombre de Dios.

Ellas, de cuya hermosura
Sabe el viento que murmura
Los himnos del membrillar,
Le confían sus amores
Al santo que envuelto en flores
Sonríe sobre el altar.

¡San Domingo de Soriano,
Á quien ofrece el verano
De las ceibas el carmín;
Patrono que te alborozas
Cuando te cubren las mozas
De espliego, ruda y jazmín!

¡Santo dulce y santo bueno,
Que amparas del trigo lleno
Al huracanado mar,
Cuando la nube y el noto
Cruzan como un terremoto
Sobre el ombú secular!

¡Santo gentil, dulce santo
Que tienes de seda el manto,
De seda el doble dosel;
Santo que filtras dulzuras,
Dáles á esas hermosuras
Sueños henchidos de miel!

Bajo aquella tarde clara,
El desfile se prepara,
Se oye el tañer del tambor,

Y hierguen los monaguillos
La bandera de Espinillos
Y la cruz del Redentor.

Cada cual pone en su puerta
Lo más floril de su huerta,
Rosas, claveles ó azahar,
Y al pie de las ventanadas,
Hay fieras encadenadas,
Hay cachorros de jaguar.

Uno ceñudo é inquieto,
Mal domado y mal sujeto,
Ruge con sordo rugir:
¡Se oye un canto de esperanza,
Y la procesión avanza
Bajo la luz de zafir!

Relumbra el oro en los cirios,
Y en el nácar de los lirios
Hay chispas de oro también:
¡Todo es fulgencia y encanto!
¡Hasta el palanquín del santo
Con su dúlcido vaivén!

¡Cuántas luces! ¡cuántas flores!
¡Trompeteros y cantores
Riman un himno triunfal!
¡Cuando más el himno suena,
Rompe su frágil cadena
El tigre del pajonal!

Ruge, se recoge y salta
Hacia el cortejo que esmalta
De chispas el palanquín;
Las mozas sueltan los cirios,
¡Pronto los pálidos lirios
Se teñirán de carmín!

El tigre avanza rugiendo,
De la trompeta el estruendo
Enronquecido cesó;
Se cubre el suelo de flores,
Y enmudecen los cantores...
¡Sólo el palanquín quedó!

Cuando vencido el espanto,
Y acordándose del santo,
Volvió al santo el feligrés,
¡Vió, bajo el oro del día,
Que el tigre imperial lamía
De San Domingo los pies!

Así, con dulces consejas,
Las jóvenes y las viejas
Sus horas matando van;
Y así, zureiendo plegarias,
Lo que no obtuvo Hernandarias,
Lo logró el padre Guzmán.

NIDO DE HALCONES

(1705)

Bajo la capitanía
De Gómez de la Quintana,
Como dos mil castellanos
Y cuatro mil indios marchan
A defender los derechos
Y las costumbres de España.
¿Dónde ván? A la Colonia,
Que es un nido de piratas
Tutelados por los pliegues
De la portuguesa flámula.
Yá tomó Vera Mujica
A sangre y fuego la plaza
Cuando sobre sus baluartes
Manuel Lobo gobernaba;
Pero don Carlos Segundo,
Más doncella que monarca,
A los pórtugos volvióla
Con disculpas cortesanas.
La Colonia, que lo sabe,
Vive robando á mansalva,
Contrabandista y negrera,
Mameluca y siempre en danza,
Como un nido de milanos
En un bosque de calandrias.

Por eso sobre sus muros,
Sobre sus fuertes murallas,
Como dos mil españoles
Y cuatro mil indios marchan
A defender los derechos
Y las costumbres de España.
De Santo Domingo salen
Y sus recias trompetadas
Al ardiente toro asustan
Y al jaguar listado espantan.
Sonríe la primavera
En el triunfo de las palmas,
Poniendo cantos de boda
Sobre los copudos talas,
En el pico de los tordos
Y en el plumón de las cañas.
Yá el sol incendia las cumbres,
Que coronan y embalsaman
Del ombú lo centenario,
Del trébol las verdes matas,
Y del aromo con púas
Las amarillas guirnaldas.
En los molles hay zorzales,
Churrinches en los pitangas,
Horneros en los guayabos
Y en el arrayán torcazas,
Que es cada corola un pomo
Lleno de esencia balsámica,
Y en cada espesor del monte
Los perfumes y las alas

Un epitalamio riman,
Un himno de nupcias cantan.
Bajo aquel palio de oro,
Bajo aquella luz de grana,
Bajo aquel aire de selva
Que es un pebetero en ascuas,
Y en pos del corcel gallardo
De Gómez de la Quintana,
Españoles y cobrizos
Con bélico empuje avanzan
Para clavar, en los muros
Del fortín de los piratas,
Los almenados castillos
De la bandera de España.

Unos en el cinto llevan
Bolsos de pólvora y balas;
Otros esgrimen al sol
La fulgidez de sus lanzas;
Otros aprontan el arco
De donde la flecha salta
Con furias de tigre, y otros
Lucen la indígena clava
Que, cuando rebota y hiere,
Pesa como una montaña.
Yá llegaron. Todo es luz.
Octubre ríe en las zarzas,
Y bajo los dulces brillos
De la atmósfera incendiada,
Unos trayendo fajinas

Y otros aguzando estacas,
Para las bocas de fuego
Un sólido altar preparan.
¡El cañón en su cureña,
La boca frente á la plaza,
Mucho proyectil en torno,
Mucho estampido de salvas,
Mucho destellar sulfúrico,
Mucha fe, mucha constancia,
Y muchos vivas si el aire
Extiende el pendón de España!

Bien los pórtugos responden;
Truena el rayo en las murallas:
Hay muertos que el buitre espía;
Flores que en sangre se empapan.
¡Son los dulces macachíes,
Los de rizomas balsámicas,
Y son los fragantes tréboles
De los campos de la patria!
Al fin, tras de cinco meses
Llenos de homéricas cargas;
Cuando yá la artillería
De tronar está cansada;
Cuando comienzan las brumas
A salir de las barrancas
Y con rumbo hacia la luz
El róseo flamenco pasa,
Huyen en cuatro navíos
Cautamente los piratas,

Dejando que la Colonia
Vuelva al dominio de España.
¡Marte coronas de roble
Y Apolo gajos de palma
Ofrecen al vencedor,
Y hay en la ciudad corsaria
Muchos bailes de candil,
Mucho ruido de campanas,
Muchos víctores al rey,
Mucha y muy loca algazara
Cuando por las calles cruza
El potro de recia estampa
Y de revoltosas crines
De Gómez de la Quintana!

UNA NOCHE COLONIAL

(1765)

I

Gobierna Carlos Tercero
El joyel de las Españas,
Y en Montevideo gobierna,
Con caprichos de monarca,
Don Agustín de la Rosa,
Varón de progenie hidalga.

La Montevideo de entonces
No era la ciudad gallarda,
Que con ramos de sus quintas
Se perfuma y se engalana;
No era la gentil gaviota
Que con indolencia baña
De nuestro estuario en los tules
Sus limpias plumas de nácar.

Era crustáceo escondido
Bajo la dura coraza
De los muros que la envuelven
Y los bronces que la esmaltan,
Muros que vomitan fuego
Y bronces que arrojan llamas.

Si en la ciclópea caserna
De la pared almenada
Rompen en bélicos himnos
Las militares charangas.

Fortín clavado en la boca
De las espumas del Plata,
Torre de férreos portales
Y graníticas murallas,
Vive la ciudad enferma
De fastidio y de nostalgia,
Con sus ángulos, merlones,
Cubos, cuarteles y ochavas,
Erizados de morteros
Que la oprimen y la aplastan.

Para completar la fiesta
Y hacer más dura la carga,
Tantos diezmos y primicias
Y tributos y alcabalas
Imponen á la colonia
Los que en la colonia mandan,
Que es la colonia un rosario
De pobrezas franciscanas,
En cuya abrupta campiña,
Montaraz y solitaria,
Se roba cuanto se puede,
Se vive á salto de mata
Y no hay ley que no se apoye
En el filo de la daga.

El gobernador, cumpliendo
Las órdenes de las cartas
Donde sus altos poderes
El rey confirma y consagra,
Para domar asesinos
Y á los robos poner valla,
Una horca de fuertes brazos
Sobre la ciudad levanta,
Horca que en vano los vientos
Bendecidos de las pampas
Sacuden, cimbran y empujan
Con sus aulladoras ráfagas;
Y horca que en vano aparece,
Siempre que despunta el alba,
Extendida sobre el musgo
Verdinegro de la plaza,
Como si al mediar la noche,
Cuando en los muros se alza
Del no interrumpido alerta
La quejumbrosa tonada,
De suplicio tan infame
La justicia protestara
Arrancándolo de cuajo
Con sus dedos de fantasma.

Así el rey Carlos gobierna
El joyel de las Españas,
Y así gobierna, con usos
Y caprichos de monarca,
Don Agustín de la Rosa,

Varón de pasiones bravas,
Las cúspides y los llanos
De la provincia uruguaya.

II

Celebra el gobernador
Con nacionales festejos
El glorioso natalicio
Del rey don Carlos tercero.
Hubo novillos de punta,
Con divisas de oro y fuego,
Que por las estrechas calles
De la población corrieron
Para gozo de los bravos
Y tortura de los cuerdos;
Hubo voces de campanas,
A cuyo repiqueteo
Con atronadoras lenguas
Los fortines respondieron;
Y hubos rojos gallardetes
Columpiados por el viento
Sobre balcones vestidos
De damasco y terciopelo.

Altivo, el gobernador,
Entre ostentoso cortejo,
Recorre calles y plazas,
En las que se apiña el pueblo

Olvidando sus pobrezas
Mientras dura el jubileo,
Siendo tan hondo el placer
En los semblantes impreso,
Que al contemplar la algazara,
Orgulloso y satisfecho,
Don Agustín de la Rosa
Casi desenarca el ceño.

De pronto cruza los grupos,
Entre dichos y requiebros,
Una hermosura que adorna
La noche de sus cabellos
Con un clavel, menos rojo
Que el lindo clavel abierto
De los labios que sonríen
En su semblante moreno.

Turbado el rostro sombrío,
De honda palidez cubierto,
El gobernador en ella
Fija sus ojos de fuego.
Se detiene y en voz baja
Despidiendo á su cortejo,
Camina en pos de la joven
Á quien sirve de escudero
La inocencia soñadora
De sus grandes ojos negros.

Su abanico de topacios
Va la tarde recogiendo,
Y ya asoman las estrellas
En lo más hondo del cielo.
Se abre la apretada piña
De los grupos callejeros,
Y del festival se apagan
Los aturdidores ecos,
No bien su luz de alabastro
Sobre las aguas del puerto,
Vierte el disco de la luna
Circundado de luceros.

Dirige el paso la niña
Hacia el cuartel de San Diego,
Seguida por el galán
Que la custodia en silencio.
Sólo cuando abre del todo
La noche su palio inmenso,
Acercándose atrevido
De sus ansias al objeto,
Dice el galán á la joven
Con apasionado acento:

—Si cuanto más me desprecias,
Más en amarte me empeño,
Bien merecen mis suspiros
Que me escuches á lo menos.
Mátame; pero responde.
¿Á otro quieres?— ¡Á otro quiero!—

— Poco premian tu ternura,
Niña de los ojos negros,
Cuando te dejan ir sola
Á los públicos festejos. —
— ¡Mal pagaran mi cariño
Circundándome de celos,
Que amor que cela y espía,
Más que placer, dá tormento! —
Y saludando al galán
Emocionado y suspenso,
Se perdió la linda joven
En el laberinto estrecho
De las callejas que forman
La barriada de San Diego.

III

Duerme la ciudad en calma
Al amparo de sus tejas,
Que ya hace mucho sonaron
Los tañidos de la queda.
Está la noche lluviosa
Y el viento cruje con fuerza
En los ciclópeos pretiles
De los bastiones de piedra.
Solitarias y sin luces
Las fangosas callejuelas,
Sólo rompen el silencio
Que sus angosturas pueblа.

Cuando la ronda las cruza
Ó esparce la noche densa,
Con el ruido de sus alas,
Algún prolongado alerta.

Junto al cuartel de San Diego
Alguien, sin embargo, vela
En un caserón que tiene
Tiestos de albahaca en su reja;
Alguien con dulces coloquios
Y apasionadas promesas,
Deja que las nubes lloren
Y que brille el sol espera,
Pidiendo al cielo que el día
Muy tarde su luz encienda
Y que recoja muy tarde
Su manto la noche negra.

Junto á la angosta ventana
De verdes gajos cubierta,
Una voz dice: — ¡Te quiero! —
Y otra responde: — ¡La abeja,
Que zumbando ronda y liba
De tus flores las macetas,
Es el símbolo de mi alma
Que continuamente sueña
Con la luz que arde en los ojos
De tu linda faz morena! —
— ¡Bien lo mientes! — suspirando
Arrulla la voz primera;

—¡Bien lo siento y mal lo digo!—
La segunda voz contesta,
Mientras se acerca un semblante
Á la engalanada reja
Para recoger un beso
Que sobre otros labios tiembla.

De pronto, de una casucha
De miserable apariencia,
Que sus muros de ladrillo
Frente al caserón eleva,
Salen dos hombres trenzados
En espantosa contienda,
Cuyas dagas echan chispas
Al buscarse en las tinieblas.

Uno, más diestro ó más fuerte,
De su adversario sujeta
Con un brusco movimiento
La amenazadora diestra,
Le divide el corazón
Con puñalada certera,
Y huye dejando un cadáver
Extendido en la calleja,
Por donde avanza una ronda
Que con el muerto tropieza.

También, guardando los hierros
De la ventana entreabierta,
A un mozo de altivo porte

Los alguaciles encuentran,
Que nada del muerto sabe
Y que altanero protesta
Cuando la voz de la ronda
Le pide del crimen cuentas.

No logrando del delito
Desenredar la madeja,
Juntos al vivo y al muerto
Los alguaciles se llevan,
Al uno para enterrarle
Y al otro para que pueda
Cimbrar al viento un racimo,
Que aleccione y que sorprenda,
La horca por orden del rey
Levantada en la plazuela.

No bien la calle de nuevo
Muda y entre sombras queda,
Un embozado, que oculto
En el quicio de una puerta
Celó el amante coloquio
Y presenció la pendencia,
Dice, cruzando la calle
Y acercándose á la reja:
—¡Con moneda de rencores
Mi cariño recompensas!
¡Hoy tu amante es cosa mía!
¡Quien bien quiere, bien se venga!

IV

Está silenciosa y triste
La barriada de San Diego,
Porque se muere la niña
De los grandes ojos negros.
¡La tórtola tiende al nido,
La flor de la carda al cerco,
El ramo de hiedra al muro,
Y los ángeles al cielo!

Asesinada se muere
Por un horrible secreto,
La que fué gala y encanto
Del sur de Montevideo.
Ya no ajustician al mozo
Encontrado junto al muerto
De la calle en cuyas rejas
La albahaca destila incienso.
El gobernador, en uso
De sus altos privilegios,
Hizo gracia de la vida
Al imprudente mancebo.
¡Pronto libre, como nunca
Enamorado y suspenso,
Volverá á llenar la calle
De coplas y de requiebros!

¿Qué responderá la niña
Á los dulces juramentos
Del galán en cuyos ojos
Tiene el albedrío puesto?
Por eso, mientras el joven
Alegra su triste encierro
Besando el clavel marchito
Con que adornó sus cabellos
En la tarde hechizadora
De los públicos festejos,
¡Asesinada se muere
Por un horrible secreto,
La que fué gloria y orgullo
Del sur de Montevideo!...

¡Tañe, buscando plegarias,
Campanario del convento,
Que la garza volvió al río
Y en los ramajes del ceibo
La becacina del monte
Ha replegado su vuelo!
¡Trueque su tristeza en gozo
La barriada de San Diego,
Que ya no sufre la niña
De los grandes ojos negros!

BATALLA DE ATRIBUCIONES

(1782)

En todo siglo y lugar
Los regidores tuvieron,
Bajo el hispánico yugo
Prerrogativas y fueros.
Se sentaban en sus juntas
Tupamaros y europeos;
Pero, godos ó no godos,
Merecen loa y respeto
Porque el cabildo es la imagen
De la majestad del pueblo.
Ellos reparten y cobran
Las cargas y los impuestos,
Ellos de los vecindarios
Escudan los privilegios,
Ellos protegen al pobre
Y ellos tutelan al huérfano.
Ellos cuidan de las cárceles,
Asisten á los enfermos,
Mandan en cuanto se roza
Con el culto y el comercio,
Castigan al malhechor
E intervienen en los pleitos.
¡Es que su sed de virtudes

Han depositado en ellos
Las probas comunidades
De Aragón y de Toledo!
¡Es que el alma de Lanuza
Y de Fivaller el bueno
Fué el alma de los comunes
Godos de Montevideo!

El gobernador del Pino
Tiene poco dulce el genio,
En mucho su jerarquía,
Y sabe fruncir el gesto
Siempre que los regidores
Le hablan claro ó le hablan recio.
Es militar y á sus ojos
Ningún derecho es derecho
Si no se apoya en la punta
Y en el filo del acero,
Que un edicto es un papel,
Un papel no tiene peso
Y no hay cañón que no pueda
Demenuzar un decreto.
Alcalde de primer voto
Era, entonces, un Haedo,
A quien prudente y sesudo
Nos pinta la voz del tiempo.
Sin ser joven, era joven
Por lo firme de su nervio
Y porque en su investidura,
Sin soberbias y sin miedos,

Se envuelve como un monarca
Se envuelve en el manto regio.

El gobernador dispone
Que le dé conocimiento,
El cabildo, de las causas
Que sigue contra los reos,
No fallando en causa alguna
Sin su anuencia y su consejo.
Se oponen los cabildantes,
Por despótico, al empeño,
Que el gobernador no tiene
Velas en aquel entierro.
—¡Al César lo que es del César!—
Dice con justicia Haedo;
Pero del Pino no sabe
De justicias en sus feudos,
Y vé como feudo suyo
Del Pino á Montevideo.

Los alcaldes no se ablandan;
El gobernador es terco;
Los unos dicen:—¡No es justo!—
Grita el otro:—¡Someteos!
Inútilmente responden
Con razón Bauzá y Haedo:
—Como el vuestro respetamos,
Respetad el poder nuestro:
¡Bien está San Pedro en Roma!
¡Dejadle Roma á San Pedro!—

Del Pino sigue en sus trece,
Y los cubre de denuestos,
Y los confina en prisiones,
Y los condena al destierro,
Sin que amengüen su rencor
La edad, el linaje, el mérito,
El murmullo de las turbas
Y el interés del gobierno.
Aquel soldado con banda
Está de soberbia ciego,
Como el toro á quien azotan
Con un capote bermejo.
No hay más ley que su capricho,
Y es inútil el esfuerzo
Con que el cabildo defiende
De sus alcaldes el fuero.
Bauzá se dirige al trono
Y el trono, con buen acuerdo,
Multando al gobernador,
Dá al duro litigio el sesgo
Que conviene á la grandeza
Y á la dignidad del cetro.

Así, á pesar de la Rosa,
Por Olaguer puesto en hierros,
El cabildo fué el fortín
De la libertad del pueblo,
La torre en que tremolaban
Las banderas del derecho,
En aquellos lustros tristes,

En aquel terrible tiempo
En que no había otro código
Que el código del acero.
¡Es que en los cabildos arde
El fecundo, el santo fuego
Que animaba á los comunes
De Aragón y de Toledo!
¡Es que el alma de Lanuza
Y de Fivaller el bueno
Fué el alma de los ediles
Godos de Montevideo!

LOS BLANDENGUES

(1797)

El mameluco y el indio,
Un invasor y un rebelde,
En continuas inquietudes
A los españoles tienen.
No hay ganado que se salve,
Ni caravana que llegue,
Ni sueño sin pesadillas,
Ni puerta que no se cierre,
Cuando el dormilón despliega
El arco gris de sus rémiges,
Cuando la noche sus velos
Urde sobre los laureles,
Y cuando brilla la luna
De las lomas en los tréboles.

Sus viviendas en fortines
Los hacendados convierten;
Pero el charrúa es astuto,
Y es el pórtugo cual sierpe
Que arrastrándose hasta el nido
De las águilas asciende.
Por eso, cuando las sombras
Resbalando por los céspedes

Suben desde el monte al cono
De las cuchillas silvestres,
No hay trabuco que no brille
Como plata que se vende
Y no hay moza que entre angustias
Su mejor salve no rece.

No siempre los credos sirven,
Ni el trabuco truena siempre,
Pues á pesar del rosario
Y el trabuco, muchas veces
El malón del indio errante
Ó del pórtugo insolente
A las estancias mejores
Y más temidas envuelve
De las luces del incendio
En el manto de claveles.
¡Así en la llana se vive,
Y así en la llana se muere
Entre el rodar de los ríos,
Entre el mugir de los bueyes,
Y entre la explosión de aromas
De los zarzales que tienen
En cada púa un capullo
Fragancioso que parece
Un rubí bien incrustado
En una esmeralda verde!

Gobernaba, por entonces,
Los jardines donde teje

El espinero su nido
Sobre el guayacán de nieve.
Aquel Bustamante y Guerra
Cuyo vigoroso temple,
Cuyas sanas intenciones
Y cuya honradez sin pliegues,
Es muy justo que la historia
De estos pagos reverencie.
Él, para domar los bríos
De la cuatrería agreste,
Del pórtugo pendenciero
Y del charrúa sin leyes,
Formó el cuerpo memorable
De los ínclitos blandengues
En cuyas picas fulgura
El sol purpúreo y alegre
Que en el oro azucarado
De las lechiguanas hierve.

Si aquellas lanzas asoman
Huyen, lo mismo que liebres,
El matrero de ojos turbios
Y el contrabandista aleve.
Ellas, del reo evadido
Al cabalgador defienden,
Y ellas de la virgen pura
El dulce ensoñar protegen
Cuando el ombú de la cumbre
Rondan los nocturnos duendes.
¡Hace el vistoso uniforme

Muy garridos á los héroes!
¡Casaquín corto, de azul
Y bien hilado pañete,
Con las vueltas encarnadas,
Más encarnadas y alegres
Que los capullos fragantes
Del tembetarí en noviembre!
¡Rojo el collarín, la chupa
Roja como el pecho ardiente
Del churrinche, los botones
Dorados como las mieses
En que rima la calandria
Sus salves al sol que muere,
Y de aplomado color
El capote de anchos pliegues
Con que lo rojo y lo azul
De su vestimenta envuelven
Cuando al soplo del invierno
El yaribá se estremece!

¡Saludad! ¡Que Dios sus ojos
No aparte de los jinetes
Cuya picas brilladoras
En la soledad se pierden!
¡Hoy su bandera es la insignia
Que sobre las olas flébiles
Tremolaban los navíos
De Luque, Almagro y Valverde!
¡Hoy son godos los lanceros;
Pero no lo serán siempre,

Que cuando el volcán estalle,
Y lo nativo comience
A rezar de los trabucos
De recortados las preces,
Cantarán el mismo rezo
Los rejones de esos héroes!
¡Gloria al escuadrón que pasa,
Que en la soledad se pierde,
Y no olvidéis que Rondeau
Y Artigas fueron blandengues!

EL SARAO DE ELIO

(1810)

(Un despacho del Fuerte. — En el fondo dos puertas con grandes cortinajes de terciopelo rojo que lucen el escudo español. — Cuando las cortinas se alzan se vé la sala de baile, donde hay parejas danzando el minué. — Se oyen de vez en cuando los sones de la música. — Puertas laterales. — Un escritorio con un tintero de plata maciza. — Frente al escritorio, un sofá con las armas reales. — Sillones que ostentan también el escudo de España. Sobre el escritorio candelabros de plata con bujías. — Es de noche).

I

LA CONDESA DE GARÇAO *(en el sofá)*; FRANCISCO ACUÑA DE FIGUEROA *(de pie)*; *en el fondo* CARMEN. *(llorando en un sillón)*.

LA COND. ¿Conque versos escribís?
FIGUER. En ocasiones.
LA COND. Parece
Que son famosos.
FIGUER. Merece
El que os lo dijo un mentís.
Dejo la pluma correr
Porque me gozo en soñar.
LA COND. Los versos hacen llorar.
FIGUER. Los míos causan placer.
LA COND. ¿Versos alegres?

FIGUER. Precisa
Perdonármelos, Condesa;
Mi musa, que es muy traviesa,
Todo lo convierte en risa.
Si es falso, machuco al juez,
Y al húsar, si tiene miedo;
Pongo en cruz, siempre que puedo,
El vicio y la estolidez.
Lo que no impide, señora,
Que como buen trovador,
Les cante versos de amor
A la luna y á la aurora.

LA COND. ¿Sois satírico?

FIGUER. Precisa
Perdonármelo, Condesa;
Mi musa, que es muy traviesa,
Todo lo convierte en risa.
Es lo bufo mi pasión,
Y forjo el chiste gallardo
Como abeja cuyo dardo
Sabe á toronja y cedrón.
Tiene risas de cristal
Mi musa jacarandosa,
Como el agua bulliciosa
Del serreño manantial.

LA COND. La lira es sublime cuando
Nos perdona y nos defiende.

FIGUER. La lira, Condesa, aprende
A satirizar llorando.
¿Es misántropa? ¡Lloró!

¿Cómica? ¡Lloró á raudales!
¡Tañemos liras iguales
Yo y Esopo, Plauto y yo!

LA COND. ¡De agudo pecáis!

FIGUER. Precisa
Perdonármelo, Condesa;
Mi musa, que es muy traviesa,
Todo lo convierte en risa.
Así soy y siempre así,
Mientras dure, viviré;
¿Lágrimas?... ¡No!... ¿Para qué?
¡Dicen que riendo nací!

LA COND. Componedme una canción
Para Carmen.

CARMEN. ¡Qué tortura!

FIGUER. Mi guitarrillo no cura
Las penas del corazón.

CARMEN. ¡Quiero, si muere, morir!

LA COND. ¡Carmen!

FIGUER. Dejadla llorar:
Es el arte de callar
La rima del de sufrir.

LA COND. El dolor pasa de prisa.

FIGUER. Su tormento me interesa;
Mi musa, que es tan traviesa,
No sabe tomarlo á risa.

LA COND. Rimad, pues, una canción
Que mitigue su amargura.

FIGUER. ¡Mi guitarrillo no cura
Los males del corazón!

II

La Condesa, Carmen, Figueroa, Elío, José G. Artigas y un grupo de Oficiales de Blandengues *(viniendo del salón de baile).*

Elío. ¡Digo que no puede ser!
Artig. Reflexionadlo.
Elío. ¡Sería
Alentar la rebeldía
Y suprimir el deber!
¡Mal con mi puesto cumpliera
Si dejara en abandono
Los intereses del trono
Y el honor de la bandera!
¡Conspirar en los momentos
En que, bajo el indio sol,
Todo lo que es español
Oye crujir sus cimientos!
¡Cuando con fiera constancia
Resiste nuestro coraje
Al pico corvo y salvaje
Del aguilucho de Francia!
Artig. Perdonarlos es cordura:
¡No sopléis sobre el volcán!
Elío. ¡Nunca traté, capitán,
Á la traición con dulzura!
¡Para el traidor, la cuchilla
Sin piedades del verdugo!

¡La muerte para el que el yugo
Desconoce de Castilla!
¡No desarmaréis mi saña!

FIGUER. *(bajo á la Condesa)* Es justo: ¡la mejor ley
Es hacer odioso al rey
Y separarnos de España!

ARTIG. ¡Sólo del amor al yugo
Ceden los pumas esquivos!
¡No domará á los nativos
La cuchilla del verdugo!
¡Si insistís, en el palmar,
En la cumbre, en la cañada,
Resonará la tronada
De rugidos del jaguar!
¡España, la España homérica
De Lepanto y San Quintín,
Sólo supo de carmín
Pintar el suelo de América!
¡El suelo bajo sus pies
Hoy cimbra como una caña,
Y España siempre es la España
De Pizarro y de Cortés!

ELÍO. ¡Por eso, por su valor,
Es la tierra en que he nacido
Roble que columpia el nido
Del águila del honor!
¡Por eso del mar las brumas
Y del monte la maleza
No pueden con la pureza
De las encarnadas plumas

Que en su casco centelleante
Luce, sin paz ni reposo,
Mi terruño religioso,
Conquistador y galante!
¡No desarmaréis mi saña!
¡Rodarán, bajo la ley,
Los que ultrajan á mi Rey
Y traicionan á mi España!

CARMEN. ¡Yo nada entiendo, señor,
De ultrajes y de traiciones;
Pero sé de corazones
Heridos por el amor!
¡Sé que un alma, toda mía,
Vá á subir al cielo sola,
Y que no fuera española
Vuestra española hidalguía
Si por un dulce querer,
Que sólo acierta á llorar,
No se dejase ablandar
Y se dejara vencer!
¡Vine al baile para veros,
Vine para suplicaros,
Y del triunfo de ablandaros,
De la gloria de venceros,
Pendiente mi vida está,
Toda entera, toda entera,
Porque el hierro que le hiera
(cayendo de rodillas)
A mí también me herirá!

ELÍO. Es duro, pero no puedo

Consolar vuestra aflicción:
¡Tomarían mi perdón,
No á clemencia, sino á miedo!

CARMEN. ¡Piedad de él! ¡Piedad de mí!

ELÍO. ¡La de Dios es infinita!
(sale con los oficiales blandengues).

ARTIG. *(levantando á Carmen)*
¡Levantaos, señorita
Y no os humilléis así!

CARMEN. *(con los brazos tendidos hacia la puerta por donde sale Elío)*
¡Tened piedad de los dos!

ARTIG. ¡Ánimo, fuera flaqueza
Y no doblóis la cabeza
Sino delante de Dios!

III

LA CONDESA, CARMEN, ARTIGAS Y FIGUEROA

FIGUER. *(á la Condesa)* Ya os dije que no vinieseis.
Que era inútil vuestro afán.

LA COND. ¡Pobre Carmencita mía!

CARMEN. ¡Madre, pronto morirá,
Y no lo puedo impedir,
Y me canso de llorar!
¡El rosal de mis amores,
De mis dichas el rosal,
Se vá secando, secando,
Y nunca florecerá!

ARTIG. *(bajo, á la Condesa)*
Ved que el alba se aproxima,
Y la sentencia fatal
Se cumple al amanecer.
LA COND. Vamos Carmen.
CARMEN. ¡Esperad!
¡Tendido, junto á la tapia,
Su gallardo cuerpo está!
¡Tiene sangre en los cabellos!
¡Sangre en la adorada faz!
¡Cuánta sangre! ¡Son las flores
Bermejas de mi rosal!
¡Dios no existe! ¡Dios no existe!
ARTIG. ¡Señorita, os engañáis!
¡El Dios que enarca las rémiges
Grises de la tempestad
Y que serena los tumbos
Del embravecido mar;
El Dios que juzga y sanciona,
A esos muertos vengará!
¡Ya se elevó en nuestros montes
El rugido del jaguar,
Y se mueven como brazos
Las ramas del ñandubay!
FIGUER. ¡Si os escuchan!...
ARTIG. ¡Qué me escuchen!
¡Dios con nosotros está!
¡Tenemos potros y lanzas!
¡No necesitamos más!
FIGUER. Vamos, Condesa.

ARTIG. *(besando la mano á Carmen).* ¡Que el cielo
Bendiga vuestro pesar!
(Salen la Condesa, Carmen y Figueroa por una de las puertas laterales. Artigas se acerca á la sala de baile, levanta la cortina, mira á los que bailan, queda un momento pensativo y dice):
¡Danzan mientras otros mueren!
¡Ríen oyendo llorar!
¡Juro, por quien soy, que pronto
Otro baile bailarán!

IV

ARTIGAS Y FIGUEROA

FIGUER. Yá dejé á la Condesa en su carroza.
ARTIG. No me gusta, en verdad, vuestra Condesa.
FIGUER. Digna es, pardiez, de cirio y de coroza.
ARTIG. No desmiente su estirpe portuguesa.
¡Intrigante y falaz!
FIGUER. Pero bendita
En el cándido fruto de su seno.
¡Es como una azucena Carmencita!
ARTIG. ¡La amaba con pasión Miguel Centeno!
FIGUER. Pronto de Dios en el jardín florido
Celebrarán su fiesta de esponsales.
ARTIG. Si deshacéis de la paloma el nido,
La paloma se oculta en los juncales
Para morir.

FIGUER. Del mozo la locura
Pagan los dos de insólita manera.
ARTIG. Hay una virgen, inmortal y pura,
Que holocaustos más fúlgidos espera.
¡La libertad!
FIGUER. ¡Silencio! ¿Todavía
Queréis más lutos y queréis más saña?
ARTIG. ¡Es que al jaguar del monte desafía
El romancesco frenesí de España!
¡Es que España no vé que los nativos
Están cansados de sufrir! ¡Cansados
De esos modos de hablar, bruscos y altivos
Como golpes de fusta ensangrentados!
¡Es que si el juez es godo, de la pena
Se olvida el juez cuando el delito es godo!
¡Es que nos vá dejando la cadena
El pie con llagas y sin carne el codo!
FIGUER. España es fuerte; su lenguaje hablamos;
Suya es la fe sublime en que nacimos.
ARTIG. Con usura sus dones le pagamos;
Por uno que nos dió, ciento le dimos.
Nos trata como siervos; nos humilla;
La frente con el látigo nos cruza.
¡El potro si pensáis como Padilla!
¡El dogal si sentís como Lanuza!
FIGUER. Es que por todas partes asaltada,
España se defiende y gallardea.
ARTIG. ¿No la sirvió con brío nuestra espada?
¿No es suyo nuestro potro de pelea?
¡Con bravura por ella combatimos

Y su nombre, al rodar, victoreamos;
Pero libres, no siervos, nos sentimos
Y más nos hiere, cuanto más le damos!
¿Quién al luso venció? ¿Quién las regiones,
Que mira aún como botín de guerra,
Salvó de los purpúreos pabellones
En que lucen las armas de Inglaterra?
¡Nosotros!

FIGUER. Yá lo sé.

ARTIG. Pues con nosotros
Es cada vez más dura y más huraña.
¡Tenemos brazos y tenemos potros!
¡Libres seremos á pesar de España!
Figueroa, escuchad: se acerca el día
En que vuestras estrofas inmortales,
No cantarán la hispana bizarría;
¡Cantarán las bravuras orientales!
¡Las bravuras del pago en que enverdecen
Los juncos del juncal, y en que han nacido
Los rojos cardenales que se mecen
En la copa del ceibo enrojecido!
¡Os lo juro! ¡Lo sé! ¡Libres seremos
Como el tordo que silba en la cañada,
Y si no lo logramos... moriremos
Con la boca en la cruz de nuestra espada!

(Se oye un murmullo en la sala de baile. El teniente Ruiz sale de ella. Cuando Ruiz levanta la cortina, se ven grupos que hablan con animación. Ya no se baila. Ha cesado la música).

V

Artigas, Figueroa y Ruiz

Figuer. ¿Qué sucede?
Ruiz. *(brusco)* Pues sucede
Que se ha recibido un chasque
Diciendo que en rebeldía
Se levantó Buenos Aires.
Figuer. ¿Os burláis?
Ruiz. «El veinticinco
De Mayo, dice el mensaje,
El pueblo invadió en tumulto
Las Casas Consistoriales.»
Artig. ¿Trae pormenores la nota?
Ruiz. Algunos y muy notables;
La miga, más que en el hecho,
Para mí está en los detalles.
Depuesto el Virrey, la Junta
Edictos hace y deshace,
Que civilizar á golpes
De trompón es cosa fácil
Para el que nació con gustos
De leguleyo ó de alcalde.
Gozosos los tupamaros,
Mustios los peninsulares,
El día con nubarrones,
La muchedumbre en las calles,
Y una moña, que sus tintes

Blanco y azul luce al aire,
Sobre el retador chambergo,
Sobre el ostentoso fraque
Y aún de las mozas de fuste
Sobre el corpiño elegante.
¡Castelli perora! ¡Passo
Perora más! ¡Las imágenes
De Berutti y French, Azcuénaga
Puso entre lirios del valle
Y de su pecho de moro
Canoniza en los altares!

FIGUER. ¡Cuentos! ¡Exageraciones!

RUIZ. ¡No, Figueroa: verdades
Que vocean sobre un río
De lágrimas y de sangre!
¡Así lo cuenta la nota,
De esto se ocupa el mensaje,
Y esto hará que pronto el brazo
Rime las rimas del sable
Cuando los odios de España
Truenen sobre Buenos Aires!

VI

ELÍO, ARTIGAS, FIGUEROA, RUIZ, OFICIALES BLANDENGUES Y DEL CUERPO DEL FIJO

ELÍO. ¡Buenos Aires rebelada,
Buenos Aires contra el rey!
(á Ruiz) ¡Teniente, cumplid la ley

Al despuntar la alborada!
(Ruiz sale por una puerta lateral).

FIGUER. ¡Desatáis la tempestad!

ELÍO. ¡Que reviente cuando quiera!
¡Yo le juro á mi bandera
Amor y fidelidad!
¡Soy noble, soy español,
Y combatiendo en su abono,
Caeré en las gradas del trono
Si se nubla el patrio sol!

ARTIG. ¡El ímpetu popular
Es difícil de vencer!

ELÍO. ¡Las turbas á obedecer
Y á sufrir!

ARTIG. ¡Eso es soñar!

ELÍO. ¡En las guías de mi lanza
Sienta mejor, como mote,
Un sueño de don Quijote
Que un refrán de Sancho Panza!

FIGUER. Si oyeseis á Figueroa...

ELÍO. ¡Yo sofrenaré al gentío,
Como domó al mar bravío
Vasco Núñez de Balboa!
(Se acerca á una ventana, la abre
y dice mirando el amanecer):
¡La aurora! ¡Ya de zafir
Se tiñen los horizontes!

ARTIG. *(á Figueroa).*
¡Y en el fondo de los montes
Se levanta el porvenir!

ELÍO. ¡La aurora! ¡Su lumbre brilla,
Sobre las cúspides salta,
Y con sus oros esmalta
El pabellón de Castilla!
(Suena una descarga de fusilería)
¡Escuchad! ¡Ya de la ley
Se cumplió el tremendo fallo!
¡Ay del noble ó del vasallo
Que se encare con mi Rey!

ARTIG. *(á Figueroa)* ¡Están ciegos!

FIGUER. ¡Es verdad;
Pero es grande su ceguera!

ELÍO. *(en la ventana)*
¡Yo le juro á mi bandera
Amor y fidelidad!
¡No hay en mis sentires miedo
Ni angustias en mi mirada!
¡Me dió su risa y su espada
Don Francisco de Quevedo!
¡Somos de la estirpe homérica
Que machuca al que la enoja!
(Tendiendo el brazo hacia el día en actitud de jurar.)
¿La veis?... ¡Amarilla y roja!...
¡Por España!

ARTIG. *(Con la mano en la cruz de la espada)*
¡Por América!

SEGUNDO INTERMEZZO

¡Á LOS BOSQUES!

Ven conmigo á perderte en la enramada
Do zumba el mamangá,
Donde el capullo de su flor morada
Abre el burucuyá;

Donde el pampero agita los festones
Que cuelgan del ombú;
Donde la dulce miel de sus canciones
Fabrica el morajú;

Donde tiemblan los fuegos del cocuyo
Sobre el trébol en flor;
¡Donde mi labio derramó en el tuyo
La fiebre del amor!

Ven á la sombra del ramaje umbrío,
Do crece el sarandí;
Donde al soplo del aura del estío,
Se cimbra el camuatí;

Donde mojan sus plumas en la fuente
Las alas del biguá;
Donde se mira el tordo en la corriente
Que bajo el ceibo está;

Donde lanza la estrella del boyero
Su pálido fulgor;
Donde hace, en el azahar del limonero,
Su nido el picaflor.

Ven á escuchar las notas del silbido
Del corredor ñandú;
¡Ven á los montes en que yo he nacido
Y en que naciste tú!

ELLA

Es tan hermosa mi princesita
Es tan alegre, tan jovencita,
Con tanta gracia mueve su pie,
Que cuando pasa luciendo el talle,
De oro los cielos cubren el valle,
De oro que dice: — «¡Píseme usté!»

En lo redondo de su garganta
Tiene un boyero, que arrulla y canta,
Puesta la urdimbre de su mansión,
Siendo su risa, que alegre vuela,
Como el acorde de la vihuela
En los balances del pericón.

Ostenta el raso de su mejilla,
Donde la sangre se agolpa y brilla,
Donde lo rubio del alba está,
El rojo tinte de seda fina
Con que se adorna la campesina
Flor del cimbrante burucuyá.

No hay quien la mire que no la quiera;
Es un columpio de enredadera
Con un nidito de colibrí;

Y hay en sus labios, que son claveles,
Todo el azúcar que hay en las mieles
Mejor labradas del camuatí.

En lo profundo de su mirada,
Escondió el ángel de la alborada
El haz que dora su blanco tul:
¡Ella es el río, yo el camalote
Que se contempla, nadando á flote,
En la tranquila corriente azul!

LA LLANURA

¡Qué hermosos son los campos,
Los bendecidos campos de la patria,
Cuando los vientos de la tarde tiemblan
En el columpio de la verde acacia!

¡Qué hermosos son los campos,
Los bendecidos campos de la patria,
Cuando les dá la manzanilla agreste
Todo el perfume de sus flores blancas!

¡Qué hermosos son los campos,
Los bendecidos campos de la patria,
Cuando la espiga de la cruz los cerca
Y llora, entre los juncos, la calandria!

¡Qué hermosos son los campos,
Los bendecidos campos de la patria,
Cuando gimen la prima y la bordona
Bajo la noche de las quietas palmas!

¡Qué hermosos son los campos,
Los bendecidos campos de la patria,
Cuando se sueña con sus viejos sauces
Junto á los ríos de la tierra extraña!

CARTA DE CIUDADANÍA

Á una dama porteña.

Señora: cuanto hay en mí
A la patria pertenece:
Flor que en mi espíritu crece,
De antemano se la dí:
Lejos ó cerca de allí,
Cada ritmo, cada nota
Que sobre mi lira flota,
Su nombre diciendo está:
¿Qué arroyo no soñará
Con la cumbre de que brota?

Tiende el churrinche las alas
Del espacio por el tul,
Y cimbrándose en lo azul,
Cruza las etéreas salas;
Moja en la lumbre sus galas,
Pisa el nublado dormido,
Y canta al golfo encendido
Sus cavatinas de amor;
Pero ama más y mejor,
Cien veces más á su nido.

Si á la rosa desprendéis
De sus ramos virginales
Y en búcaro de cristales
Prisionera la ponéis,

Por mucho que os afanéis
La joya primaveral
En su cárcel de cristal
Dolorida se consume,
Y su postrimer perfume
Es un adiós al rosal.

Mi santa monomanía,
Señora, á ninguno hiere:
¡Ay del que á la madre quiere
Con pasión menguada y fría!
¡Será pobre, pero es mía,
Y aunque de corta extensión,
Tiene el sol de su pendón
Tantos resplandores rojos,
Que es mirada por mis ojos,
Inmensa en mi corazón!

¡Sueña en la cumbre lejana,
Lira del río armonioso,
Y vuelve á tu junco airoso
Ave de cota de grana;
Dá al verdor que te engalana
Tus perfumes sin desmayo,
Oh rosa en que puso el rayo
Su tinte más encendido,
Que el que uruguayo ha nacido
Debe morir uruguayo!

LA SIESTA

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama.
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Bajo el sol de febrero todo se enerva;
La cigarra tan sólo canta en la yerba;
A la sombra del monte pacen las reses;
Hay abejas dormidas sobre las mieses;
Ya el griterío
De las aves zancudas cesó en el río.

La lechuza en los cercos está parada;
Los chingolos ocultos en la enramada;
En los sauces sedientos de las riberas,
Sus colores ovillan las gusaneras.
Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego,
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Elaboran los flancos de las colinas,
Con flotantes vapores, temues cortinas:
El granado destila rojos rubíes
Y se cubren de cera los camuatíes.
Todo está en calma:
¡El zorzal en el nido y éste en la palma!

El ombú solitario de la cuchilla
Mueve apenas su extraña flor amarilla:
El plumón de los cardos seca el bochorno:
Es la tierra una fragua y el cielo un horno.
¡Todo mustio se inclina,
Todo es sosiego
Y los pastos calcina
Lluvia de fuego!

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

Sólo el rancho que alegre de coplas llena
Una linda paisana de tez morena,
Sólo el rancho barroso cercano al río
No hace siesta en las tardes del rubio estío,
Que en su ventana
Un galán dice amores
A la paisana.

Y á veces, cuando todo dormita y sueña,
El ombú de la loma, la flor isleña,
En el monte las cintas de hiedra y parra
Se percibe el rasgueo de una guitarra,
Cuyo canto solloza
De orgullo y gozo,
Si le dice la moza
—¡Te quiero!— al mozo.

El ofidio se enrosca
Bajo el toldo amarillo de la retama,
Zumba la mosca,
Y la flor de los ceibos cuelga en la rama.

EL COCUYO

La noche moviendo
Sus abiertas rémiges,
Desde el fondo obscuro
Del barranco asciende;
Y en el cielo brillan
Las estrellas pálidas,
¡Las estrellas del sur, pájaros de oro
Que caminan con rumbo á la mañana!

Se oyen en la costa
Las cadencias ténues,
Del ceibal dormido
Que sus flecos mueve;
Y en las puntiagudas
Hojas de la carda,
Junto al florón de pétalos violáceos,
Abre el cocuyo su linterna mágica.

Con fulgores ígneos
Sobre el cerco esplende,
Igual que un diamante
Sobre raso verde;

Y en la manzanilla
Su fulgor derrama,
Como un joyel de piedras de Golconda
Puesto en el blanco chal de una sultana.

Unas veces vuela,
Se posa otras veces
En la flor cerúlea
Del romero agreste;
En la vid oscila,
Tiembla en la campánula,
Se columpia en la copa de los sauces
Y sube por el tronco de las palmas.

Ebrio de perfumes
Que la vid le ofrece,
En el cáliz virgen
De los guindos duerme;
Reza ante las cruces
De la pasionaria,
Y el beso de las rojas margaritas
Lleva á las dulces margaritas blancas!

¡Luz que centelleas
En la flor de nieve
Que en el tronco oscila
Del naranjo agreste;
Luz que te columpias
En las viejas zarzas,
Y que guías flotando al camalote
De nuestros ríos por las verdes aguas!

¡Luz que mis ensueños
Y mis goces copias,
En brillar remisa
Y en nublarte pronta,
Siempre que tus rayos
Cruzan mi sendero,
Pienso en el alma de las aves muertas
Vagando en torno de los nidos huérfanos!

MEDIODÍA

Mientras zumban en torno de los juncales
Las avispas de cotas de hebras doradas:
Mientras ríen las nubes primaverales,
Por la luz de diciembre tornasoladas;

Mientras en el incendio de los laureles
Calientan sus alitas los colibríes,
Y el granado sazona las dulces mieles
De la piña purpúrea de sus rubíes;

Mientras el mundo entero late y se alegra,
Y el yodo de los ríos hierve en la espuma,
Y teje sus racimos la zarza negra,
Y los mirlos cantores peinan su pluma;

Mientras sobre los aires el polen vaga,
Mientras perfuma el trébol nuestras campiñas,
Mientras la flor del aire con sol se embriaga
Y ebrio revuela el tordo sobre las viñas;

Mientras la primavera con sus fulgores
Pinta de los insectos los trajes rojos,
¡Yo quiero con tu imagen hablar de amores,
Hundiéndome en el cerco que orla tus ojos!

¡Yo quiero con mis manos sobre tu falda,
De la siesta en las horas siempre tranquilas,
Sentir que te reclinas sobre mi espalda
Con hondas languideces en tus pupilas!

¡Yo quiero que palpite tu cuerpo alado
Como el sauce que mece la onda del río,
Y premies la constancia con que te he amado,
Tu corazón poniendo cerca del mío!

¡Yo quiero que olvidada de tus rigores,
En las horas ardientes de nuestra cita,
Les dejes á mis manos cubrir de flores
Tu adorable cabeza de princesita!

¡Yo quiero ante tus ojos ser tan pequeño
Que encuentres en mis labios risas de niño,
Que cada hora que pase parezca un sueño,
Y confundas tu vida con mi cariño!

¡Yo quiero que las rimas de mis canciones
Te aprisionen de un modo tan delicado,
Que creas que de tu alma las pulsaciones
Son ecos de los himnos que te he cantado!

¡Y quiero que al hundirse la primavera
Tras los oros cobrizos de nuestras cañas,
Amuralles celosa mi vida entera
Con los pálidos oros de tus pestañas!

LAS SIERRAS

(Desde Buenos Aires).

El Uruguay fecunda la hechicera
Canastilla de frutos y de flores
Que cubre de mi patria la bandera
Con sus gallardos pliegues bicolores.

Todo es allí perfume delicado,
Onda fugaz y llamarada estiva:
El churrinche de peto colorado
Y el vuelo de la garza fugitiva;

La guitarra, que goza y que padece
En las noches azules de la yerra,
Y el clavel de los aires, que florece
Abrazado á los picos de la sierra.

¡Con qué envidia recuerdo al camalote
De verde colgadura desflocada,
Que siempre columpiado y siempre á flote
Del Uruguay entre las islas nada!

¡Quién, bajo el velo de la patria aurora,
Sentir pudiera el cántico sonoro
Que alzan las aves, cuando el sol colora
Del espinillo los botones de oro!

¡Quién mirara en los juncos del estero
Al flamenco lucir su gallardía,
Cuando asoman las hebras del lucero
Sobre los campos de la patria mía!

¡Y quién, oh padre sol, mirar pudiera
Cuando en el fondo de la tarde brillas,
Como ondula tu fleco en la cimera
Del capacete azul de mis cuchillas!

¡Quién perdido en los límites del monte
Donde el silvestre macachí se encierra,
Contemplase en el cárdeno horizonte
Las nubes desgarradas por la sierra!

¡Las sierras! ¡los bastiones de granito
Que puestos en los límites del llano,
Guardan, con el crestón en lo infinito,
Mi espléndido jardín americano!

¡Las sierras! ¡los gigantes cuya sombra
Cubre y defiende, tutelar y amiga,
De nuestros campos la risueña alfombra
Donde la vid se abraza con la espiga!

¡Las sierras! ¡que si escuchan el bramido
Furioso del cañón, pensando hazañas,
Hablan del pedernal de su vestido
Y del hierro que duerme en sus entrañas!

¡Las sierras! ¡donde nacen las corrientes
De los ríos que bajan saltadores,
Para adornar barrancos y vertientes
Con anchas graderías de colores!

¡Las sierras! ¡que perdidas en el manto
De su cerúleo y ondulante velo,
Vienen á ser como el peldaño santo
Por donde sube la llanura al cielo!

¡Las sierras! ¡por mis campos esparcidas
Como si fuesen sus hinchadas venas,
Al corazón de mi terruño asidas
Y con la sangre de sus héroes llenas!

Ave que anidas en el alto cerro
Y que agitando tus enormes alas,
Para salvar los muros de tu encierro
Las negras nubes de la lluvia escalas,

¿Qué alcanzas á mirar desde tu nido
Pendiente de los bordes de la breña,
Cuando cimbra la luna su vestido
Sobre las ramas donde el tordo sueña?

¡Abajo, la planicie! ¡arriba, el cielo!
¡Abajo los vergeles de esmeralda,
El florido mantel que aroma el suelo
Y tapiza las curvas de la falda!

¡Arriba, de los astros la corona!
¡A tus pies, de los montes la laguna!
¡Y en torno, los picachos que amontona
La sierra plateada por la luna!

¡Del Carapé las rudas asperezas,
Donde tejen sus arcos de colores
Dos arroyos que cantan sus tristezas
Y que visten sus márgenes de flores!

¡De Pan de Azúcar la cerviz alzada
Y del viejo Yerbal la frente oscura,
Mole de frío mármol levantada
Sobre ondulante golfo de verdura!

¡Las urnas del Cuareim, donde hervidora
La corriente fugaz saltando brama,
Con sus iris las márgenes colora
Y en fecundantes cintas se derrama!

¡El sepulcro de pórfido en que ondean
Los arroyos de límpidos cristales,
Cuyas aguas susurran y verdean
Bajo criptas con arcos de zarzales!

Cuando me acuerdo del agreste nido
Que el gavilán formó sobre la roca,
De la ciudad el discordante ruido
Me fatiga, me aturde y me sofoca.

¡Allí, desde las cumbres escarpadas
Que doman la bravura del pampero,
Se ven nuestras soberbias muy mermadas
Y muy grandes los brazos del Crucero!

¡Es más radiante el despertar del día,
Más azul el espacio sin riberas,
Y las visiones de la noche fría
Más pálidas, más tristes, más austeras!

Y se ve al ave de plomizas galas
Que cruza el éter con sesgado vuelo,
¡Sintiendo no tener sus grandes alas
Para volar desde la cumbre al cielo!

AL PONERSE EL SOL

Tarde dulce y serena,
Tarde por los espinos perfumada
Con su mirra más buena,
¡La noche encapotada
Ya lucha con tu luz en la cañada!

¡Pronto tu tenue lumbre,
Tu lumbre de sedosos resplandores,
No bañará la cumbre,
Recogiendo las flores
La policroma red de sus colores!

¡Pronto el ave cantora,
Clarín que vibra por el sol herido,
Esperando á la aurora
Se esconderá en su nido
De las ramas del molle suspendido!

¡Ya mugen con tristeza
Los bueyes en los lindes del potrero,
Volviendo la cabeza
Hacia el fulgor ligero
Que aun del yathay relumbra en el plumero!

¡Ya no se oye en el río,
En el espejo azul con blanco encaje,
El montés griterío
De la garza salvaje
Que del juncal se hundió en el varillaje!

¡Todo en profunda calma
Se dispone á dormir! ¡Sólo yo velo!
¡Sólo se agita mi alma!
¡Sólo se oye su vuelo
Que el rumbo sigue del nativo cielo!

¡Mi amorosa ternura
Hasta sus playas llegará volando,
Y viendo su hermosura,
Les diré suspirando
Que vivo sus sauzales recordando!

¡Cubriré con mis alas
El jardín mío hasta que apunte el día,
Y dejaré en las galas
De la loma y la umbría
Un gran beso de ardiente idolatría!

¡Me meceré en las flores
Con que se aroma del zorzal el nido,
Cantando mis amores
Al suelo bendecido
De gramillas y tréboles vestido!

Me encontrará la aurora
Con los labios unidos á mi tierra
Fuerte y trabajadora:
¡Soy el clavel que enflora
En los riscosos huecos de la sierra!

¡Así todas las noches,
Cruzando el río, con mi amor coloro
De sus ceibos los broches,
Y por su dicha imploro
Al que madura los trigales de oro!

CICLO EMANCIPADOR

PRELUDIO

Yo llevo en la memoria
El son de los clarines de nuestra patria historia;
De aquellos toques fieros
Que hablaban estridentes de libertad y gloria
Entre rugir de obuses y relumbrar de aceros.

Yo sé de nuestras rías,
Que corren entre frondas obscuras y bravías,
Las pálidas leyendas;
Aquellas que escucharon, bajo las noches frías,
De la salvaje indiada las errabundas tiendas.

Yo sé lo que murmura
El labio del matrero que habita en la espesura
Donde el carancho vuela,
Cuando el postrer celaje crepuscular fulgura
En los bordones roncos de la gentil vihuela.

En busca de sosiego,
Me arrimo á vuestras casas y á vuestras puertas llego.
La noche está muy fría:
De vuestro hogar dejadme, sentado junto al fuego,
Contaros mis historias hasta que apunte el día.

Hablemos de las fieras
Virtudes varoniles de aquellas montoneras
De rústicas ojotas,
Que hicieron sus lanzones con hierros de tijeras
Melladas en la esquila y en el combate rotas.

Yo traigo los claveles
Que adornan de mi selva los viejos capiteles
De cimbrador follaje;
Me da la lechiguana sus exquisitas mieles
Y copio los arrullos de la torcaz salvaje.

Yo esparzo en la cuchilla
Las tembladoras hebras de la feraz gramilla;
Y empujo al camalote,
Que sobre el verde espejo de nuestros ríos brilla
Cargado con las rojas guirnaldas del islote.

Mi rancho de totora
Refleja los primeros matices de la aurora;
Y puso en mi guitarra
Una beldad morena, como el zorzal canora,
El oro de la espiga y el verde de la parra.

En busca de sosiego,
Me arrimo á vuestras casas y á vuestras puertas llego.
La noche está muy fría:
De vuestro hogar dejadme, sentado junto al fuego,
Contaros mis historias hasta que apunte el día.

ARTIGAS

(1811 - 1850)

(Á la ciudad de San José).

I

Abrid al bardo errante
De vuestro hogar la puerta hospitalaria:
Y os contaré la historia de un gigante,
¡Una historia sublime y legendaria!
¡Abrid! ¡transido llego
Y está la noche tenebrosa y fría!
¡De vuestro hogar sentado junto al fuego,
Esperaré hasta el día!
¡Yo traigo de patrióticas canciones
Un mundo en la memoria!
¡Yo rimo las nativas tradiciones
Y rodeo el azul de sus pendones
Con las verdes guirnaldas de la gloria!
¡La ruta está desierta
Y llora el viento en las agrestes ramas!
¡Abridme vuestra puerta!
¡Cededme un escabel junto á las llamas!

II

Genios de lo pasado,
Los que en el monte secular dormidos
Escucháis, como un cántico sagrado,
Las notas del pampero entre los nidos;
Los que pobláis la gruta
Con sangrientas reliquias tapizada,
Donde la fiera hirsuta
Duerme de sus cachorros circundada:
Los que os mecéis en la onda sosegada
Por el grácil flamenco removida,
Y os cimbráis del arroyo en los sauzales,
Y en la cerca del huerto florecida
Os nutrís de perfumes estivales:
Los que sabéis del rancho de totora
La tradición viril, cuando era apenas
La libertad de América una aurora
Perturbada por ruidos de cadenas,
¡Responded á mi afán! ¡dadme el guerrero
Ritmo de vuestra voz, y á mi conjuro
Surja el caudillo fiero,
Pero ya de odios y calumnias puro!
¡Sin que le envuelva ya la sombra densa
Que envolvía á su edad, ruda matrona
Que sobre el carro de su gloria inmensa
Crímenes y virtudes amontona!
¡Genios de lo pasado,

Haced que surja visto á los fulgores
De su alma de patriota y de soldado!
¡Circundadle de ruidos de tambores!
¡Tended, cuando le asalte torvo anhelo
O instinto despiadado,
Entre él y yo de vuestra noche el velo!
¡Despojad su figura
De toda deleznable levadura
En el agua lustral de vuestro hechizo,
Que si hay sombras de mancha en su hermosura,
El numen de su edad fué quien las hizo!
¡Ágil turba liviana
Que engendró del ayer la nube inquieta,
Preséntale á los ojos del poeta
Como será á los ojos del mañana!

III

¡Lustros de horror! La Europa sacudía,
Con sangriento vaivén, el corso fiero
Que fronteras y cetros demolía!
¡El hijo de la guerra y la metralla,
Que cantó la epopeya del acero
Sobre todos los campos de batalla!
¡Sus ínclitas legiones,
Al són de las charangas militares,
Recorrían en triunfo las naciones,
Turbando con la voz de sus cañones
Hasta los más recónditos hogares!

¡Lodi y Marengo y Austerlitz y Jena
Miraron su esplendor; tiñó su espada
Con sangriento matiz la egipcia arena,
Que al sacudir la frente iluminada,
Como un león sacude la melena,
Ante sus pies de mansedumbre llena,
Caía la victoria arrodillada!
Todo lo hollaba bajo el casco rudo
De su blanco corcel: ¡costumbres, leyes,
Tronos y tiaras, conmovió sañudo
Aquel marcial domeñador de reyes!

IV

El eco del estrago
Llegaba á las colonias confundido
Con un sordo rumor, un rumor vago
Que aun repercute y suena en nuestro oído.
Las olas nos traían
El zumbo que, al quebrarse, modulaban
Las viejas tradiciones que se hundían:
¡Los pueblos de la Europa despertaban
Y el polvo de los siglos sacudían!

Aquel gran aleteo
Que allá, muy lejos, azotaba el trono,
De una vida mejor con el deseo
Inflamó las entrañas del colono.
—¡Cabildo abierto!—la ciudad cerrada

Pidió con avidez, y ese llamado
Hecho á la libertad, esa alborada
De un día ni previsto ni soñado,
¡Fué chispa al despertar é incendio luego
Que agigantando sus cintas colosales,
Labró en las fraguas de su rojo fuego
El sol de nuestras glorias inmortales!

¡La América latina
Se sintió renacer fuerte y lozana!
¡Escaló San Martín la cumbre andina!
¡Sucre cruzó la tierra boliviana!
¡Los salmos de la espada y el cartucho
Fundieron de sus notas los rumores
Al vibrar en Maypú y en Ayacucho!
¡El eco del cañón pobló las olas
Y se alzaron sin grillos ni señores
Las índicas comarcas españolas!

V

¿Qué fué de tus legiones, patria mía?
¡Veo que el sol tu enseña tornasola
Clavada en lo alto de la cumbre fría
Por el viril denuedo de Pagola!
¡Oigo homéricos cánticos de guerra
Que estremecen tu ser, cruzan tus llanos,
Se agitan en los picos de la sierra
Y sacuden los árboles boscanos!
¡Me trae dianas de roncos atambores

El viento que columpia tus laureles,
Se aroma en los pistilos de tus flores
Y se enreda en la crin de tus corceles!

¿Quiénes son los que cruzan la pradera
Entre salmos de gloria y de esperanza?
¿Por qué brilla tu luz tan placentera
Al quebrarse en los hierros de su lanza?
¡La selva los conoce y los ha oído,
En las veladas del ardiente enero,
Suspirar con lenguaje conmovido
Las trovas del charrúa y del matrero!
¡No turbarán sus últimas visiones,
Si ruedan combatiendo en la campiña,
Ni el diente de los perros cimarrones,
Ni el pico de las aves de rapiña!
¡Un plañidero y flotador sudario,
Una anchurosa y libre sepultura,
El monte les prepara en su santuario
Con doseles de espléndida verdura!

Yo también los conozco: su guerrera
Y bizarra actitud jamás olvido:
¡El iris tricolor de tu bandera,
Por los vientos pampeanos sacudido,
Ondula en sus rejones de tijera!
¡Recíbelos, al caer, en tu regazo!
¡Pujiles lidian por tu tierra esclava!
¡Son tus criollos de nervudo brazo
Que el brío doman de la res más brava
Cuando sus curvas desenvuelve el lazo!

¡Por ellos sé de ti! ¡Sé que animosa
Desciendes de la lucha á las arenas,
Para romper, con ira generosa,
El haz abrumador de tus cadenas!
¡Que entras también en el combate rudo,
Llevada por la voz de tus caudillos,
Para hacer trizas el feudal escudo
Donde un león se hiergue entre castillos!
¡Que ardiendo en sed de gritos de victoria
Corres allí donde el cañón vocea,
Un gajo de las palmas de la gloria
Comprando con tu sangre en la pelea!
¡Cascada de los montes desprendida,
Todo lo abates con tu empuje fiero!
¡Por el afán de verte engrandecida,
Todo lo arrolla tu corcel guerrero!
¡Y en tu límpido azul brilla el fecundo,
El inefable, el generoso rayo,
Con que alumbró la libertad de un mundo
El chispeo otoñal del mes de Mayo!

VI

¡Dulce amor al terruño, cuyo cielo
Nuestras cunas doró con sus fulgores!
¡Dulce amor al hogar, al pago, al suelo
Que nos mira crecer, echando flores!
¡Oh sublime virtud del localismo,
Oh ternura instintiva y lisonjera,

Tú eres el manantial del heroísmo,
La noble religión de la bandera!
¡Por tí la patria nos parece hermosa!
¡Poco, sin tí, su nombre nos diría,
Dulce amor al hogar donde reposa
La cuna que cimbrando nos mecía!
¡Por tí entre roncos gritos de esperanza
Y entre el humo asfixiante de las lides,
Blandieron los rejones de su lanza
Los jinetes de Viera y Benavides!
¡Por tí, lanzando el haz de sus corceles
En busca de las bélicas fatigas,
Supieron de dolor y de laureles
Las legiones indómitas de Artigas!

VII

¡Gloria al caudillo fiero!
¡Al varonil blandengue denodado!
¡De tus triunfos más limpios al guerrero!
¡A tu mejor y á tu primer soldado!
¡Sin aquella bravura temeraria
Que en su gigante corazón ardía,
Aun fueras de otro pueblo tributaria
Y otro pueblo sus leyes te impondría!
¡Gracias á su tesón y á su denuedo
Ningún grillete oprime nuestras manos,
Y como reina saludarte puedo
De tus cumbres, tus montes y tus llanos!

¡Por él, tu voz impera
Sin que ninguna voz se alce altanera
Para argüir tu voluntad sagrada,
Y es tuya, sólo tuya, la bandera
Sobre el dorso del Cerro enarbolada!
¡Busquen otros, en pérfidas pasiones,
Motivos que deslustren su energía!
¡Pertenecen á Dios las intenciones!
¡Tu pueblo, cuando le hablan de ambiciones
Corre á orar en Las Piedras, madre mía!
Feudo ó provincia, sin su ardiente brío,
Suspirar al compás de tus cadenas
Te miraran las ondas de tu río,
¡Formándose, para otros, en estío
Tus ramos de silvestres azucenas!
¡Su lanza, al sacudir los eslabones
Que á la familia colonial te unieron;
Su lanza, que sostiene tus pendones,
Preparó aquellas horas que te vieron
Sentarte en el festín de las naciones!
¡Él fué quien, avivando en su horda fiera
La idolatría que se tiene al pago,
Puso el nido del sol en tu bandera
Que flameaba, valiente y altanera,
Sobre el humo y la sangre del estrago!
¡Él tuvo de su potro la pisada
Puesta en las cumbres que recorre el día,
Y en medio de la lid encarnizada,
Él forjó, con la punta de su espada,
Tu corona y tu cetro, madre mía!

VIII

La España aventurera,
La que cruzó las noches del océano
Para clavar la cruz de su bandera
En las costas del golfo mejicano:
La que plantó las tiendas de su hueste,
Como señal de duro cautiverio,
De Anacaona en la región celeste
Y de los Incas en el rico imperio;
La que surcando las salobres brumas
Y dando al viento las hinchadas velas,
Meció de nuestro estuario en las espumas
De Solís las valientes carabelas;
La que junto á la orilla de sauzales,
Donde el pampero, sin ceder, resbala,
Hizo surgir los rústicos tapiales
De la ciudad que gobernó Zabala:
¡La España del altar y la realeza,
La España amante de la cruz y el trono,
Con su sed de dominio y de riqueza
En un esclavo convirtió al colono!

La ciudad asfixiada
Por sus duras casernas y torreones,
Gemía bajo el yugo de la espada
Y el peso de los ásperos cañones.
Ni industria, ni comercio; sólo el frío
Enervador del secular atraso:

¡La mole del navío
También era un torreón, puesto en el río
Para cerrarle al porvenir el paso!

En el campo desierto,
No resonaba el coro de la viña
Ni de la mies el rústico concierto;
¡Lo poblaban las aves de rapiña,
De la errabunda indiada los aduares,
Del potro libre la gentil fiereza,
Y el nido que columpia sus cantares
Del ombú solitario en la maleza!

Por eso cuando lánguido y caduco,
El león de las hidalgas tradiciones,
Vencido en Carabobo y Chacabuco,
Quiso encerrarse aquí con sus legiones,
¡Nuestra ya larga y abrumante pena,
Nuestra sed de denuedos y fatigas,
Nuestro odio al coloniaje y su cadena
Hizo explosión y se encarnó en Artigas!

¡Eso el caudillo fué: su tiempo rudo,
Puesto de hinojos, al blandengue aclama,
Y ha hecho mi madre su mejor escudo
Del tigre aquel con la sangrienta fama!
Él simboliza nuestra sed de gloria
Y nuestro afán de alzarnos sin señores,
Lo mismo cuando besa la victoria
Nuestro pendón de rayas tricolores,

Que cuando caen gimiendo tus banderas,
Oh dulce patria, sobre el verde llano,
¡Mientras las indomables montoneras
Mueren por tí, para que nunca mueras,
Asidas al cañón del lusitano!

IX

¡Alma de las leyendas redentoras,
Que los festones del ciprés agitas,
Y sobre el mármol de las tumbas lloras,
Y en las banderas con crespón palpitas!
¡Alma de las leyendas nacionales,
Cantora de las trillas y las yerras,
Que al fin de las llanadas orientales
Enciendes de los astros las señales
En los picos azules de las sierras!
¡Alma máter, que soplas de la savia
La explosión en el árbol aterido,
Y haces que tiemble, de sorpresa y rabia,
El jaguar pardo por el plomo herido!
¡Alma máter, que cruzas el pantano
Cuando la sombra vaga por el monte,
Y cubriendo tus ojos con tu mano,
Bajas á espiar en el confín lejano
Si hay humo donde acaba el horizonte!
¡Alma de mi país, díle al que quiera
Profanar la memoria del caudillo,
Que les debes el sol de tu bandera
A los feroces lances del cuchillo!

¡Todo lo hizo por tí! ¡Por tu ventura
Ensilló su corcel, esgrimió el hierro,
Amamantó con sangre la llanura,
Fué á perderse en las sombras del destierro
Y encontró en el destierro sepultura!
¡De rodillas! ¡El libro de su historia
Sólo puede leerse de rodillas,
Que cuando pasa el ángel de la gloria
Parece que se aplanan las cuchillas!
¡El Cerrito! ¡La loma levantada
Como un seno de virgen que se siente
Con salvaje pasión acariciada!
¡La verdura ofreciéndole su frente,
Para apoyar los pies, á la alborada!
¡Las Piedras! ¡San José! ¡Cuántas fatigas!
¡Entre los roncos toques á degüello,
La patria crece ante el corcel de Artigas!
¡Por eso temblorosas las espigas,
Que le sienten venir, alzan el cuello!
¡Le esperan, sí, le esperan impregnadas
Con los mejores zumos de la tierra
Donde se agitan por el sol doradas!
¡Quieren ser libres y oyen las pisadas,
Cercanas ya, de su corcel de guerra!

X

En una tarde de ópalos vestida,
El boyero que tiene entre las hiedras

De un monte de quebrachos su guarida,
Te oyó cantar el himno de la vida,
¡El himno de las dianas de Las Piedras!
¡Dejaba para siempre tus ceibales,
Besado por la bruma de las olas
Que sacuden los vientos otoñales,
El pendón hecho de oro y de corales,
El de las carabelas españolas!
Mas, ¡qué importa, mi bien, que tus señores,
Cediendo á tu bravura indomeñada,
Renuncien á tus ríos y á tus flores,
Si aun no acabó la hiel de tus dolores
Y aun te espera otra cruz en la jornada!
¡Si cuatro años el ínclito caudillo,
Encarnación del alma campesina,
Aun cimbrará su lanza y su cuchillo
Por la tierra en que crece el espinillo
Sobre la curva gris de la colina!
De nuevo sobre el llano,
Donde clava su enseña el lusitano,
Se oye el clarín heroico de tus fieles,
Y acampan tus estoicas legiones,
Y relinchan tus bélicos corceles,
Y tiemblan de tus lanzas los rejones!
¡Tus hijos son así! ¡Con sus agravios
La suerte ciega los persigue airada,
Y aun tu nombre inmortal vibra en sus labios!
¡Aun defienden el monte y la cañada!
¡Pródigos de su savia, con delirio
Bendicen al morir tu insignia fiera,

Y sienten las saudades del martirio
Cuando el cañón te busca en la pradera!
¡Vencidos los contempla la llanura
Sobre el mustio corcel, roto el acero,
Y al mirarlos pasar, en la espesura
Se esconde sollozando el terutero!
¡Ayes de Carumbé, que suspirando
Vagáis sin rumbo en la extensión desierta;
Ecos del bronce y lastimero bando
De las auras plomizas de India - Muerta!
¡Vientos del Catalán, donde entre horrores
Se quebró el lazo y se astilló la lanza,
Fundid vuestros tristísimos rumores
En una dulce estrofa de esperanza!
¡Tended, tended el doloroso vuelo!
¡Cruzad bravíos de la patria el llano!
¡A los héroes decid que en nuestro suelo
No hará nido de amor el lusitano!
¡Decidles, sí, que el polvo que levanta
Con su paso triunfal la horda extranjera,
Del invasor se anuda en la garganta
Y el grito heroico de los libres canta
Al volver á rodar por la pradera!
¡Vientos de Guerancay, tul del estrago
Que sobre el dorso de los aires giras;
Vientos dolientes que en el choque aciago
Cantasteis la canción de nuestras iras!
¡Las voces extended del patrio encono,
Y al luso repetid que sus legiones
Levantarán las gradas de su trono
Sobre un montón de yertos corazones!

¡Y si sigue pisando los plantíos
Donde vierten su luz nuestras estrellas,
Desnivelad el agua de los ríos
Para barrer del invasor las huellas!
¡Madre, valor! aun queda la esperanza
De rodar sin ceder, altiva y fuerte;
¡Aun queda el gozo de blandir la lanza,
Mientras canta el cañón cantos de muerte!
¡Aun queda la locura del coraje,
Para caldear los filos del acero!
¡Aun queda el gozo, el júbilo salvaje,
El varonil placer del entrevero!
Cuando en el cuello del corcel extraño
Clava sus dientes nuestro potro rudo,
Y el campesino de semblante huraño,
Su poncho trueca en flotador escudo:
Cuando se siente firme en los riñones
Del invasor, la punta de tu lanza,
¡Qué dulces suenan, madre, tus canciones
De desesperación y de venganza!
Cuando de pie, bajo el obús que ruge,
Junto al valiente redomón caído,
Choca el cuchillo con salvaje empuje
Contra el fusil en maza convertido;
Cuando se siente sobre el duro pecho,
El pecho jadeador del adversario,
¡Es hermoso morir por el derecho,
Con la daga en las carnes del contrario!
Por eso cuando adula á la victoria
El salmo de las bandas enemigas,

¡El ángel del heroísmo y de la gloria
Besa las crines del corcel de Artigas!

XI

Roto en pedazos el sangriento acero,
Pero sin un rasguño en la bravura,
Fué el ínclito guerrero
A buscar, bajo el sol del extranjero
Tienda ignorada y pobre sepultura.
Francia le vió llegar con la intranquila
Mirada del halcón que, desde el nido,
Los peñascos vigila,
Y al chocar con los ojos del vencido,
Inclinó la cabeza,
¡Confuso, sorprendido,
Cegado de aquel sol por la grandeza!

Aquella tierra esclava
La cruz de tus dolores envidiaba,
Cuando de tu hijo la aflicción veía,
¡Porque el suyo, al vencer, la esclavizaba,
Y el tuyo, al sucumbir, te redimía!

XII

¡Ya tiene el héroe asilo
Donde colgar tranquilo
Las dos mitades de su roto acero!

¡Entre el himno sonoro
Que levantan las brisas y las aves,
Goza del sol de los naranjos de oro
Y el guavirá de néctares suaves!
Mas ¡qué importan las noches impregnadas
De sonorosos trinos y de aromas
Al héroe de tus ínclitas jornadas,
Si los campos que cruzan sus miradas
No son, madre, tus selvas ni tus lomas!

¡La nostalgia le abruma!
¡En su gran corazón algo aletea
Que le dice tu nombre y que desea
Hacer nido en la espuma
Que el traje azul de tu Uruguay platea!
¡Oye ruidos de vuelo
Que le hablan, madre mía,
De tus praderas verdes, de tu cielo,
Del trinador zorzal de tu follaje,
Y del relincho con que anuncia el día
La yeguada salvaje!
El ombú trasplantado
Del suelo en que ha brotado,
Pronto se ve sin pompa ni belleza:
¡El ínclito soldado,
Lejos de tí, se muere de tristeza!
¡Ya su frente se inclina
De pensamientos lúgubres cargada,
Y lo gris de la niebla vespertina
Flota sobre lo azul de su mirada!

Y una noche de aquellas
En que el cielo del sur derrocha estrellas
Y en que el naranjo, tempestad de olores,
Es todo serenatas, todo flores,
¡El prócer expatriado
Con angustia te nombra,
Sintiendo los tañidos del llamado
De los clarines de la eterna sombra!
Después viene el delirio
Á aumentar, traicionero,
De su agonía el lóbrego martirio,
¡Y sueña con batallas el guerrero!
¡Ve relucir aceros y morriones,
Mientras el salmo del degüello suena,
Y el parche agita sus ardientes sones,
Y el obús ruge, y la bombarda truena!
¡Por la agreste esmeralda
Rojo caudal circula,
Y ondula la bandera roja y gualda,
Y la bandera tricolor ondula!

¡Ve el héroe delirante
De su pendón de guerra los colores,
Entre la nube de salitre errante
Y el canto de los bélicos tambores!
¡Con un grito saluda
Al estandarte que gallardo flota
En lo más recio de la lid sañuda,
Y para ir en su ayuda,
Tiende su mano hacia la espada rota!

¡Pero el brazo flaquea,
La pisada vacila,
Y la muerte sombrea
Del gladiador vencido la pupila!
¡Se oye en la noche en calma
Como el vuelo de un alma,
Y algo de grande por el éter sube.
Y del éter transpone los linderos.
Lo mismo que una nube
Viajando por las cintas de luceros!

XIII

Ya, dulce madre, á tu regazo santo
Se acerca el viejo capitán glorioso:
Ya va á dormir bajo el celeste manto
Que alumbra nuestro sol esplendoroso.
Ya la plebe agolpada
Que le conduce á la última morada,
Con patrióticos júbilos se expande:
¡Dénle tierra sagrada!
¡Paso al Libertador! ¡grandeza al Grande!

¡Manes de los caídos
En San José y Las Piedras! ¡valerosas
Huestes de Yapeyú! ¡nobles vencidos
Junto al Marmarajá! ¡salid unidos
De vuestras sepulturas tenebrosas!

¡En torno del gigante,
Levantad vuestra sombra inmaculada:
Y á vuestros pies triunfante,
La nación por vosotros engendrada,
Viva y labore, se depure y cante!

¡Y tú, tierra de gloria,
La desposada con el sol bendito,
No busques para honrar su alta memoria
Bloques de mármol ni urnas de granito!
Si un monumento quieres, donde sea
Perdurable la historia
De aquellos largos lustros de pelea,
Uno inmortal proporcionarte quiero,
Símbolo del espíritu animoso
De tu primer guerrero:
¡Las Piedras! ¡La memoria del coloso
Amará el pedestal! ¡Funde ese acero!

XIV

Pero, no! San José, la denodada
Región que ríe cuando el día asoma:
La región de los trigos, la guardada
Por las azules sierras de Mahoma;
San José, de entusiasmo delirante,
Rinde al héroe el tributo merecido,
Y la gloriosa efigie del gigante
Salva de las tinieblas del olvido!

¡Ya la estatua está en pie! ¡Ya levantada
Sobre su pedestal, la efigie altiva
Pasea con orgullo la mirada
Por la extensión nativa!
¡Ya la estatua está en pie! ¡Patria, ya tienes
Altar donde morir! ¡Ya tiene asilo
La diadema de luz que orna tus sienes!
¡Desde hoy el héroe dormirá tranquilo!
¡Sabe que si mañana el extranjero
Lograse hollar el pabellón de Mayo
Con su corcel guerrero,
El último del último entrevero,
El último uruguayo,
Al escuchar las dianas enemigas,
Como la ceiba que derrumba el rayo,
Caerá á los pies del pedestal de Artigas!

EL CAPITÁN VIDELA

(1812)

Las españolas legiones,
Como culebras de hierro,
Van asaltando del cerro
Los breñosos escalones;
Se oye rodar de cañones
Por las curvas de la falda,
Y en las cuestas de esmeralda
Relumbra el naciente sol,
Tiñendo con su arrebol
La bandera roja y gualda.

De la cumbre, entonces, brota
Largo alarido de guerra,
Con que estremece á la tierra
El ejército patriota;
Y en indescriptible nota,
Que trueca la sangre en rayo,
Rompe el clarín uruguayo
Al ver que ondula altanera
Una española bandera
En los jardines de Mayo.

Después comienza el estruendo
De la homérica batalla,

Y retumba la metralla
Con su alarido tremendo;
Va nuestras filas rompiendo
El hálito del cañón,
Y á la cima del peñón
Se abalanza con arrojo
El trapo amarillo y rojo
En que gallardea el león.

Fiel á su bizarra historia,
Donde es el triunfo costumbre,
Llega de un vuelo á la cumbre
Aquel gavilán de gloria;
Un segundo la victoria
Con su laurel lo engalana,
Y la luz de la mañana
Siente el rubor de la afrenta,
Poniéndose más sangrienta
Que el estandarte de grana.

Á la bandera que flota
De nuestro sol al destello,
Con un toque de degüello
Responde el clarín patriota;
Se detiene la derrota
De espantado asombro llena,
De nuevo el obús resuena
Y arrastra nuestra legión
Por los breñales al león
Asido de la melena.

Vigodet, ardiendo en saña,
Manda los tercios de Loaces
Á reconquistar audaces
Aquel trozo de montaña;
Cumplen los tercios la hazaña
Con heroica bizarría,
Y asciende, serpeante y fría,
La oleada de bayonetas
Por las pendientes escuetas
De la cúspide bravía.

En el árido crestón,
Que alumbra el naciente brillo,
Se hace guerra de cuchillo
Entre salvas de cañón;
Y en aquella confusión
Bajo el salitre que vuela,
Sobre la rojiza estela
Que dibuja el proyectil,
Se alza gallardo y viril
Nuestro capitán Videla.

De la contienda reñida
En el espacio más rudo,
Muestra su pecho desnudo
El boquete de una herida;
Huye á pedazos la vida
Por sus labios entreabiertos,
Y el jaguar de los desiertos
Rueda al fin estremecido,

De tiradores circuído,
Sobre una alfombra de muertos.

Cien granaderos rodean
Al mejor de nuestra grey,
Y el grito de — ¡viva el rey! —
Los granaderos vocean;
Del capitán centellean
Los ojos con ansia loca,
Recorre un temblor su boca,
Sus yertos labios se agitan,
Y — ¡viva la patria! — gritan
Cuando la muerte los toca.

¡Y aquel grito funeral,
Aquel noble y santo grito,
Que resonó en el Cerrito
Como una diana triunfal,
Sobre la bandera real
Con encono ondula y flota,
Las crines del león azota,
Y á la bandera de gualda
La hace rodar por la falda
En largos girones rota!

¡Madre, ya puedes dormir
Sin soñar con otras lides
Que el cultivo de las vides
Fecundas del porvenir!

¡No necesitas vestir
Capacete ni rodela,
Porque haciendo centinela
Del patrio suelo en la entrada,
Está el alma denodada
De tu capitán Videla!

DE CÓMO FINÓ CLAVERO

Chagas con sus doscientos tiradores,
Capaces de morir sin dar un grito,
En San Borja resiste á los furores
De los cebados tigres de Andresito.

En balde con heroica bizarría
Le punzan nuestras hoces montoneras;
Chagas está, desde que luce el día,
Ceñudo y avizor en sus trincheras.

Dos veces sobre el muro nos lanzamos
Y dos veces, con saña resistidos,
San Borja al brigadier le abandonamos
Por el denuedo pórtugo vencidos.

Era San Borja un cráter que restalla
Fuego y pedrusco con terrible inquina;
¡Dos veces nos metimos en batalla
Y dos veces el cráter nos fulmina!

Sobre seis poblaciones misioneras
Mi pendón, como dueño, cruje y flota:
¡Sólo la capital, con sus trincheras,
Resiste á mi pendón y lo derrota!

En vano, en vano á fuego y á cuchillo,
Cuanto la cerca nuestro encono abate;
¡San Borja, que se burla de Andresillo,
Con Andresillo impávida combate!

Seis de los pueblos, que la luz febea
Amorenó con sus purpúreas blondas;
Seis de los pueblos, cuya luz verdea
Del Pequerí y el Uruguay las ondas,
Son nuestros ya. Tan sólo nos resiste
La mejor de las siete poblaciones,
Y aunque Andresillo intrépido la embiste,
¡Chagas, por ella, triunfa en las Misiones!
Cada vez con más odio combatida,
Ya va á cejar la pórtuga ceñuda,
Y canta mi clarín su himno á la vida,
Cuando el cañón de Abreu viene en su ayuda.
Con mis jinetes dan sus fusileros,
El obús á mis águilas derrota,
Y sobre los jardines misioneros
¡El airón imperial triunfante flota!
Tiende la tarde su amarilla gasa
Sobre la verde floración del llano,
Cuando Andresillo el Uruguay traspasa
Al estruendo del bronce lusitano.
Hacia el fin de la hueste redentora
Que persigue el destino injusticiero,
Va un cincuentón de frente soñadora
Firme sobre los lomos de su overo.
La pica de urunday de hoja afilada,
Algunas flores de oro en la montura,
El mango del cuchillo de labrada
Plata que al rubio atardecer fulgura,
Y en la lanza un airón, airón que agita
Con crujiente vaivén sus tres listones,

(Que cuando el viento en el airón palpita,
Vuelan hacia el jardín de las Misiones),
Hacen de la figura del caudillo
Figura de epopeya y de entrevero:
¡Es el mejor teniente de Andresillo!
¡Es el teniente Serafín Clavero!
Alto, fuerte, cetrino, cejijunto,
De espesa barba y de vivaces ojos,
Sobresalía el viejo en el conjunto
Que tiñe el sol de resplandores rojos.
Mira el héroe á la grama misionera
Unos instantes con los ojos fijos:
¡Duermen allí, vivando á su bandera,
Los dos jóvenes cuerpos de sus hijos!
El enemigo corta á los postreros
Centauros de la grey enmelenada;
¡Truena el cañón y ruedan los lanceros
Sobre la orilla curva y escarpada!
¡Se vuelve el viejo, en manotón furioso
Hace vibrar el urunday bravío,
Y hacia el cañón, que truena victorioso,
Galopa con pujante griterío!
¡Un muerto y dos y tres! ¡Cada lanzada
Es un colmillo que babea y muerde,
Y va cayendo el sol como llorada
Neblina de oro sobre el campo verde!
¡Rodó el caballo! ¡Se incendió la mecha
Sulfúrea del cañón junto al overo,
Y con la masa intestinal deshecha
Se fué arrastrando Serafín Clavero!

Puso la enhiesta pica, bien clavada,
Sobre un montón de rojos corazones,
¡Y el lienzo de la pica ensangrentada
Crujió triunfal, bajo la luz dorada,
Sobre el verde jardín de las Misiones!

DE FACCIÓN

I

Rubia la tarde moría,
El montonero soñaba,
Y un cardenal le rezaba
Su último repique al día.
El indio, noble muchacho,
Es un indio de canción,
Triste como un lechuzón
Y fuerte como un quebracho.
Sueña con que allá de allá,
De donde la lumbre viene,
Hay una boca que tiene
Sabores de ñapingá.
Sueña que la boca en flor,
La boca de tintes rojos,
Está cerca de unos ojos
De dulcísimo negror.
Y sueña que en el dorado
Negror de aquella mirada,
Como el sauce en la cañada
Está un indio retratado.
Al pie de un ombú tendida
Descansa la tercerola:

El caño se tornasola
Bajo la tarde dormida.
Suavidades de tisú
Pone en todo el sol vencido:
También hay, cerca del nido
Del allá de allá, un ombú.
El indio de la canción
Está puesto de avanzada;
Pero sueña y olvidada
Se ha quedado la facción.
¡Es tan dulce el ensoñar
Con aquello que se quiere
Cuando el sol purpúreo muere
En chispas sobre el palmar!
Besando la boca en flor
De la imagen adorada,
El indio de la avanzada
Rima un sollozo de amor.
¡El viento lo llevará,
Paloma que vuelve al nido,
Hacia el muro revestido
Con hiedras de allá de allá!
¡La luz, que muere temblante
Empujando al camalote,
Hará que su incienso flote
Sobre la orilla distante!...
¡Y el mozo, que cumple mal
Su oficio de cuidador,
Sueña escuchando el cantor
Repique del cardenal!

II

Algo de felino avanza
Astuto por la maleza:
¿Qué es aquéllo? La agudeza
De la punta de una lanza.

No la advierte el muchachón,
Y á espaldas suyas serpeando
Va avanzando, va avanzando
Con sigilos de traición.

En el borde del yerbal,
Junto al mozo en avanzada,
La luz bermeja y dorada
Brilla en un kepi imperial.

La lanza se hunde en el cuello,
Vuela la sombra de un grito,
Y la tarde en lo infinito
Vierte su último destello.

¡Y allí quedó!... ¿Soñará
Todavía?... Todavía
La boca, que sonreía,
Sonríe al allá de allá.

Y todavía el tisú
Del crepúsculo endormido
Halla, esperando al vencido
Centinela del ombú,

Dos ojos que ya no son
Tan dulces en su negrura
Como los de la hermosura
Que adoraba el muchachón.

¡Bien el muerto soñará,
Por que le lloran de veras
Las pupilas con ojeras
Azules de allá de allá!

¡Y de las tardes la luz
Trae suspiros que, rezando,
Sobre el muerto van formando
El dibujo de una cruz!

¡La bandera y el amor!...
¡Tres listas en el sudario,
Y un beso que solitario
Flota sobre el yuyo en flor!...

Bien el indio dormirá,
Pues dos oraciones tiene:
¡La del lienzo y la que viene
Del ombú de allá de allá!

LA RETIRADA DEL RABÓN

¡Dormid, dormid tranquilos bajo los viejos talas
Donde el halcón sacude la seda de sus alas!
¡Dormid, dormid tranquilos, jinetes cuya gloria,
Salvando las edades, revive en nuestra historia!

Las ráfagas del norte, que baten los sombreros,
Resbalan por los ponchos del grupo de lanceros.
El norte es viento y lluvia. Los blancos refucilos
Serpean de las picas patriotas en los filos.
El bronce del lapacho, donde la lluvia salta,
Con tintes y reflejos de púrpura se esmalta.
Los guaycurúes gritan su grito cavernoso
En los caraguatáes del matorral zarzoso.
¡Está la noche obscura, como la muerte obscura!
¡Tan sólo los relámpagos clarean la llanura!
¡El cielo nos castiga con odio despiadado!
¡Rivera retrocede seguido por Curado!
¡La ninfa de los ríos siempre nos fué contraria!
¡El triunfo nunca entiende nuestra viril plegaria!
¡Queguay! ¡Rabón! ¿Qué importan el nombre y el paisaje?
¿Qué importan nuestros locos derroches de coraje?
¡Con furia, en el enredo, las picas embotamos
Y los obuses lusos bravíos enlazamos,
Como si fueran reses que por sus negros ojos

Lanzasen una nube de lagrimones rojos!
¡Las uñas del destino, con rabias enemigas,
Se gozan cuando quiebran el pabellón de Artigas!

¡Está la noche obscura, siniestramente obscura!
¡Tan sólo los relámpagos clarean la llanura!
¡Las ráfagas del norte, que como lobos gritan,
El viraró sacuden y el canelón agitan,
De los guayabos rompen el cimbrador plumero,
Se punzan en las cañas salvajes del estero,
Del urunday resuenan sobre el ramaje rudo
Como un golpe de maza sobre un broncino escudo,
Se meten en la cueva del tigre sorprendido,
Deshacen de la urraca parleadora el nido,
Y pulen los relámpagos lo corvo de sus rajas
Sobre las nazarenas de móviles rodajas!
¡El cielo nos castiga con odio despiadado!
¡Rivera retrocede seguido por Curado!
¡En orden, sin tumulto, guardando al naranjero
Debajo de los ponchos que azota el aguacero,
Van nuestros luchadores, como quien va á una fiesta,
Galopa que galopa bajo la luz funesta
De aquellos centelleantes y curvos refucilos
Que oscilan de las lanzas patriotas en los filos!
¡Dos mil ríograndenses, con furia encarnizada,
Ansían en derrota cambiar la retirada,
Y como lamparazos de gigantescos tucos
De tarde en tarde hiende la luz de los trabucos
Los tules renegridos de aquella noche inmensa,
En que ni el tero grita ni el guayacán inciensa!

En orden, sin tumulto, galopa que galopa
Los campos atraviesa nuestra gallarda tropa
Como el que va á un casorio, como el que á un baile corre,
Que así son los lanceros de Artigas y Latorre,
¡De todos los jaguares cuyo mesenio grito
Aún canta el sol que dora las cuestas del Cerrito!

¡Al lado de Rivera, sublime y desgarrada,
Combate con los vientos la tricolor sagrada!
¡Un indio, de anchos lomos y de mirar muy duro,
Sostiene el estandarte que cruje en el obscuro
Misterio de las sombras! ¡Sus listas tricolores
Se azulan del relámpago salvaje á los fulgores!
¡El brillo de sus luces á la inmortal vestía
Con las cerúleas franjas con que resurge el día
Cuando, saliendo airoso de los nativos montes,
De rosa y nieve tiñe los patrios horizontes!
¡Y el indio, que á la augusta sostiene desplegada,
Se dice que en la augusta, diez veces desgarrada,
La virgen misteriosa del pago venidero
Construye los tapiales de su nidal de hornero!

¡Al fin despunta el alba, la tempestad declina,
Los pórtugos se alejan, la fulgidez divina
Del sol de nuestro cielo barre las nubes foscas,
Hay cantos en los verdes columpios de las toscas....
Y dulce, como un niño, se amansa la bandera
Jugando con las crines del potro de Rivera!

BAJO LAS PALMAS

Bajo el nubarrón de estío
El tigre cruza el palmar,
Y el verdor del palmerío
Brilla menos que el sombrío
Ojo pardo del jaguar.

Con tedio el jaguar se acuesta
Bajo una palma que enhiesta
Desafía al nubarrón,
Y en la virginal floresta
No se escucha una canción.

Está triste el soberano
De la maraña y el llano,
Está triste como el tul
Que las nubes de verano
Extienden sobre lo azul.

Pronto lo grisáceo pasa,
Es un ópalo la gasa
De la atmósfera estival,
Y en la puerta de su casa
Viva á la luz un zorzal.

El tigre duerme ó medita;
Su piel á rayas palpita
Con movimiento pausado;
Y hay óleos de margarita
En el tapiz gramillado.

Desperézase la fiera
Para bostezar mejor,
Y es lo azul una bandera
Airosa, leve, ligera
Y de rojizo color.

Por el tronco se desliza
Muy lentamente á la luz
De aquella tarde rojiza,
La mancha resbaladiza
De un ofidio de la cruz.

Tiene la astuta mirada
En el concolor clavada,
Y va bajando tan suave
Que el tronco mismo no sabe
Si está muerta ó animada.

De pronto se oye un silbido,
Al que responde un resuello
Sofocado y dolorido;
Es que el áspid ha mordido
Al concolor en el cuello.

Salta la fiera, el collar
Se ajusta al cuello mejor,
Y sudoroso el jaguar
Se revuelca en el verdor
De la alfombra del palmar.

Va la tarde declinando
Entre franjas de violeta,
Y van el bosque cruzando
La víbora muda y quieta,
El jaguar loco y saltando.

El tigre el ambiente araña,
Tiembla el suelo del palmar,
Y la víbora con saña
Sus menudos dientes baña
En la sangre del jaguar.

Con sediento lenguarazo
La víbora sucta el jugo,
Y agónico bajo el lazo
De su implacable verdugo,
Con un postrimer zarpazo,

¡El tigre se rasga el cuello
Y al reptil divide en dos,
En tanto que, rojo y bello,
Pone su postrer destello
La tarde á los pies de Dios!

¡Así, madre idolatrada,
De la cumbre á la cañada
Y del río al quebrachal,
Van tu bandera sagrada
Y el pendón de Portugal!

¡Y así van tus tricolores,
Madre de mi corazón,
Defendiendo los verdores
De tus yuyos y tus flores,
Desde el Plata al Yaguarón!

¡Y el churrinche carmesí
Rima en el tembetarí
De los flancos de la sierra,
El himno de gloria y guerra
Que cantaste en Sarandí!

¡Y la calandria nacida
Del ceibal en lo punzó,
Reza, en la tarde encendida,
El himno de gloria y vida
Del campo de Ituzaingó!

¡Y hasta en la espuma del río
El camalote, canoa
Del bandurriaje bravío,
Canta, á la luz de tu estío,
El canto de Figueroa!

¡Ya pasará la aflicción!
¡Tus tortugas de carey
Saben que preludios son
Los lloros del Arapey
De las dianas de Rincón!

¡No temas! ¡tu crujidora
Tricolor jamás naufraga!
¡De hinojos ante la aurora
La bendijeron, señora,
Artigas y Larrañaga!

LOS REDOMONES

Van pasando voladores,
Van pasando como sueños,
¡Como nubes
Empujadas por el soplo del pampero!
¡Cruzan sierras, cruzan llanos,
Y se pierden en las frondas cuyo incienso
Rima el himno de la lumbre
En los cálices de plata y en los cálices bermejos!

¡La leyenda
De los siglos que se fueron,
Siglos duros
Como el hierro,
Va enredada en los abrojos
De las crines de su cuello,
Y el espíritu del pago
Del churrinche cuyas plumas brillan rojas como el fuego,
Los envuelve con sus zumos
De sauzal y plumerillo, de mataojo y calaguala, de apio cimarrón y trébol!

¡Así van los redomones
Del ejército,
Cuyas lanzas de tijera
Son flechazos del sol nuestro!

¡Así van á toda brida,
Por los mundos fabulosos del ensueño,
Galopando los rosillos,
Los cebrunos, los overos
Y las puntas de sus crines,
Al balance de los vientos,
Siempre, siempre, siempre y siempre
Nos señalan, como dedos,
El lugar del horizonte,
Brillador como un espejo,
Donde nace y se desangra
La fecunda y quemadora refulgencia del sol nuestro!

¡El isócrono galope de sus cascos
Va creciendo
En la lira de los aires
De las cumbres y las llanas del desierto,
Y concluye desbordando
Por formar un himno inmenso,
Infinito, majestuoso,
Y que el parche de las olas, de los bosques y los ecos
Cantará sobre la patria
Mientras hile sus ovillos la hilandera de los tiempos!

¡Son los potros artiguistas!
¡Los rebeldes, los charrúas, los salvajes! ¡Son aquellos
De las Piedras y el Rosario!
¡Son los épicos
Redomones de las tropas
De Latorre y de Sotelo!

¡Son los potros de India Muerta!
¡Son los potros que sintieron
La tronada del trabuco
Naranjero!
¡Son los potros que morían
Envolviéndose en los flecos
De las grandes tricolores,
De las rotas y baleadas tricolores de los nuestros!

¡Son los potros
De ojos negros,
Crin inculta,
Curvo cuello,
Talla corta,
Fuertes remos,
Resistentes á las hambres,
A los hálitos del cierzo,
Al bochorno del estío
Y á las lluvias del invierno!
¡Son los de las viejas trillas
¡Son los de los años viejos!
¡Son los de la gran leyenda,
La que cantan los bordones encarnados de los ceibos,
La que cantan nuestros tigres en lo verde de los juncos,
La que cantan los ombúes sacudidos por el viento,
La que cantan nuestros ríos bajo el toldo de totoras
Donde brilla lo rosáceo de las alas musicales del flamenco!

¡Pasan, pasan, pasan siempre
Como un rosario soberbio

De pelajes policromos y de crines abrojosas
Galopando por los valles de los mundos del ensueño!
¡Clarinadas son de triunfo
Sus relinchos altaneros,
Y en el éter impalpable
Las bandurrias de otros tiempos,
El bordón que es un arrullo
Y la prima que es un beso,
Van rimando las patrióticas
Décimas de Valdenegro,
Al compás de los corcovos,
Espantadas y escarceos
Del tropel apocalíptico
De los zainos que mordían los obuses extranjeros!

¡Van desgarrando las nubes
Con sus balances homéricos!
¡Los tordillos son de plata!
¡Los alazanes, de fuego!
¡Son las chispas de sus cascos
Como siembras de fulgentes soles nuevos,
Y se encorva la flexible
Redondez de su pescuezo
Como el brazo de las ánforas en que Lúculo ponía
El arroyo de granates de sus uvas de Falerno!

¡En sus grupas
Que ya ondean y se borran á lo lejos,
En sus grupas buriladas
Con buriles embrujados por el numen de los sueños,

Brilla suavemente el bronce
De los trigos más morenos,
De los trigos en que entonan
Los chingolos y chajáes sus nocturnos chopinescos!
¡Y las nubes,
Unas nubes que son copia del excelso
Cortinaje que atraviesan á los rayos del estío
Y en selváticas bandadas los azules tordos nuestros,
Se deshilan dibujando
Con el hilo de sus flecos
Chuzas, sables, tercerolas, y banderas tricolores
Que cimbrándose y crujiendo
Cantan himnos de clarines
Montoneros!
¡Son los himnos del pasado!
¡Son los himnos que dijeron,
Santamente y de rodillas, Andresito y Monterroso!
¡Los soldados de la patria, los soldados de otros tiempos!
¡Son los himnos que la noche
Tañe, al pasar por los brezos,
Cuando enciende la chinesca lamparilla de los tucos
Sobre el cono de las cumbres de Peralta y Vizcaíno, de Betete y Lunarejo!

LA ÚLTIMA HAZAÑA

Tiene don Lucas Pacheco
Justa fama de Iscariote,
Pues no hay capullo que brote
En su corazón reseco;
Si en él llaman, suena á hueco
El golpe del aldabón,
Porque es aquel corazón
Curtido en lances de antaño,
Más rebelde y más huraño
Que el de un perro cimarrón.

Siempre en su estancia escondido,
No hay para el viejo alegría
Fuera de la serranía
Donde fabricó su nido;
En la cumbre en que ha nacido
Sueña tenderse al morir,
Mirando al sol de zafir
De aquellos picachos duros,
Que encierran entre sus muros
Su ayer y su porvenir.

Un día, desde la sierra
De vertientes jaspeadas,

Ve el viejo las dilatadas
Planicies de nuestra tierra;
Gozosa su vista yerra
Por aquel mar de verdores,
Donde hay élitros cantores,
Donde el potro se encabrita,
Y donde el naranjo agita
La nevada de sus flores.

En el pardusco color
De los rastrojos quemados,
Fija el viejo sus cansados
Ojos de brillo traidor;
Hace poco que el rumor
Ha llegado á sus oídos
De que los nuestros, vencidos
Por las tropas imperiales,
Huyen por los matorrales
Llenos de cantos y nidos.

Allá, en las lomas lejanas,
Forma el pardo pedregal,
Las grutas en cuyo umbral
Hay cortinajes de lianas,
En cuyas flores boscanas,
Como en columpio de azahares,
Rima el tordo sus cantares,
Mientras del sol los reflejos
Chispean en los espejos
De los anchos tajamares.

Aunque no quiere pensar
En la patriótica ofensa,
Cada vez que en ella piensa,
Se pone el viejo á temblar;
¡Otros vendrán á abrevar
Su caballada en los pasos
Donde cimbrean sus rasos
Las hojas del coronilla,
Cuando el occidente brilla
Con la luz de los ocasos!

¡Otros, sí, bajo las blondas
Trenzas de nuestros estíos,
Se bañarán en los ríos
De azules aguas muy hondas;
Y serán de otros las frondas
Donde crece el curupí,
Y en que junta el sarandí
Los verdores de sus galas,
Con el verdor de los talas
Donde nace el colibrí!

¡Otros pasarán la siesta
De la fronda en la espesura,
Donde el arroyo murmura
Los chismes de la floresta,
Arrullados por la orquesta
De la brisa en el vestido
De aquel urunday querido
En cuyos duros maderos

Un casal de carpinteros
Ha fabricado su nido!

Vuelve á temblar el anciano
Con patrióticos enojos,
Y vuelve á clavar los ojos
En la soledad del llano;
Bajo el fuego del verano
Las gramillas afelpadas
Parece que están bordadas
Con cintones de rubíes:
¡Son los dulces macachíes
De hojitas azafranadas!

¡De pronto lejos, muy lejos,
Junto á los sauces del río,
Brillan con fulgor sombrío
De unas lanzas los reflejos;
Clava don Lucas sus viejos
Ojos en aquel fulgor,
Y al menguante resplandor
De un crepúsculo dorado,
Mira acampar, junto al vado,
Al ejército invasor!

¡Un mar de cólera santa,
Al ver aquellos rejones,
Siente el viejo en los raigones
Venosos de su garganta;
Y al mirar que se levanta,

Junto á las pirvas chaleras,
De las tropas extranjeras
El humo gris del fogón,
Dice que es su corazón
El que cruje en las hogueras!

¡Con un salto de jaguar
Deja la cumbre bravía,
Donde la noche y el día
Ya han empezado á luchar;
De rabia le hace llorar
El humo que junto al río,
Profana aquel patrio estío
Que aroma la superficie
De la brillante planicie
Con jugos de mío - mío!

¡Casi á carrera tendida
Bajo el odio que le abrasa,
Llega el anciano á la casa
Entre cerros escondida;
La peonada reunida
Junto á la casa le espera,
Y hay en la mirada fiera
De aquel diminuto bando,
Ansias de morir honrando
Las listas de una bandera!

—«¡A la manguera, á luchar
Por el pago en que vivimos,

Y en que teje sus racimos
De dátiles el palmar;
Pues nos vienen á buscar
Hasta el fondo de la sierra,
Que cada grito de guerra
Que se escuche en el zarzaje,
Sea un credo á la salvaje
Libertad de nuestra tierra! » —

Cuando esto el viejo decía
Ya el sol su lumbre ocultaba
Tras de la cúspide brava
De la última serranía;
El ñacurutú salía
De las grutas de las lomas,
Se buscaban las palomas
En los negruzcos rastrojos,
Y el ceibal de ramos rojos
Se desangraba en aromas.

Ya sobre el tembetarí,
Las estrellas del ocaso,
Colgaban su tul de raso
Con flecos de oro y rubí;
Ya sobre el laurel - miní,
De frutas aceitunadas,
De los tordos las bandadas
Perezosas descendían,
Y los arroyos barrían
En silencio las cañadas.

Los patriotas agrupados,
A la lumbre de los tucos,
Preparaban los trabucos
Hasta la boca cargados,
Para cruzar los bañados
Que llevan á la manguera
Y en que rumia la tambera,
Mientras se asoma á los huecos
Que forman los juncos secos,
La víbora traicionera.

Uno á uno, en procesión
Siniestra y en fila indiana,
Bien prendida en la canana
La silbante munición,
Sale el pequeño escuadrón,
Y al sentirle marchar quedo
Del zarzal por el enredo,
Bajo los nocturnos tules
Los cardenales azules
Despiertan llenos de miedo.

Cuando llegan con fatigas
A la distante manguera,
Sobre el muro izan la fiera
Tricolor del viejo Artigas;
¡Ya pueden las enemigas
Lanzas con furia brillar,
Que no la han de derribar
Del cerco en que está clavada,

Mientras quede una pulgada
De tierra donde luchar!

Se oye después el rumor
De una patrulla que avanza,
Y una salve de venganza
Cierra el paso al invasor;
Brilla luego un resplandor
Al que sigue un estampido,
Y junto al bosque dormido
Se alza un fuerte tiroteo,
Que hace huir al venteveo
Espantado de su nido.

¡Es la indomable manguera,
En su patriótico afán,
Como el cono de un volcán
Que vomita lava fiera;
Cruje y cimbra la bandera
Como llamando al futuro,
Y cada vez que en lo obscuro
Algún fogonazo brilla,
La bandera sin mancilla
Se yergue más sobre el muro!

¡Ralean sus defensores
Bajo la lluvia de hierro,
Pero acercarse á su encierro
No logran los invasores;
Cuando apagan sus fulgores

Los trabucos nacionales,
Hay brazos cuyos puñales
Se hunden en el corazón
Del que llega hasta el bastión
Hecho con piedra y cardales!

Cuando brilla la alborada
De la manguera en el hueco,
Agoniza el buen Pacheco
Bajo la enseña adorada;
¡Por el plomo desgarrada
Y de su mástil caída,
Cubre del viejo la herida
Con tantas hambres de amor,
Que queda la tricolor
Toda de rojo teñida!

RUDECINDO ASNARES

I

Toro en el cuerpo y tigre en los pensares,
De ancho espaldar y de mirada astuta,
Era el campuzo Rudecindo Asnares.
Fué su vida de mozo disoluta,
Vida de pericón y de polleras,
De carne gorda y de maraña hirsuta.
Así miró pasar sus primaveras,
Pidiendo molinetes al cuchillo
Y escondites de zorro á las taperas.
Del sol del pago al requemante brillo,
Vió envejecer las hojas de los talas,
Vió pudrirse las pulpas del membrillo,
Y del ceibal idolatró en las galas,
Que son rubíes que se vuelven flores
En las que inciensa el mainumbí sus alas.
De nuestra luz los rojos esplendores,
Los patrios valles con su trébol verde,
La red de nuestros ríos saltadores,
Y el gavilán serrano que se pierde
En la fronda sin fin, cuyo espinoso
Ramaje trepador engrilla y muerde,

Le dieron al campuzo el cauteloso,
El libre instinto de la res bravía
De uña gastada y de testuz cerdoso,
¡Res que al morir, cuando remonta el día,
Prisionera en las curvas de su lazo,
Presume que le debe la agonía
A un colosal y olímpico aletazo!

II

Sin saber cómo, sin patriotas sedes,
Rudecindo se unió á la montonera
Que repetía el grito de Mercedes.
Cantó su lanza el cántico de Viera
Por honduras y lomas con denuedo,
Con bizarrías de índole matrera.
Sin patriótica unción, pero sin miedo,
Degollaba á los godos y á los lusos
Con salvaje placer en el enredo.
No combatía recordando abusos
De régimen feudal, ni en su mirada
Pusieron sus fulgores los confusos
Afanes de la turba emancipada:
¡Batalló porque sí, porque sentía
Gozo en el empujón de su lanzada!
La carne musculosa que se abría
Como capullo rojo, cuando ardiente
El filo triangular del hierro hundía,
Era el fin y el laurel de la valiente

Tenacidad con que en la lucha fiera
Mataba brazo á brazo y frente á frente.
¡No soñó con la patria venidera,
Ni rezó su rosario de fervores
Con la mirada fija en la bandera!
¡El crujir de las grandes tricolores,
Símbolo del terruño y del derecho,
No hizo enflorar en rojo sus amores!
¡Vió en la greñosa multitud un hecho
Utilizable en bien de lo bravío
Que rugía en el fondo de su pecho
Como negruzco y subterráneo río!

III

Una tarde, la turba detenida
De un gramillar sobre el tapiz jugoso,
Rumiaba sus angustias de vencida.
Imperaba en los campos el reposo
Augusto de las puestas. Dulcemente
Se iba apagando el sol esplendoroso.
Los flamencos, en torno de la fuente,
Parecían soñar. Era un topacio,
Con reflejos de brasa, el occidente.
Un zorzal canturreaba muy despacio
En la sien de un ombú, y aparecían
Las luces de la noche en el espacio.
Vió Asnares que las tropas se movían
Hasta formar un círculo, y que austera,

Sobre el círculo móvil que tejían,
Se alzaba palpitante la bandera,
La del blandengue de los dulces ojos,
¡La que viva al morir la montonera!
¡Vió á los postreros resplandores rojos
Desplegarse el airón, y vió á la masa
Campesina rezar puesta de hinojos!
¡Vió que del sol la agonizante brasa,
Fundida en un gran núcleo de bermejos
Y azules rayos, por el lienzo pasa!
¡Vió que lloran los mozos y los viejos!
¡Vió que la luz que muere no se sabe
Si brota del airón ó desde lejos
Se incendia al bendecir, y oyó que el ave
Bendecía también desde el añoso
Ombú que se columpia sobre el suave
Atardecer del campo silencioso!

IV

¿Qué sintió Rudecindo? La ternura
Cantó en el ñandubay, y en la bandera
Puso sus negros ojos con dulzura.
Todo cambió de golpe: la pradera
Con su montés alfombra de gramilla,
La entonación del ave cancionera,
El ombú que se yergue en la cuchilla,
De los clarines el marcial sonido
Y el hierro en cruz que sobre el asta brilla.

¡Esta tierra, la tierra en que ha nacido,
Es una madre ya! ¡Con qué sagrado
Culto la mira el concolor rendido!
¡Él también, él también arrodillado
Reza por el airón, por el sublime
Airón cuarenta veces desgarrado!
¡Ahora ya sabe por qué el viento gime
Con angustia mortal cuando despliega
Aquel trozo de lienzo que redime,
Que redobla el valor en la refriega
Y que viva creyente el moribundo
Cuando la muda segadora llega!
—¡Salve, potro gentil, campo fecundo,
Inmensidad azul! ¡Sois, desde ahora,
Un universo, lo mejor del mundo!
¡Rudecindo os comprende y os adora!
¡Salud, refloraciones de la umbría!
¡Salud, calandria dulce y silbadora!—
Miró al espacio donde muere el día,
Vió del sol abismarse la grandeza,
¡Y sintió que otro sol amanecía,
Con zumbos de molino, en su cabeza!

V

Asnares ya no mata por el loco
Deseo de matar: algo de augusto
Su rejón va azulando poco á poco.
En su semblante, santamente adusto,

Brilla uná luz: la luz electrizada
De la fe en las victorias de lo justo.
Al compás de la terca clarinada,
Derriba y hiere con pujante mano
Seguro de que siembra la alborada.
¡Libre será nuestro vergel lozano!
¡Libres serán las mieses que acetrina,
Cuando enflora el jazmin, nuestro verano!
¡Libre será el ombú de la colina,
El viejo ombú donde el zorzal entona
Su saludo á la estrella matutina!
¡Y á lanzazos los muertos amontona
A los pies del altar donde fulgura
Una invisible y cándida matrona.
Que en lo más negro de la noche obscura
Conversa con su espíritu impregnándole
De una enorme y hondísima ternura!
¡Ella palpita en él! ¡Ella, guiándole,
De su rejón las valentías sella!
¡Ella es la que gozó purificándole
De sus ansias de bruto, y es por ella
Que es fragancioso el trébol de la loma
Como es triste la lumbre de la estrella!
¡Ella tiene las alas de paloma,
Las manos como copos de jazmines,
Y recoge al jaguar que se desploma
Cuando al triunfo saludan los clarines,
Y los potros, sin dueño en la batalla,
Van á morir del campo en los confines
Donde rueda á torrentes la metralla!

VI

Fué en Catalán. Chocaron los dragones
Lusos con los jinetes montoneros.
¡El oro relumbraba en los morriones!
¡El aire, aleteando en los sombreros,
Yo no sé que promesas les decía,
En nombre del futuro, á mis lanceros!
Fué en Catalán. Se despertaba el día
Sobre el trágico río. La corriente
Con cóleras proféticas rugía.
Lo blanco y el sinoble del oriente
Se tiñeron de azul. El sol se alzaba
Tímido, perezoso, lentamente.
El cañón de los otros retumbaba
Con estruendo brutal. ¡En la primera
Fila patriota Asnares lanceaba!
La pica, de sus odios pregonera,
Roja de sangre desde el cabo al tejo,
Cimbraba crujidora y justiciera.
El ñandubay del asta, sucio y viejo,
Parecía carmín por lo brillante
De su fugaz y cegador reflejo.
Los dragones vacilan. El punzante
Rejón relumbra más. ¡Es la suprema
Crisis de angustia! ¡El decisivo instante!
¡Ya del sol la magnífica diadema
Dora de los monteses caseríos
Los muros con tapices de uvayema!

¡Ya azules son las ondas de los ríos!
¡Ya, respondiendo al son de la metralla,
El cardenal repica en los sombríos!
¡Los dragones resisten! ¡Ya la malla
Se rompió de los nuestros! ¡Ya está aislado
Rudecindo en mitad de la batalla!
El corcel muerto y el rejón mellado,
Hendido el tórax por profunda herida,
Dos veces con el dorso acuchillado,
La planta en sangre brasileña hundida,
Rudecindo resopla y forcejea
Esgrimiendo la lanza enrojecida.
¡La chusma blasfemando le sablea,
Pasan sobre su cuerpo los dragones,
Y aun Rudecindo Asnares victorea
A la crujiente de los tres listones!

TACUAREMBÓ

El invasor nos arrea
Con los rayos del mortero,
Y suyos llama á los valles
En que empalidece el trébol.
Cuatro mil del norte bajan,
Les resisten mil seiscientos,
Y los mil seiscientos son
Todos nuestros y muy nuestros.
Los unos, ametrallando,
Cantan un himno extranjero,
Que no es el himno que dicen
Los zorzales en los ceibos,
El chingolo en el yathay
Y la lechuza en el trémulo
Verdor de los espinillos
En agreste mirra envueltos.
¡Los otros cantan la salve
Que silba del pago el viento
En el ombú de las cumbres,
En el guayacán de hierro,
En las margaritas rojas
De los declives pedreños
Y de mis azules ríos
En el saltador espejo!

Unos se llaman obús,
Orden, disciplina, ejército,
Y los otros son la augusta
Libertad del patrio suelo,
La montonera sublime,
La del greñudo cabello,
La que tiene como garras
De yaguareté los dedos,
La de los toscos varales
Con cuchillas de esquileo,
Y en cuyo cinto relumbran
Los pistolones de cebo
Que rezan de lo futuro
El siempre adorado credo.
¡Son de allá los cuatro mil,
Y cubren los mil seiscientos
Sus enmelenadas frentes
Con el montaraz chambergo
Y los duros espaldares
Con el amplio poncho nuestro!

En el llano, enflorecido,
Verdea el yuyo de enero
Y hay blondas sobre las aguas
Que ríen entre los brezos.
Junto al río y sobre el llano
Tañe el clarín montonero,
Cuando el obús centellea,
Su ronco toque á degüello.
El estrago es indecible,

El valor raya en homérico,
Mueren panteras y pumas
Con cóleras en el ceño
Y corre, sobre la orilla,
Un mar de sangre y de fuego.
¡Por sorpresa, como siempre,
Allí también nos vencieron!
¡Nuestros potros relinchaban
Enrojecidos los frenos,
Y con sus cascos herían
Encabritándose el suelo
Que era, al venir de la noche,
Un fangal sanguinolento!
¡Allí ochocientas tacuaras
Contra el cañón se rompieron,
Y allí ochocientos cadáveres
Atestiguan nuestro esfuerzo,
Y también el infortunio
Que se goza persiguiéndonos
Para que resalte más
La grandeza de los nuestros!
¡Latorre fué, en el combate,
Más que Agamenón y Héctor!
¡Fué la lanza de Latorre
La lanza de Aristodemo!
¡De la refriega sombría
Metiéndose en lo más recio,
Rugió aquella lanza todos
Los yámbicos de Tirteo!

A la lumbre de la luna
Van por el monte los nuestros;
Danzan sus movibles sombras
Una danza de esqueletos.
¡En vez de poncho, son tiras
Los trapos que mueve el viento!
¡Están las frentes desnudas,
Que quedaron los chambergos,
Al lado de las tacuaras,
Sobre el rojo cementerio!
¡No hay potro sin una estrella
Purpureante en el pezcuezo,
Ni campuzo que no lleve
Algún balazo en el cuerpo!
¡Aquello es triste y grandioso,
Es desesperante y épico!
¡Aquello vivirá siempre
En la memoria del tiempo,
Y mientras el tiempo agite
Sus alas en nuestro cielo,
Las alas del tiempo irán
Cantando en el aire aquello!

Tacuarembó, cuyas ondas
Muchas semanas corrieron
Con colores de carmín
De la orilla entre los breños;
Río, que tañes á muerte
Con tu murmullo siniestro,
Cada yerba de tus márgenes

Es un corazón campero
Que entona un himno á la patria
Cuando la sacude el viento
Y cuando el sol la madura
Con sus ardientes reflejos!
¡Tacuarembó, cada noche
A tus márgenes me acerco,
Sollozo por los vencidos
De tu mugir con los ecos,
Y la musa de los cantos,
Que con nuestras glorias trenzo,
En tus yuyos sin perfumes
De rodillas pone un beso!
¡Cuando se acerca á tus ondas,
Cuando vaga entre tus brezos,
Cuando siente el himno fúnebre
De tu murmullo siniestro,
Mi musa, Tacuarembó,
Está vestida de negro!

EL CLARÍN DE GUAIRAPUITÁ

Cabezón y temerario,
Vanidoso y parlanchín,
Es terrible el propietario
Del clarín, de aquel clarín
De las cargas del Rosario.

¿De dónde cayó? Cayó,
Sin duda, de algún cometa;
Monterroso lo encontró
Dormido en una carreta
Y Otorgués se lo apropió.

Diez primaveras cabales;
Ojos que son dos puñales,
Por negros y brilladores;
Tutea á los generales,
Y es ducho en cosas de amores.

Finos dientes, poco pelo;
Sin camisa, sin pañuelo,
Sin zapatos; las bombachas,
Por los zurcidos é hilachas,
Parecen ser del abuelo.

Carrerista y tabeador;
No desdeña ningún pucho;
Habla pestes del tambor;
Sabe morder el cartucho,
Y toca que es un primor.

¿Tiene madre? La tendrá,
Pero no la busca ya;
Baila el pericón y el tango;
Unos le dicen sabiá,
Y otros le apodan chimango.

¿Hambres? A tres por semana;
¿Poncho? Cuando lo carchea;
Tiene, en cambio, una tubiana
Que trota de mala gana,
Pero que muerde y cocea.

Mezcla de ñandú y de tero,
El indiecito crecía
De entrevero en entrevero;
¡Vibró su clarín guerrero
Muy fuerte en Santa María!

Otro clarín sonará,
Andando el tiempo, mejor;
Pero nadie olvidará
El sonido del cantor
Clarín de Guairapuitá.

Abreu, que al luso mandaba,
Aun ensordecido corre;
Nuestro clarín le acosaba
Mejor que la espuela brava
De los tigres de Latorre.

Bajo el sol resplandeciente,
Era el clarín un ardiente
Brotar de yuyos y espigas;
¡Sin aquel canto valiente
No hubiera vencido Artigas!

Bajo el acorde sonoro
Temblé yo, tembló mi moro,
¡Y eran, al sol, las hilachas
De aquellas sucias bombachas
Un río de sangre y de oro!

El pórtugo dió en ceder,
Nosotros en avanzar;
¡El clarín, terco en tañer,
Nos hizo palidecer
Y nos hizo sollozar!

¡Si ronco el cañón tronaba,
Más ronco el clarín tañía!
¡Si el portugués se empacaba,
El clarín le arremetía
Y homérico le lanceaba!

¡Os juro que temerario
Fué, desde el principio al fin,
El pequeño propietario
Del arrollador clarín
De las cargas del Rosario!

Fué inútil aquel afán;
De muy poco nos sirvió;
Donde las toman, las dan;
¡Más duro que en Catalán
Fué el lance en Tacuarembó!

El chimango, que tañía
Sus himnos bajo el sol de oro,
Duerme en la costa bravía:
¡Allá se rompió el sonoro
Clarín de Santa María!

LAS DOS INVASIONES

(Á la ciudad de Minas).

I

Musa de las patrióticas tristezas,
Toma el laúd con lloros por canciones!
¡El camino es de sangre y son de muerte
Las pálidas visiones!
¡Aullidos del cañón, tules sin calma
De la humareda que asfixiante gira,
Removed el ambiente de mi alma!
¡Templad en vuestras cóleras mi lira!
¡Decidme como fué! ¡Fundid el vago
Contorno de la lucha gigantea,
Y entradme en lo más recio del estrago,
Donde sus himnos el clarín vocea!
¡Quiero encontrarme en la fatal jornada,
Parte formar de la legión patriota,
Y sentir, en mi frente doblegada,
La pena y la inquietud de la derrota!
¡Quiero en el campo de la lid reñida
Recoger al que rueda entre clamores,
Enjugando la sangre de su herida
Con el pendón de franjas tricolores!
¡Y quiero de la hueste salvadora
Retemplar el encono y la fiereza,
Preludiando los cantos de la aurora
Al hundirme del monte en la maleza!

II

¡Allá van! ¡tras las bélicas fatigas
Y el hervor de las luchas militares,
Las huestes que aprendieron con Artigas
A defender sus rústicos hogares!
¡Cómo al mirar que con ardiente anhelo
Libertarte ó morir, patria, resuelven,
Hasta las piedras del nativo suelo
Contra la grey del invasor se vuelven!

¡Allá van! ¡junto al rancho de totora!
¡Lento el corcel, la frente doblegada;
Negra ansiedad su corazón devora;
Llevan llanto de angustia en la mirada!
¡Allá van! ¡orillando la laguna
Escondida entre toscos pajonales,
Que esperan á las luces de la luna
Para vestir sus hábitos nupciales!
¡Allá van! ¡sobre el dorso de la loma
Donde su último airón suspende el día,
Donde entre nubes de salvaje aroma
El espinillo sus malezas cría!
¡El último suspiro de la tarde,
Sangrienta como un sueño de venganza,
Con extraño fulgor relumbra y arde
En el agudo hierro de su lanza!

¡Tus hijos son! ¡las huestes montoneras,
Las estoicas bandas campesinas,
Que en San José cubrieron de banderas
El lecho en que cansada te reclinas!
¡Tus hijos son! ¡los héroes de tus llanos,
El muro de tu altar, los inmortales
Que hicieron con escudos castellanos
La alfombra de tus plantas virginales!
¡Tus hijos son! ¡las hordas del pampero,
Las primeras dianas de tu historia,
Los que grabaron con buril de acero
Tu nombre sobre el rostro de la gloria!
Vencidos van y el moribundo día,
Cuyos arcos de grana palidecen,
Saluda con respeto su agonía:
¡Si grandes en el triunfo los veía,
Más grandes aun vencidos le parecen!

III

Mira, madre: silbando los azota
Un viento frío que irascible vuela,
Y el poncho en alas de las brisas flota
Al compás de los hierros de la espuela.
Cuelga en su cinto el desmayado acero,
Y al soplo de la tarde entristecida,
El ala levantada del sombrero
Tiembla en su frente por el sol curtida.

Del trote al ritmo, lento y perezoso,
El lazo, el anca del corcel golpea,
Cansado de lanzar el rencoroso
Silbido de su curva en la pelea,
Y de los héroes bendiciendo el brío,
Compartiendo su angustia y sus fatigas.
¡Ondula allí, fantástico y sombrío,
El estandarte tricolor de Artigas!

Mira, madre: la angustia los desgarra;
Vibra su corazón con honda pena,
Como vibra en sus manos la guitarra
Con el arpegio de los tristes llena.
Saben que bajo el palio de verdores
Del viejo ombú, dormido en la colina,
La prenda de sus rústicos amores
Sueña con ellos cuando el sol declina;
Pero mientras los céfiros pampeanos,
Cuya canturia con dolor te nombra,
Agiten los pendones lusitanos,
¡Solitaria la virgen de los llanos
Soñará del ombú bajo la sombra!
¡Y cuánto soñará!... ¡Ya desbandada.
Madre doliente, tu legión bendita,
Sin rivales la enseña esmeraldada
Al soplo de tus céfiros palpita!
¡El vivo fuego de tu sol la dora,
Ondula con orgullo en tus almenas,
Y siente con desdén de triunfadora
El rumor que levantan tus cadenas!

¡Mentira! ¡no ha de ser! ¡Dios no lo quiere!
¡Prepárate á la lid! ¡brille tu acero!
¡Enseña al invasor como se muere!
¡Azota con tu lanza al extranjero!
¡Plaza, imperiales, plaza
A la amazona que á las lides vuela
Y el viejo escudo de su gloria embraza!
¡Confundís el jaguar con la gacela!
¡De este suelo, con sangre fecundado,
Cuando resuene de la patria el grito,
Saldrán, saldrán con el semblante airado,
Preludiando las dianas del pasado,
Los héroes de Las Piedras y el Cerrito!

IV

¡Manes de los vencidos
De Catalán en el contrario enredo,
Dormid bajo los bosques florecidos
Sin angustia y sin miedo!
¡No vendrán á turbar vuestro reposo,
Cuando la noche en el espacio asoma,
Ni el ruido del vivac del victorioso,
Ni el rezo dicho en extranjero idioma!
Pronto á cambiar el fallo de la suerte,
En vuestras tumbas se arrodilla el hado:
¡Vais á dormir el sueño de la muerte
Al calor del terruño emancipado!

Todo está aquí de libertad sediento:
—¡Patria!— del urunday en el ramaje,
La gemidora música del viento
Suspira con su rítmico lenguaje.
—¡Patria!— zumbando el camuatí murmura
Sobre el burucuyá, pródigo en flores,
Y —¡Patria!— en medio de la noche obscura
Dice el ñacurutú á los invasores
Al perderse furtivo en la espesura.

V

¡Dormid! que ya el oriente
De nacarinos tintes se colora,
Como si las guirnaldas de su frente
Lanzara al aire el numen de la aurora.
Es un copo de luz distante y vaga;
Fleco estelar dormido en la laguna;
Ocaso de una noche que aún se embriaga
Con el licor de perlas de la luna.

Baña esa luz de brillos de azucena,
Flor del aire con orlas de rocío,
Sobre un pavés de movediza arena
A un grupo de héroes de mirar sombrío.
Alta la frente que doró el pampero;
Con patriótico llanto en las mejillas;
Con la rabia del odio justiciero;
Los más de pie, los menos de rodillas;

Extendidas las manos con sagrada
Y profética unción, juran leales,
Sobre la cruz del puño de su espada,
Desgarrar las divisas imperiales.

¡Juramento inmortal! ¡grito de guerra,
Que al levantar las curvas de su vuelo,
No cabiendo en el arco de la tierra,
Fué á perderse en los límites del cielo!

¡Juramento inmortal! ¡la luz suave,
Que ebria de gozo al escucharlo brilla,
Lo cuenta al río, que lo cuenta al ave
Del nido de las lianas de la orilla!
¡El ave vuela á repetirlo al monte,
Y la fuente del monte, fresca y pura,
Lo canta de horizonte en horizonte,
De llanura en llanura!

¡Juramento inmortal! ¡grito de gloria!
¡Mística salve! ¡homérica llamada!
¡Al escuchar sus ecos, la victoria
Corre al balcón azul de la alborada,
Como la virgen, al sentir los sones
De la canción por su galán cantada,
Corre á abrir el cancel de sus balcones!

¡Grito inmortal! ¡arrullo soberano
Del sol del porvenir! ¡hiende las rocas,
Atraviesa las cumbres, cruza el llano,

Del monte juega con las verdes tocas,
Sobre las harpas de los vientos vibra,
Se perfuma en los flecos de la palma,
Recorre el corazón de fibra en fibra
Y hace explosión de luz dentro del alma!

¡Juramento inmortal! ¡himno sublime!
¡Diana de bendición! ¡plegaria inmensa!
¡Credo de libertad! ¡voz que redime,
Provoca, exalta, fanatiza, inciensa!
¡De Sarandí las auras lo escucharon,
Y besando en la frente á la victoria,
De Ituzaingó los genios lo cantaron
En el harpa de estrellas de la gloria!
¡Subiendo hasta el dosel de las mañanas
En las alas del sol templó su queja,
Y al cernerse del triunfo entre las dianas,
Humedeció sus notas soberanas
El llanto de jaguar de Lavalleja!

VI

¡Señor, que en los confines del desierto
Colgaste un lampo de tu luz febea,
Para alumbrar los pórticos del huerto
Prometido á las turbas de Judea!
¡El alma de las patrias, — como el ave
De alas enormes y grisácea pluma,
Que anida en el peñón, adusto y grave,

Batido por el cierzo y por la bruma. —
Quiere aire y libertad, espacio y lumbre.
La esclavitud la postra y la exaspera.
Retrato fiel del ave de la cumbre.
Del águila altanera
De alas enormes y de obscuras galas,
Que si cae prisionera,
Se destroza las plumas de las alas
Contra los muros de su cárcel fiera!

¡Señor, que el noble grito,
Que el grito santo de los héroes sea
Como el fleco de luz de lo infinito
Que guiaba á las turbas de Judea!
¡Que el alma de la patria se levante
Al escuchar sus bélicos clamores,
Para surgir triunfante
Entre dianas y ruidos de atambores.
Como el cóndor que rompe denodado
La cárcel que lo encierra,
Para volar con vuelo apresurado
Hacia el nido labrado
En la roca más blanca de la sierra!

¡Señor, que el grito ardiente
No se pierda en las criptas de palmares,
Como se pierde el agua de la fuente
En la errabunda pompa de los mares!
¡Que el ave, en cautiverio,
Pueda ya libre, bendecir tu imperio.

Y no sucumba de cansancio y frío,
Entre las rejas de metal labradas,
Fijando en los senderos del vacío
La desesperación de sus miradas!

VII

Llenando con sus ecos nuestra historia
El grito de los héroes se dilata,
Como vibrante cántico de gloria
Desde el turbio Cuareim al hondo Plata.
¡Si el ruido de sus voces os despierta,
De júbilo temblad! ¡ya estáis vengados,
Mártires olvidados
Bajo la tierra santa de India-Muerta!

¡Ese canto bendito
Que se cierne ondulante
Y que se va á perder en lo infinito,
Es la bélica diana que se oía
Cuando surgiste en Sarandí triunfante,
Bandera tricolor, bandera mía!
¡Al compás de sus ecos redentores
Ondulan nuestros ríos todavía,
Y aun repitiendo el santo juramento
Con que la arena de la orilla azotas,
La patria, que salvaste con tu aliento,
De Ituzaingó sobre el altar sangriento
Te muestra el haz de sus cadenas rotas!

VIII

¡Visión del arenal, visión sagrada
Que del poniente al resplandor escaso,
Sobre el río y la cumbre y la cañada
Te meces en las curvas del ocaso!
¡Espejismo que el alma ve de hinojos
En el confín del moribundo día,
Imán de amor de mis cansados ojos,
Santa epopeya de la patria mía!
¡Brille sin mancha el lampo con que doras
La orilla donde cantan los sauzales
De Sarandí las dianas redentoras,
De Ituzaingó los salmos inmortales!
¡Flota, visión, bajo el dosel del cielo
Donde anidan las noches uruguayas,
Que al cubrirlas con la orla de tu velo,
Haces inexpugnables nuestras playas!
¡Visión del arenal, que del ambiente
Con las hebras más cándidas tejida,
Bañas de nuestro sol la roja frente
En las aguas lustrales de la vida,
Tu imagen presidía la batalla,
Que eternizaron con su ardor guerrero,
Los que entre el ronco hervir de la metralla,
Alzando el brillo de su corvo acero,
Y suelto el poncho, que al flotar murmura,
Sobre las ancas del corcel alado,
De Sarandí cubrieron la llanura
Con banderas de tinte esmeraldado!

IX

¡Ituzaingó, tus dianas
Aun cruzan nuestros montes seculares
Al soplo de las ráfagas pampeanas,
Más crespas que las olas de los mares!
¡Si la tierra, que un día
Vió el escudo imperial sangriento y roto,
En lo profundo de la mar se hundía,
Sobre el inmenso horror del terremoto,
La gloria de tu nombre flotaría!
¡Efeméride santa,
Cuando con tu visión mis ojos lleno,
Siento un nudo de sangre en mi garganta
Y un mundo de entusiasmos en mi seno!
¡Á la luz de tu sol, nuestras legiones
Alzaban á la patria entre sus brazos,
Y extendía la muerte sus crespones
Sobre el cuadro alemán hecho pedazos!
¡Y aun en las tardes de febrero estivo,
Oh sol de Ituzaingó, cuando furtivo
De azul, púrpura y nieve al cielo pintas
Y en brazos de la noche te desmayas,
Bordas, con los reflejos de tus cintas,
De nuestra vieja tricolor las rayas!

X

¡Heredera sublime
De aquella ave caudal de nuestra historia!
¡Rezo alzado en mitad de la batalla
Como una invocación hecha á la gloria!
¡Bandera de la patria, libre ondula,
En las alas gigantes del pampero,
Sobre los ríos que amorosa azula
La claridad del astro del boyero!
¡Protege, con tus franjas bicolores,
De nuestros ceibos las rojizas tocas,
De nuestros campos las pintadas flores,
De nuestras sierras las abruptas rocas!
¡Fecunda, con tus ígneas claridades,
Nuestros plantíos de verdor cubiertos,
Corona con tu sol nuestras ciudades
Y cubre con tu sombra á nuestros muertos!

REZO MATUTINO

Más ligera
Que la nube pasajera
Cruza el aire mi bandera:
¡La bandera sin mancilla,
El cendal de nueve franjas,
El lienzo, cuyo sol brilla
Como el oro en las naranjas!

¡Adelante,
Roja chispa de brillante!
¡Sol de fuego
Que enverdeces, con el riego
De tu luz empurpurada,
El membrillar veraniego,
La espiga recta y colmada!

¡Adelante, mi bandera,
Más ligera
Que la nube pasajera!
¡Adelante por las lomas
En cuyas dulces pendientes
Maduran flores y pomas
Sobre el cristal de las fuentes!

¡La subida
No es difícil para el vuelo
De la que ha sido tejida
Con un retazo de cielo!
¡Airón de azules franjones
Y de listas nacaradas,
En tus nueve corazones
Relumbran nueve alboradas!

¡Bien arriba,
Bien arriba, mi bandera!
¡Lanza chorros de luz viva
Sobre el monte y la pradera!
¡Bien arriba, mi señora!
¡Bien arriba, y con el brillo
De tu ardidez cegadora,
Dá flecos á la totora
Y púas al espinillo!

¡Bien arriba por el monte
Donde en las palmas triunfales
Redoblan los cardenales
El himno del horizonte!
¡El himno de las nacientes
Púrpuras de la mañana
Que en tus listas bien crujientes
Deja sus besos de grana!

¡Oh bandera de mi vida
Ni opresora ni oprimida,
Cruza la sien de tus cerros!
¡Arrullada y bendecida
Por pastores y cencerros,
Brille la luz de tu gloria
Sin sufrir ni poner hierros
En el mundo de la historia!

¡Mensajera
Sé de bienes, mi bandera!
¡Tu hidalguía,
Bicolor señora mía,
Acrisolen en los ríos
Tus velámenes ligeros,
Los granos en tus graneros
Y en tus libres praderíos
El balar de los corderos!

¡Tus ciudades,
Abejas y mariposas,
Templo de fraternidades,
Ricas, fuertes, venturosas,
Rimen en paz y á destajo
El himno, viril y puro,
Que le cantará el futuro
A la virtud y al trabajo!

Sol en cielo
De purísimos celajes,
¡Mantén muy alto tu vuelo!
¡Nunca bajes!
¡Como el águila altanera
Sube y flota, mi bandera!
¡Flota y triunfa, como el día
Que tus conos abrillanta,
Siempre más alto y más santa,
Bicolor bandera mía!

LIBRE Y CONSTITUÍDA

(1828)

I

¡Al fin, madre adorada,
Los nobles estoicismos de tu hueste
Por el plomo mermada,
Te ven limpiar la sanguinosa espada
En tu libre pendón blanco y celeste!

¡Resuenen los cañones,
Anunciando la nueva redentora!
¡Saluden á su hermana, las naciones
Que caminan en grupo hacia la aurora,
Hacia el jardín de los capullos de oro,
Lo mismo que la garza emigradora
Y de los astros el silente coro!

¡Ya, virgen reina mía,
El carpintero, que taladra el muro
De los quebrachos de tu selva umbría,
Vuela al calor de tu imperial seguro,
Y libres ve las rocas del islote
Donde el lobo marino, al caer el día,
Se lanza al mar y se mantiene á flote!

¡Cubiertos por las cintas maternales
De tu pendón, ya viven en sagrado
El cuís que perturba tus yerbales,
Y el río circundado
Por tus arbustos de flexibles ramas,
Bajo cuyo dosel, el pez dorado
Mueve la irradiación de sus escamas!

¡Tu insignia es la del sol! ¡En sus cuarteles
No hay símbolos crueles!
¡La bi - celeste y blanca no flamea
Con aires de conquista y desafío!
¡La desdoblan el viento de la idea
Y el que canta en las mieses del plantío!

¡En tu pendón de franjas bicolores,
En tu pendón gallardo,
No hay águilas de instintos destructores,
No campea el leopardo!
¡De la paz y el trabajo mensajera,
De la luz del progreso portadora,
Será siempre en la cumbre y la ladera,
En el llano y el foso, tu bandera,
Vencida ó vencedora!

¡Ya no hay capricho ajeno
Que en la balanza de tus dichas pese!
¡Permite, oh madre, que de orgullo lleno,
Tus pies de reina con mis cantos bese!

II

¡Noble deidad! ¡olímpica amazona!
¡Hay ante tí fragmentos de cadenas!
¡Es de mirto y laureles tu corona!
¡Lame un león tu manto de azucenas!

Hecho con soles, en tu arnés guerrero,
Muestras tu escudo de esplendente brillo:
¡El caballo, veloz como el pampero!
¡El toro, la balanza y el castillo!

En tu diestra viril traes abrazada
Contra las mallas de tu férrea veste,
¡Tu bandera en las lides desgarrada!
¡La bandera del sol, blanca y celeste!

—¡Filtro de juventud, te dice el día,
Báñame con la lumbre de tus ojos,
Para que, renovando mi energía,
Pueda besarte con mis nimbos rojos!—

—¡Dame tu manto de jazmín de espumas
Donde ríe la luz, te dice el río,
Para que el ángel de las negras brumas
No me torture con su aliento frío!—

—¡Ofelia de los montes donde el día
Cuelga el manto oriental de la mañana,
Te dice el genio de la noche umbría,

Con las estrellas de la frente mía
Tus cabellos de virgen engalana! —

Ondas y luz, penumbras y celajes,
Te arrullan como un cántico sentido,
Perfumando con mirra de homenajes
El escudo que esmalta tu vestido.

Baja sus ojos tu beldad guerrera,
De nuestros campos los verdores mira,
Besa con efusión nuestra bandera,
Y el tibio ambiente convirtiendo en lira,

—¡Muerta ó libre!—hace oir—vierte segura
El blanco y el azul de mi esperanza,
Que armas haré, para guardarte pura,
Astillando los hierros de tu lanza!

¡Muerta ó libre! ¡ni reyes ni invasores
Te atarán á su carro de victoria,
Que quiero, pabellón de mis amores,
Guardar entera tu heredad de gloria!

Trozo de aurora para mí tejido,
Oh mantel de mi altar, bandera mía,
Palio en que hicieron mis ternuras nido,
¿Quién á tocar tu sol se atrevería?

La que pisando escudos de leones,
Desgarraste divisas de esmeralda,
¡Mecida por el són de mis canciones,
Duerme sobre los hierros de mi espalda! —

Al escuchar las notas de tu acento,
Sentí una llama recorrer mis venas,
Y al perderse tu imagen en el viento
Con su flotante manto de azucenas,

—¡Patria!—clamé, postrándome de hinojos,—
Deja que bese el polvo que levanta
La orla de esa bandera, en donde canta
Su himno de luz el astro de tus ojos:

Y cuando al bendecirte el labio mío,
Te nombre con la ráfaga postrera,
¡Vela piadosa mi cadáver frío
Con la nube de luz de tu bandera!—

III

Antes de hundirte en el confín lejano,
Labraste pensativa con tu mano
Del crepúsculo azul sobre el misterio,
¡El mapa colosal de un hemisferio,
El mapa de mi mundo americano!

¡Pronto de tus fronteras la estructura
Encontró mi ternura!
¡Eres de un corazón la semejanza!
¡De un corazón de roja encarnadura
Y lleno de visiones de esperanza!

¡Y corazón de América te quiero,
Comarca del Crucero,

Por tu virilidad, por tu altruísmo,
Por tu amor al trabajo y á la idea,
Águila que impasible se pasea
Por los bordes del borde del abismo!

¡Que de la paz bajo el dominio leve,
Mires fructificar los ricos dones
Que á la bondad de Dios tu suelo debe,
En nuestros diez y nueve
Departamentos, cármenes, regiones!

En tí, del Uruguay sobre la orilla,
Igual á un ave que plegó las alas,
El Salto, cuando el sol naciente brilla,
Esponja de sus pámpanos las galas.
Mostrando el néctar puro
Del racimo dorado y ya maduro,
Crece en sus huertos con vigor la cepa,
Que abrazada al varal ó asida al muro,
Verde y hojosa y lujuriante trepa.

Si hoy canta de las vides la victoria,
Si hoy celebra los triunfos de la azada,
Ayer el Salto concurrió á tu gloria
Con el tajante filo de su espada.
¡Fué allí donde sintiendo el noble fuego
De los que nunca morirán esclavos,
Tus huestes humillaban á Dorrego
En los reñidos choques de Guayabos!

Soriano en tí levanta la cabeza,
De recuerdos históricos circuída,
Brindándole las mieles de la vida
El seno de la gran naturaleza.
¡Aun vaga allí la sombra
De nuestro Abayubá, del héroe indiano!
¡Aun su acento te nombra
Cuando median las noches de Soriano!
¡Aun el libertador grito de Viera
Escuchar, madre, con orgullo puedes,
Oyendo lo que dice tu bandera
Al cimbrarla los vientos de Mercedes!

¡Mercedes la gentil, la bien llamada,
La de las dulces tardes misteriosas;
La odalisca sin penas reclinada
Bajo un dosel de alejandrinas rosas;
La de los tules de flotante raso
Con que se envuelve al espirar el día,
La enamorada eterna del ocaso,
El mejor de tus huertos, patria mía;
La encarnación del cielo del profeta,
La musa indiana de flotantes rizos,
En tí, á los soplos de la brisa inquieta,
Mueve sus jazmineros primerizos!

En tí está Paysandú, toda esperanza,
Toda olvido y perdón, toda sembrado,
Deshaciendo los hierros de su lanza
Para fundir los hierros de su arado;

Mecida del Daymán por los rumores,
Del Queguay reflejada en los cristales,
Se entrega del trabajo á los amores
Entre aromas de agrestes cafetales
Y rústicos idilios de pastores.

Quiere olvidarse de la edad ingrata
En que probó su estoica bizarría,
Ay! porque el aire de los muertos mata,
Como Byron decía;
Y allí donde sonaban confundidos
El lúgubre tronar de los cañones,
La queja funeral de los heridos,
Hoy suenan del labriego las canciones,
Del hereford y el durham los mugidos!

En tí Rocha sus bosques de palmares,
Que tienen luz de luna en el plumero,
Inspira los melódicos cantares,
Las dulces serenatas del boyero;
Y Artigas, del Cuareim en la ribera
Y del agreste Cururú en la falda,
El cuarzo brillador de sus mangueras
Pule sobre las fértiles praderas
Que el Catalán tapiza de esmeralda.

El azúcar dorado,
Preso en las ceras del panal sabroso,
Fabrica en tí la virgen Maldonado
Junto á las zarzas del Aiguá espumoso;

Y de la luna al rayo nacarino,
Cuando cierran sus flores los ceibales,
Pide al lobo marino,
Que de sus islas duerme en los breñales,
La codiciada piel de urdimbre fino.

En tí teje sus parvas Canelones,
Flores columpia el mar de sus espigas,
Y del maizal los exquisitos dones
Premian de Cerro - Largo las fatigas.
En tí Tacuarembó brinda á la sierra
El tronco secular, donde el pampero
Tañe iracundo su canción de guerra,
Y buscando al monarca de la tierra
Rivera empuña el pico del minero.

En tí Minas levanta,
De cien arroyos entre el dulce ruido,
Las sierras en cuya áspera garganta
Cuelga el zahareño gavilán su nido;
Y entre las sombras de la noche fría,
Cuando los astros sobre el mar rielan,
¡Parecen, con su gris mole sombría,
Avanzada de cíclopes que velan
Tus sueños de ventura, madre mía!

En tí el Durazno escucha el tremolante
Esquilón ronco de sus mansas reses,
Y de la paz en el regazo amante,
Río Negro traza el surco de las mieses;

Sobre el trébol en flor de sus praderas,
Treinta y Tres vive en eternal verano,
Y entre silvestres grupos de moreras,
La Colonia, con brío soberano,
Arranca el bloque oculto en sus canteras.

Tendida entre los lauros de su historia,
San José, de trigales circundada,
Recibe en tí los besos de la gloria
Acariciando el filo de su azada;
Y la Florida en tí, con torva frente,
Atiza aún los fuegos de la hoguera
Que al difundirse por el patrio ambiente,
¡Doró la luz de sol, siempre esplendente,
Que brilla en el azul de tu bandera!

Y entre quintas de rosas como armiños,
Bajo celajes de topacio y grana,
¡Vive en tí la ciudad de mis cariños,
La ateniense, la invicta, la troyana!
¡En tí Montevideo, la ciudad mía,
La ciudad de mis últimos amores,
Cuna hechicera donde nace el día,
Sonríe bajo el manto de sus flores!

Salve, ciudad natal, cuyo presente
En porvenir transforma mi deseo;
Cuando la tarde agonizar se siente,
¡El sol gira su disco hacia el oriente
Para verte otra vez, Montevideo!

Cada una de tus calles está unida
A un párrafo del libro de mi vida:
Los añosos ombúes de tus huertas
Sombrearon mi niñez, ciudad querida,
Dejando en tus altares,
¡Mi juventud, sus esperanzas muertas!
¡Mi edad viril, sus cívicos cantares!
La reconquistadora,
La muy noble y muy leal, la hospitalaria,
¡Hazme oir, al llegar la última hora
De mi vida sin brillo y solitaria,
Los bronces que cantaban su plegaria
Cuando abrí mis pupilas á la aurora!

IV

Patria, donde nací; patria, que adoro
Lo mismo que el soldado á su bandera,
El labrador á los trigales de oro,
Y el zorzal á la dulce primavera;
Tierra del sol, la de los claros ríos,
Si alejado de tí, doy con la muerte,
¡Tan sólo sentirán los ojos míos
Cerrarse, oh patria, sin volver á verte!
Tierra, donde se escuchan los reclamos
Estivos del churrinche y del boyero;
La del burucuyá de sueltos ramos,
La de las cinco estrellas del Crucero:

Patria, donde los verdes picaflores
Se acoplan sobre océanos de espigas:
Patria de las banderas bi-colores:
Patria de Zapicán, patria de Artigas:
¡Quiero que tu visión, puesto de hinojos,
Me contemple á sus pies, siempre rendido,
Cuando á cerrar mis fatigados ojos
Venga el ángel del sueño y del olvido!
Y quiero que tu nombre, generosa
Madre de mi idolátrica ternura,
¡Brille escrito en el mármol de la losa
Que cierre mi modesta sepultura!

ÚLTIMO INTERMEZZO

DE REGRESO

¡Oh campos en que alegre y placentera,
Sin miedo á las zozobras del mañana,
Corrió mi edad primera!
¡Oh feraces llanuras que engalana,
Con su verde mantel, la primavera!

¡El goce de miraros
Hace subir á mi pupila el lloro,
Mares de espigas, arroyuelos claros,
Follajes de esmeralda que al cimbraros
Nos dais la sed de vuestros frutos de oro!

¡Aun el terso cristal canta y murmura,
Bajo el grupo de palmas, sus amores;
Y derramado en ondas de frescura,
El viento de los guindos me satura
De rústicos olores!

¡Aun moviendo sus ramas, el granado
Me convida á trepar, constante amigo
Por el fruto inclinado,
Donde buscan las aves un abrigo
Contra las rojas luces del nublado!

¡Ya estoy aquí, zorzales
Que cantáis los amores del romero,
Fabricáis vuestro nido en los ceibales,
Y os mecéis con las brisas estivales
Posados en los juncos del estero!

¡Ya estoy aquí, canturia trinadora,
Del viento pampa en la enramada espesa,
Que perfumas tu veste onduladora
En la red de la virgen zarza - mora
Y en el rojo incensario de la fresa!

¡Salve, vieja enramada,
A quien veo subir, siempre lasciva,
Por el ombú de copa esmeraldada!
¡Salve y salve otra vez, tierra nativa,
De maizales y trigos coronada!

HIEDRA DEL MONTE

Ha cumplido la anciana
Más de setenta eneros;
Sus pupilas ven turbio;
Siente frío en los huesos.
Hacia la madre augusta
Se doblega su cuerpo:
¡El árbol secular cimbra y se encorva
Antes de caer mordido por el hierro!

A veces, bajo el palio
De los montes la encuentro,
De la hoguera de aromos
Calentándose al fuego;
La saludo y me mira
Con sus ojos serenos,
En que brilla una luz pálida y triste,
¡La luz de los crepúsculos de invierno!

Evoca, cuando habla,
Patrióticos recuerdos,
Mundos de glorias muertas,
Nubes de usos que fueron.
Queda, después, absorta
Largo rato en silencio,

Y dice levantándose: — « ¡Ya, niño,
No se oyen cantos en los montes nuestros!

« Ya el traje del gaucho
Es traje de pueblero;
¡El chiripá se aleja,
Y el payador ha muerto!
¡Las flébiles guitarras,
Las liras de este suelo,
Enseñan, á los niños y á los mozos,
Canciones que no son las que yo enseño! » —

— « ¡Ya volverán, le digo,
Con sus alegres ecos,
Las trillas de otras veces,
Las hierras de otros tiempos! » —
La anciana se sonríe,
Murmurando muy quedo:
— « ¡Pero aunque vuelvan sus amantes sones,
No volverá mi juventud de nuevo! » —

Crepúsculos benditos
Del uruguayo suelo,
Suspiros de las bocas
Gigantes del Pampero;
Cuando la hiedra plegue
Sus desmayados flecos,
¡Enterradla á los pies de un algarrobo,
En la penumbra de los montes nuestros!

Á TÍ

¡Si eres la roja flor del ceíbo,
La flor querida del mamangá,
Yo seré el viento que fugitivo
Con sus vaivenes te besará!

¡Si eres la avispa que el aguacero
Sobre sus alas formarse ve,
Seré el azúcar del limonero
Y entre perfumes te esconderé!

¡Si eres la gracia, la diminuta
Gracia hechicera del mainumbí,
Seré la copa de la cicuta
Para que labres tu nido en mí!

¡Si eres la yerba que en la cuchilla
Mueve las galas de su verdor,
Seré el cocuyo que tiembla y brilla
Sobre la alfombra del campo en flor!

¡Si eres arroyo, seré sombrío;
Si eres arpegio, seré laúd;
Y si eres triste cadáver frío,
Haré con fibras del pecho mío
Las cuatro tablas de tu ataúd!

EN EL CAMALOTE

Al morir una tarde de otoño,
Lluviosa y opaca,
Un islote columpian los vientos
Del río en las aguas.

En un tronco, que cimbra el islote,
Un nido se alza,
Donde asoman dos aves pequeñas
Sus frentes aun calvas.

Sobre el nido, tendida é inmóvil,
La madre se halla;
Sobre el nido, que azota la lluvia
Y sacuden del viento las ráfagas.

Cerca de ella, muy cerca, el esposo
Con sus píos más tiernos le habla,
Enseñando á la madre la orilla
Que muestra á lo lejos su muro de ramas.

Triste mira la esposa á las aves
De frentes aun calvas,
Y á la noche que ya en el espacio
Sus tules desata.

Con un pío más fuerte el churrinche
De nuevo la llama,
Y se pierde después en la orilla
Volando con ansia.

Mira entonces la madre á sus hijos
Con dulce mirada,
¡Y los cubre mejor de la lluvia
Abriendo con fuerza las húmedas alas!

OTOÑAL

El hálito homicida de otoño frío
Sus risueños matices robó á las flores,
Y en las viejas achiras, que besa el río,
Ya no cantan las aves coplas de amores.

Como mustios dormitan nuestros juncales,
Ya no vienen á verlos las mariposas,
Ni en los pinos las brisas matutinales
Modulan sus endechas siempre armoniosas.

Está el monte de alegre verdor desnudo,
Sin aromas el aire, nublado el cielo,
Son eternas las noches, y el viento rudo
Sus alas de los ríos templó en el hielo.

Las hojas amarillas cubren los prados,
Parecen esqueletos tus pasionarias,
Y en los nidos, que tiemblan abandonados,
La ventisca murmura roncas plegarias.

Pero para nosotros, dueño querido,
La estación de las brisas y de las flores,
La estación de los cantos no ha concluído:
¡Le sirvieron de albergue nuestros amores!

¡De la luz de diciembre la roja llama
Centellea en tus ojos idolatrados,
Y la brisa, que apenas roza la rama,
Copia mal mis suspiros entrecortados!

¡Cautiva de tus labios la fresca rosa,
Si la luz de tus ojos ciega y ofusca,
Y es mi boca sedienta, la mariposa
Que del rojo capullo las mieles busca!

¡De tu acento las notas bien acordadas
Envidian los boyeros de parda pluma,
Y es tu risa el arroyo que en las cañadas,
Con sus perlas fabrica tules de espuma!

¡Ilusión que mis noches de ensueños llenas,
Bálsamo que mis hondas angustias calmas,
El mes en que se entreabren las azucenas
Ha hecho nido en el fondo de nuestras almas!

LA SECA

El agua del arroyo
Se fué gimiendo
A hacer nido en las nubes
Blancas del cielo;
¡La brisa leve
No encuentra pastizales
Donde mecerse!

¡El sol es una llama
Calcinadora
Cuyo beso lascivo
Tuesta las frondas,
Hierve en las peñas,
Los racimos arruga
Y el suelo agrieta!

¡Con cansado volido
Cruzan las aves
En busca de algo verde
Donde posarse;
Todo está triste,
Y entre zumbidos sordos,
Pasan los cínifes!

¡A la tierra caliente,
Que fué laguna,
El potro arrodillado
Las fauces junta,
Y el cuello alarga
Soñando con el dulce
Rumor del agua!

¡En la copa de un molle
Se quema un nido,
Donde duerme el cadáver
De un pajarito,
Mirando al cielo,
Con las alas tendidas
Y el pico abierto!

De la nutria jadeante
Se oye el profundo
Respirar febricente
Bajo los juncos;
¡Todo lo tuesta
Con sus alas de fuego
La horrible seca!

SIEMPRE Á TÍ

Aunque, como antes, sueño contigo.
Hace ya mucho que no te digo
Que te idolatro con frenesí;
¡Mi princesita de trenzas de oro,
No olvides nunca que yo te adoro
Como á las flores el colibrí!

Sumiso esclavo de tu hermosura,
Vuelvo á jurarte que mi ternura
No sufre cambio ni variación:
¡Puesta á tus plantas tengo mi lira,
Y como siempre por tí suspira
Y es tuyo todo mi corazón!

¡Eres la hiedra que cubre al muro
Cuando la tarde rasga su obscuro
Manto de sombra, su manto gris;
Y el chajá lanza su voz de alerta
Cruzando el cielo de la desierta
Campiña verde de mi país!

¡Eres la sombra que dá la parra
Cuando en las cuerdas de la guitarra
Del mediodía ríe el fulgor,

Y en lo amarillo de los rastrojos
Se besuquean los peti - rojos
Que ha perfumado la zarza en flor!

¡Eres el canto con que el boyero
Dice á la luna que yo te quiero
Cuando las doce rozan tu sién,
Y en la celdilla de las crisálidas
Brillan del tuco las luces pálidas
Con lo fosfórico de su vaivén!

¡Soy tuyo siempre, mi prometida!
¡Tuyo, tan tuyo, que está mi vida
Donde tú alientas, donde estás tú!
¡Tuyo, tan tuyo, dueño querido,
Como es del suelo, que le ha nutrido,
La vieja savia del viejo ombú!

FRÍOS DE OTOÑO

Pon tu mano en la mía
Y reclínate en mí, si estás cansada,
Musa de mi campestre poesía
Con hiedra de los montes coronada.

Sus dulces resplandores
El sol de los otoños centellea,
Y se amustia la luz de los amores
En el cristal de tu pupila hebrea.

Las campánulas rojas
Se doblegan marchitas en el llano,
Y el fruto, bajo el toldo de las hojas,
Siente las mordeduras del gusano.

Sobre el ceibal sombrío
Pasan anuncios de flotantes brumas,
Y en las achiras del confín del río
Peina el flamenco sus rosadas plumas.

Pon tu mano en la mía,
Y ven á respirar el tenue aroma
De los zarzales donde supe un día
Que eran míos tus sueños de paloma.

Sus últimos olores
Estimulen tu amor adormecido,
Y conservemos sus postreras flores
Para adornar los jarros de tu nido.

Después pondrás sus hojas
Sobre tu corazón, al norte abierto,
¡Cómo se cubre de camelias rojas
El helado ataúd de un hijo muerto!

SIN TÍTULO

De todo lo que dicen se deduce
Que no me quieres ya:
¡Qué hemos de hacerle! ¡El tordo ya no alegra
Las noches del ceibal!
¡Qué hemos de hacerle, si el amor se ha ido
Y no te hechizan ya
Ni mis plegarias, de ternura llenas,
Ni de mis ojos el ardiente afán!
¡Qué hemos de hacerle, si arrojaste al agua
El sueño del hogar,
Y el camalote se perdió en el río
Y hacia otras playas navegando va!
¡Qué hemos de hacerle, si la luz no brilla
Sobre el mantel del descuidado altar,
Y las campanas de la vieja torre
En quietud muda para siempre están!
¡Qué hemos de hacerle, si amustió el otoño
Los gajos del butiá,
Y del deshecho camuatí se aleja
La emigradora avispa del juncal!
¡También tu imagen, la divina imagen
De lo que quiero más,
Como una estrella que se hundió en la sombra
El dedo de los años borrará!

¡Y entonces, cuando el fuego no calcine
Los conos del volcán,
De la tristeza amarga de estos días,
Una tristeza dulce nacerá!
¡Qué hemos de hacerle! ¡Los veranos pasan!
¡Febrero es muy fugaz!
¡También las horas del cobarde olvido
Pronto, muy pronto, para mí vendrán!

LA GUITARRA

En el arte musical
Ningún instrumento alcanza
Las vibraciones que lanza
La guitarra nacional;
Rompe en notas de cristal
Que estremecen el oído,
Y con tan dulce sonido
Canta frases de pasión,
Que repiten su tañido
Las fibras del corazón.

Simboliza en paz y en guerra,
Con sus rítmicos clamores,
Los placeres, los dolores,
Y las glorias de mi tierra;
Todo en su canto se encierra,
Todo en su arrullo palpita,
Desde la estrofa bendita
Del himno libertador
Hasta el beso de la cita
Bajo el algarrobo en flor.

Ya se cimbra lastimero
Su acorde triste y sin fin,

Como el tallo del jazmín
En las puestas de febrero;
Ya es arroyo que ligero
Entre guijas corre y salta,
Con su espuma las esmalta
Y enseña música al nido
En la palmera más alta
Por dos zorzales tejido.

Ya se eleva su canción
Suspirante y sin aliño,
Como copla de cariño
Lanzada en el pericón;
Ya precipita su són
En vertiginosa escala,
Que serpenteando resbala
Con hechizo singular,
Lo mismo que la luz mala
En el ombú secular.

No hay en el mundo armonía
Que yo á la suya prefiera;
¡Nadie cambia de bandera
Y la guitarra es la mía!
Si amorosa desvaría
Pone celoso al hornero,
Y si reta al extranjero
Tiene, en su rudo lenguaje,
Del charrúa y del matrero
La independencia salvaje.

¡Con cuánta dulzura suena
Si canta amantes enojos,
Hasta humedecer los ojos
De una linda faz morena;
Y cómo, de orgullo llena,
Si en nuestra historia se inspira,
Tiene arrebatos de lira
Y arranques de himno triunfal,
Que en brusco crescendo gira
Por las cuerdas de metal!

¡Si en la noche de las palmas
Entre saudades se pierde,
Lleva por el campo verde,
Lejos, muy lejos, las almas;
Y de la puesta en las calmas,
Sobre el crestón de la loma,
Tiene arrullos de paloma
Y tiene ruidos de tul,
Cuando el primer astro asoma
En nuestro horizonte azul!

Cuenten otros los primores
De la música italiana,
Y la armonía alemana
De wagnerianos rumores;
¡Yo, nacido entre las flores
Del Uruguay placentero,
Amo las cuerdas de acero
Que me enseñan á cantar,

Y en que hace nido el boyero
De la musa popular!

¡La de la hierra y la trilla,
La del pericón airoso,
La sentada en el rugoso
Ombú puesto en la cuchilla;
La que sabe la sencilla
Historia de la tapera,
Donde un vengador espera
La cruz, labrada á cuchillo
Con la rústica madera
De dos gajos de espinillo!

¡Con qué audaces vibraciones
Su cinta de arpegios lanza,
Cuando al compás de la danza
Se mueven los corazones;
Y qué tristes sus canciones
Le parecen al oído,
Cuando el ave vuelve al nido
Arrullada por la nota
Que como un rezo perdido
Sobre nuestros campos flota!

¡Y qué no acierta á decir
Bajo el nocturno crespón,
A las plantas del balcón
Que no se quiere entreabrir!
¡Malhaya la que al sentir
De sus caricias la queja,

Blancos cendales no deja
Para escuchar con afán
Lo que suspira en su reja
La guitarra de un galán!

¡Ninguna pinta mejor
Las costumbres de mi tierra,
Las hazañas de la guerra,
Y los lances del amor;
Cuando su dulce rumor
Se alza rítmico y sereno,
Surge el semblante moreno
De la mujer anhelada,
Reclinando en nuestro seno
La cabecita adorada!

¡Y si peligra el altar
De las patrias afecciones,
Si el ruido de los cañones
Truena en barranca y palmar,
Su patriótico cantar,
Con coraje y sin desmayo,
Nos habla del limpio rayo
Del sol que brilla fecundo
En las banderas de Mayo,
Libertadoras de un mundo!

¡Oh noble patria de Artigas,
Patria de los Treinta y Tres,
Que has calentado tus pies
Con banderas enemigas;

Tú que al sol radiante obligas
Á que azule tu pendón,
Si alguna vez la invasión
Hunde en tu pecho sus garras,
Llámanos con el bordón
Más ronco de tus guitarras!

Llámanos, que ante el sonido
De las liras nacionales,
Ante los ecos marciales
Del bordón enardecido,
Los que tu seno ha nutrido,
Los que amparan tus banderas
Y al sol de tus primaveras
Cultivan sus ilusiones,
Triple muro de fronteras
Te harán con sus corazones!

¡Voz de las cuerdas de acero
Que en mi espíritu resbalas
Como el roce de unas alas
En los juncos del estero,
No olvides que sólo quiero
Para endulzar mi agonía,
Que cuando la muerte fría
Me dé su beso nupcial,
Me circunde de armonía
La guitarra nacional!

ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES

I

¡Duerma en el seno de la madre altiva
El que á la madre con el arpa honró!
¡Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

¡Colgad el arpa de bruñido acero
En la flexible cripta del palmar;
Que la encuentren las rachas del pampero,
Su soplo inspirador, menos ligero
Que el pangaré gallardo de Celiar!

¡Que la estrella del Sur circunde y dore
El arpa con su nítido fulgor,
Cuando el zorzal entre los guindos llore
Y se despierte el puma concolor!

¡Cuando se amustie el día en los juncales,
Y en la carda se encierre el colibrí,
Y acaricien las brisas estivales
El purpúreo florón de los ceibales
Donde se cimbra el viejo camuatí!

¡La ruda lira de bruñido acero
Bien en los patrios montes estará,
Entre las verdes cintas del romero
Que ronda zumbador el mamangá!

¡La cercarán de espléndida armonía
Los genios del arroyo y del ombú;
Y á besarla saldrán, cuando huya el día,
Con sus amores virginales, Lía,
Con su salvaje amor, Caramurú!

¡Allí su templo está; de sus canciones
La selva, el numen y el encanto fué,
Donde el charrúa se esparció en malones
Y en las ondas negrea el yacaré!

¡Colgad el arpa de los dioses lares
Donde su copa agita el urunday:
Allí, donde entre esencias y cantares,
Bajo un toldo de ceibos y palmares
Nuestras costas fecunda el Uruguay!

II

¡Duerma en el seno de la madre altiva
El que á la madre con el arpa honró!
¡Entrelazad la verde siempreviva
Al gajo de laurel que conquistó!

¡Duerma, madre, velado por tu gloria
Quien sólo tuvo rimas para tí;
El noble bardo de tu vieja historia,
Que guardaba vibrante en su memoria
El himno triunfador de Sarandí!

¡El rebelde compás de las canciones
En que los viejos tiempos nos pintó,
Con ruido de cureñas de cañones
Y relucir de lanzas se nutrió!

¡Tuvo su numen la beldad severa
Con que se viste de la noche el tul,
Y la cívica fe guardando entera,
Siempre vieron sus ojos tu bandera
Como un fragmento del espacio azul!

¡La contemplaron sus amantes ojos
Siempre teñida en cándido arrebol,
Puesto el altivo corazón de hinojos
Ante la imagen tutelar del sol!

¡Él sorprendió los juegos de la indiada
En las tranquilas tardes del aduar,
Y la súplica, dulce y delicada,
De la vihuela por la novia orlada
Con un ramito de silvestre azahar!

¡Las auras de los ríos le dijeron,
Al mover los cintajos del ombú,
En qué paraje de la costa hicieron
Su nidada las hembras del ñandú!

¡Él supo oir con religioso espanto
Los nocturnos alertas del chajá,
Y perfumar las notas de su canto
En las flores que oscilan en el manto
Del siempre trepador burucuyá!

¡Él nos contó los lances de la yerra,
Las hazañas del lazo y de la res,
Y amante de las cosas de su tierra,
Trébol y espigas emparvó á tus pies!

Tranquilo el trovador puede dormir;
Lo vela el alma de tu pueblo entero
¡Muda y sin cuerdas ya su arpa de acero,
Y las liras gigantes del pampero
Sus estrofas dirán al porvenir!

EL CICLO MODERNO

PRELUDIO

Venga la guitarra, la de alcurnia mora,
La de azules lazos, la que ríe ó llora
Según goce ó pene vuestro corazón,
Porque á vuestro duelo y á vuestra alegría
Mi guitarra anuda, mi guitarra envía
El mensaje amigo de su orquestación.

Si lloráis á un hijo que murió en la guerra
Y queréis de flores tapizar la tierra
Donde aquel valiente sepultado está,
Mi guitarra zurce, bajo el sol nativo,
Versos como rojos broches de ceíbo,
Rimas como gajos de burucuyá.

Si acaso una virgen vuestro amor desdeña,
Mi guitarra zurce la copla que sueña
Con un dulce idilio de ambiente montés;
Mi guitarra arrulla como una paloma,
De las que se besan cuando el sol desploma
Su luz de la noche callada á los piés.

¿Qué queréis que os cante? ¿qué queréis que os cuente?
Hasta que la aurora colore al naciente,

Mi garganta [illegible] [illegible] y cantar;
¿Sabéis lo que el trueno le dice al sauce?
¿Sabéis lo que al sauce le murmura el río?
¿Sabéis qué hacen los duendes por el [illegible]?

¿Qué queréis que os cuente? ¿qué queréis que os cuente?
¿Un cuento de brujas? ¿Un cuento que espante?
¿El cuento de amores del ave y la flor?
¿El cuento terrible del asesinado
Que todas las noches discurre con su [illegible]
Siempre sobre el rostro de su matador?

¿Qué queréis que os narre? ¿qué queréis que os cuente?
¿El cuento del niño que cayó en la fuente
Limpia y bullidora del cañaveral,
Y vió con gozo, pálido y claro,
Los [illegible] cantos con que le arrullara
La madre dormida cerca del [illegible]?

¿Qué queréis que os cuente? ¿qué queréis que os narre?
¿La historia del brujo que en el aquelarre
Del macho-brujo [illegible] [illegible]?
¿La leyenda [illegible] del salamanquero
Que era, por las tardes, [illegible] en el [illegible]
Y era, por las noches, [illegible] en el [illegible]?

Yo sé muchas cosas; yo sé muchas cosas,
Como que conmigo conversan las rosas.
Las rosas me han dicho lo del cardenal.

El de los copetes de matiz de fuego,
Que catorce días voló sin sosiego
Buscando á una estrella de color lilial.

Yo sé muchas cosas dulces y benditas,
Conozco el lenguaje de las margaritas
Y aprendí el lenguaje del mirlo cantor;
Soy el confidente de la pasionaria,
¡El lirio me dice su dulce plegaria
Y el zorzal me enseña sus credos de amor!

Yo sé muchas cosas dulces ó severas;
Hay en mis cantares cimbros de banderas,
Nubes como lagos de hervidor carmín:
¡Hasta que despunte la gloria del día,
Pondrá en sus canciones la guitarra mía
Murmullos de arroyo y ecos de clarín!

LA GUERRA CIVIL

I

Surge del seno de la noche fría
Una visión tan pálida y tan triste,
Tan llena de mortal melancolía,
Que la musa á cantarla se resiste.
Y dice la visión de los crespones:
— «¡Cuando vuestras divisas despiadadas
Levantáis sobre el sol de mis pendones,
Las miran mis pupilas azoradas
Como Daniel al foso de los leones!
¡Ya basta de llanuras
Cubiertas de cadáveres y abrojos,
Sin surcos llenos y sin fuentes puras!
¡Enjugad de las madres el bendito
Llanto de pena, y alegrad sus ojos
Donde brilla un amor que es infinito!»

II

Muchas veces la madre dolorosa
Sollozó así, cuando en contienda franca
Se mezclaron, con furia rencorosa,
El pendón rojo y la divisa blanca.

¡Nadie la oyó! ¡los cánticos guerreros
Bruscos ahogaron su doliente grito,
Sin acertar á ver que los aceros
Iban á herir su corazón bendito!
¡Esposa sin amor, madre sin suerte,
Odia el salmo triunfal de la metralla,
Y sufre las angustias de la muerte
Siempre que rueda un muerto en la batalla!
¡Oh desgarrante y lúgubre amargura!
¡Oh materno dolor indefinido!
¡No compartir del triunfo la ventura,
Y no poder llorar con el vencido!
¡Son tus hijos, tus héroes, — madre mía, —
El matador y el mísero que azota
Con frías manos á la tierra fría,
Buscando un resto de su lanza rota!
¡Contienda de leopardos y jaguares!
¡Todo el que muere en el clamor sombrío,
Deja un puesto vacío en tus hogares
Y un sitial deja, en tu festín, vacío!
¡Llora, madre, la lucha fratricida,
Y de tu lloro el bendecido riego
Caiga en el campo de la lid reñida
Para apagar de la contienda el fuego!
¡Oh la guerra civil! ¡la guerra odiosa!
¡El cadáver flotando en la laguna,
La viudez sin consuelo de la esposa
Y la orfandad sobre la hambrienta cuna!
¡Apartemos temblando la mirada
Del campo de la bárbara pelea,

Madre infeliz por el destino armada
Con el puñal sangriento de Medea!

III

¡Cuántas veces, oh madre, la llanura
Que soñaba en reposo,
Oyó en las sombras de la noche obscura,
De nuestros bandos el chocar rabioso!
¡Noches de maldición! ¡gemía esclava,
Nuevo Jesús pendiente del madero,
La patria, del caudillo que llevaba
La divisa triunfante en el sombrero!
¡Iban las montoneras
Agitando, al pasar, las banderolas
De sus lanzas guerreras, —
Como ríos que invaden las praderas
Y que todo lo arrasan con sus olas!
¡Hasta el niño crecía
Como si el jugo del materno seno,
Que entre blandir de lanzas le nutría,
Derramase en sus venas el veneno
Con que emponzoña el aire la anarquía!
¡De la lid ciclopéa
No presidía el temerario arrojo
Ninguna grande y salvadora idea!
¡Se moría en la bárbara pelea
Por amor á lo blanco y á lo rojo!

IV

Escuchad con el alma dolorida
El épico cantar de nuestra historia,
Los que aun creéis que el choque fratricida
Conduce á los palmares de la gloria.
¡Montevideo, crustáceo que escondido
Bajo el broquel de su armadura inmensa,
Con sangre escribe, sobre el patrio nido,
La troyana canción de la defensa!
¡Paysandú que, valiente y denodada,
Rueda entre el humo del cañón sombrío,
Destrozado el arnés, rota la espada,
Pero inmortal por su indomable brío!
¡Montevideo, sitiada y defendida
Por largo tiempo con viril firmeza!
¡Paysandú la marcial, de muerte herida
Como el cóndor herido en la cabeza!
¡Nos dicen que la madre que adoramos,
La madre de que os hablan mis canciones,
Siempre que en las cuchillas pleiteamos,
Hace bien en vestirse de crespones!
¡Memorias de dolor, días sin día,
No volváis nunca á nuestro patrio cielo,
Y en lo más hondo de la noche fría
Yaced ocultos bajo triple velo!
¡Cuando de la ambición el grito odioso
Quiera turbar vuestra mortuoria calma,

Haced que pase el grito rencoroso
Sin dejar rastro en el cristal del alma!
¡Todo el amor lo endulza y lo concilia!
¡Dejadnos encender de los amores
La llama en el hogar de una familia
Dueña de un huerto que desborda en flores!
¡Cruce los campos de la patria entera
Un grito, anuncio de concordia franca,
Fundiendo en el azul de su bandera
El pendón rojo y la divisa blanca!
¡Alcemos de la paz el estandarte!
¡Contestemos al grito del pasado,
Con las conquistas plácidas del arte
Y con los nobles triunfos del arado!
¡Las sordas voces de la rabia vieja
No llenarán de nuestra historia el hueco,
Cuando lo rojo anule á Lavalleja
Y haga lo blanco añicos á Pacheco!
¡Por más altares que el rencor derribe,
Siempre habrá quien recuerde en sus canciones,
Que en Ituzaingó batallaba Oribe
Y que triunfó Rivera en las Misiones!
¡Del génesis viril de nuestra historia,
Conjunto de denuedos y fatigas,
Está de pie, para velar la gloria,
El indomable pabellón de Artigas!
¡Lejos de compartir nuestros rencores,
La insignia ruda, la inmortal bandera,
Con sus heroicas listas tricolores,
Guarda el sueño de Oribe y de Rivera!

¡Flote del odio la estridente nota
Sobre las gestas de la edad pasada,
Como el cadáver putrefacto flota
Sobre la espuma por el viento alzada!
¡Pero no llegue al hoy el ronco grito,
No llegue al hoy el ronco clamoreo
Que se alzó, como un muro de granito,
Entre las curvas lomas del Cerrito
Y mi siempre gentil Montevideo!

V

¡Oh dulce madre mía,
Corre hacia el porvenir, corre hacia el día!
¡Que desplegando las latinas velas,
Blancas como el plumaje en las gaviotas,
Por el sendero azul de las estelas
Y en el corcel marino de sus flotas,
Te envíen las naciones
El comercial tributo de sus dones!

¡Que el mármol engendrado
En tu fecundo y desbordante seno,
Por el buril de Fidias trabajado,
Sea mañana el obelisco alzado
Al numen de lo hermoso y de lo bueno!

¡Que liben en tu copa
La antigua austeridad republicana,

Los que vienen del suelo de la Europa
Al suelo de mi tierra americana;
Y te vean los odios del pasado,
Vencedora del tiempo y la fortuna,
Sobre el trono del yunque y del arado,
Teniendo, por ejército sagrado,
La tela, el bronce, el libro y la tribuna!

¡Que de tus hijos el ferviente coro
Cante á las vides, al naranjo de oro,
Al maíz rubio y á la rubia aurora,
Pensando que el mejor de los deberes
Es cultivar los cármenes de Flora
Y recoger las dádivas de Ceres!

Que vivas, sin recelos,
Grande en la paz, hidalga en tus anhelos,
Y cruce, al fin, tus fértiles praderas
Un grito, anuncio de concordia franca,
Fundiendo en el azul de tus banderas
El pendón rojo y la divisa blanca,
¡Como esos dos colores,
En tu cuna de heroísmos y fatigas,
Se mezclaban, sin odios ni rencores,
En los gallardos pliegues crujidores
De las banderas de tu viejo Artigas!

LA YERRA

—

INVOCACIÓN

Trovadores, que ufanos
Ceñís á vuestra lira
La flor del arazá de nuestros llanos,
¡A la patria ofreced vuestras canciones!
¡Todos los ritmos que el laúd suspira
Cuando rozan sus cuerdas las visiones!

¡Tienda el numen su vuelo
Por el azul turquí de nuestro cielo;
Remonte los barrancos,
Donde mueve el ombú su terciopelo
Y el río agita sus encajes blancos;
Recorra la pradera,
Alfombrada de trébol y gramilla
Por el sol de la dulce primavera;
Y al plegar de sus rémiges el oro,
Haga noche en el cerco florecido,
Donde gorjea el cántico sonoro
De las aves tendidas sobre el nido!

El vuelo de la garza del islote,
Que se pierde en las toscas de la ría

Y acaricia, jugando, al camalote;
El sauce, con blancuras de paloma,
Que cimbrea su grácil vestidura
Cuando cruza el crepúsculo la loma;
El tardo paso de la res bovina
Que, mugidora y mansa,
Hacia el rústico aprisco se encamina,
Y el alero campestre en que descansa
De su viaje otoñal la golondrina,
¡Hallen cabida en la vibrante endecha
Y en la estancia viril de ardientes sones,
Que, como sale del carcaj la flecha,
Salen de las artísticas visiones!
Con las flores moradas
De los burucuyás; con las bermejas
Flores del ceibo donde están posadas,
En su embriaguez de azúcar, las abejas;
Con los capullos del azahar silvestre,
Que el sol pinta de cándidos destellos,
¡Tejed coronas y adornad con ellas
De vuestra musa virgen los cabellos!

¡El cáliz encarnado
De la gentil campánula, nacida
En nuestro suelo fértil y ondulado;
El lindo colibrí, la flor con alas,
Puesta sobre el columpio del romero
Que el estío cubrió de azules galas;
Os piden que, cantando sus hechizos,
Tejáis, con su plumaje de esmeralda

Y sus pétalos rojos, la guirnalda
De vuestra musa de flotantes rizos!

No acerquéis vuestra frente
Al beso frío de la musa ajena:
Pedid caricias á la musa ardiente
De ojos obscuros y de tez morena;
¡Á la musa, que triste y soñadora,
Hace llorar de amor á la guitarra
Junto al rancho con techo de totora!

¡Esa la musa sea
Que inflame, con sus besos, nuestra idea!
¡Esa, la musa del aduar salvaje;
La de los viejos himnos de victoria;
La que lleva, pintado en su ropaje,
El blanco y el azul de nuestra gloria!

¡Venid en alas de la noche obscura,
Genios de las nativas tradiciones,
Los que elegís por nido y por clausura
El tronco de los verdes canelones!
Los que aromáis con mirras del potrero
Vuestras airosas túnicas talares;
Y cantaréis al mundo venidero,
La guerrera canción de los aduares
Y el himno varonil del montonero!
¡Los que sabéis los usos de mi tierra;
Las lúgubres consejas del pantano;
Los lances de la trilla y de la yerra;

Venid, y recogiendo los rumores
Que vagan esparcidos por el llano,
Contadme, sobre el césped de sus flores,
La historia de Teresa y Valeriano!

I

ELLOS Y ELLA

I

La estación de las rosas,
La que viste los campos de gramilla,
Y puebla de pintadas mariposas
El trébol florecido en la cuchilla;

La que aligera el vuelo
Del ave humilde, cuyas plumas pardas
Flotan y lucen explorando el cielo;
La que cubre de verde terciopelo
Las puntiagudas hojas de las cardas;

La que enlaza la vid, con fuertes lazos
Al viejo muro de negruzca piedra;
Y hace que el tronco lata entre los brazos
Trémulos y lascivos, de la hiedra;

La que dirige el rumbo de la garza
Hacia el espejo azul de la laguna
Que custodian los dardos de la zarza,
Y en cada junco del juncal engarza
Cien diamantes llovidos por la luna;

La dulce y placentera
Estación del amor, la primavera,
Con su hálito fecundo y bendecido
Todo lo hace latir, todo lo inflama,
Colocando un hogar en cada nido
Y un nido en cada rama;

Los horizontes dora,
El viejo ombú de la barranca besa,
Agita los bañados de totora,
Y llena, con su música sonora,
La rústica ventana de Teresa.

II

Es Teresa una joven campesina
Cuyos ojos, de ardientes claridades,
El sol de nuestros campos ilumina,
Y que tiene la boca purpurina
Como un clavel partido en dos mitades.

Cuando, resplandeciente de hermosura,
Con su pie, diminuto y delicado,

Roza apenas del soto la verdura,
Esparce el trébol, que tapiza el prado,
Ráfagas de perfume y de frescura.

Se miran con placer los picaflores
En la corriente azul, donde se baña;
Y al morir de la tarde los fulgores,
La besa, con su bruma y sus rumores,
El rudo pedernal de la montaña.

III

Pero sordo al rumor con que la besa
El viento de las cumbres y del llano,
¡El corazón amante de Teresa
Vive para soñar con Valeriano!

Es Valeriano un mozo más moreno
Que la espiga tostada en los trigales;
Que idólatra á Teresa, y que está lleno
De bizarros impulsos naturales.

Son sus largas pestañas como sedas;
Su pañuelo, de nieve y de escarlata;
Su tirador, un lujo de monedas;
Y su agudo puñal, un sol de plata.

Músico y bailarín, cuando puntea
Alguna vidalita gemidora,
Parece que llorando se recrea
El són de la guitarra cantadora.

Como ninguno amable y querencioso,
Cuando en las yerras con su obscuro avanza,
Le mira el mujerío bullicioso
Con ojos de codicia y de esperanza.

Pero á pesar de la afición que inspira,
El viento agreste, que recorre el llano,
Siempre oye que se juntan en su lira
Los nombres de Teresa y Valeriano.

Siempre, desde la tarde en que se vieron
Los dos á solas, junto al claro río,
Y con una mirada se dijeron:
— ¡Dáme tu corazón y toma el mío! —

Siempre, desde la tarde en que cambiaron
Un ósculo de amor con la mirada,
Ósculo que los mirlos escucharon
Muriéndose de envidia en la enramada.

¡Siempre, desde la tarde en que encendida
De su pasión la fúlgida centella,
Concentraron los sueños de la vida
La moza en su galán y el mozo en ella!

IV

Tiene el mozo un hermano
De hercúleas formas y conducta aviesa
Que aborrece implacable á Valeriano
É idolatra frenético á Teresa.

¡Qué espantosa pasión la de los celos!
¡Es un mar infinito de amargura!
¡Es una noche cuyos amplios velos
Van sembrando corrientes de locura!

¡Cegadas por sus ímpetus crueles.
Las humildes torcaces mensajeras
Se baten con encono en los laureles,
Lo mismo que los cuervos y las fieras!

Por eso, renunciando á la esperanza
Y rindiendo á su afán torvos tributos,
¡Se llena de visiones de venganza
El desgarrado corazón de Frutos!

V

Aunque Frutos reprime con empeño
De su pasión el ansia ponzoñosa,
Acaricia el puñal y arruga el ceño
Cuando asiste á la cita cariñosa
De la paisana y del galán trigueño.

Y mientras la enamora Valeriano
Y á Frutos su demencia martiriza,
La primavera huyó, llegó el verano,
Y del otoño la estación plomiza
Hizo rodar las hojas por el llano.

II

LA PREDICCIÓN

I

Se despertaba el día,
Y en torno de sus nidos agrupadas,
Saludaban al sol con alegría
Algunas golondrinas rezagadas.

Al beso de la aurora,
Revivían los árboles helados
Por el rocío que la noche llora,
Y al soplo de la brisa hechizadora
Se movía la hierba de los prados;

Relucía el bruñido
Picacho de las ásperas cuchillas,
Y recobrando su verdor perdido,
Se cimbraban las hojas amarillas.

Se poblaban los aires de rumores,
De balidos de rústicas corderas,
De gritos estridentes de pastores,
Y de cien aleteos zumbadores
Alzados por cien aves placenteras.

Sobre el verde cristal de la laguna
Su última y blanca luz, de haces perlinas,
Dejaba caer el disco de la luna
Que ya iba trasponiendo las colinas;
Y aun de las sombras los encajes fríos
Albergue de las pálidas visiones
Y de los angustiados desvaríos,
Tejían sobre el dorso de los ríos
El chal de las flotantes brillazones.

II

Con la naciente luz de la alborada
Dejó Frutos el lecho en que dormía,
Y se hundió en la maleza embalsamada
Por los húmedos besos de la ría.
Triste y ceñudo el pálido semblante,
Rasgado por los molles del camino,
Iba sin vacilar, siempre adelante,
Por la agreste ribera el campesino.
Y á la confusa claridad, que besa
La abrupta costa de salvajes galas,
Parecía el sediento de Teresa
Una visión de renegridas alas.

Largo tiempo marchó, siempre encendidos
Por mal guardadas lágrimas sus ojos,
Desgarrando su cara y sus vestidos
En la punzante red de los abrojos:

Y al ver, en un recodo del sendero,
Un arbusto en que arrulla dulcemente
A su nidada la hembra de un hornero,
Frutos se sonrió con amargura,
Entregando el nidal á la corriente
Del río que serpea y que murmura.

Después, le causó pena
Acción tan vil, y se apiadó del ave
Que al nido sigue de lamentos llena:
¡Es la primera vez que Frutos sabe
Que hace mal al dolor la dicha ajena!

III

¿Dónde vá Frutos, pálido y sombrío,
Por las malezas de la agreste orilla?
Va, siguiendo las márgenes del río,
Hasta el alto crestón de una cuchilla.

Allí, junto á las ondas que fugaces
Descienden por la rápida ladera
Entre grupos de lianas montaraces;
Bajo aquellos colgajos, donde fiero,
Acechando á la alondra pasajera,
Vive el buho agorero;

En aquella maleza sin frescores
Donde viene á dormir la fiera hirsuta,

Y entre el verdor aquel, falto de flores,
Se abren los negros labios de una gruta.

Y mora en la caverna, donde en vano
Quieren entrar la luz de la mañana
Y los soplos del céfiro pampeano,
La pitonisa del agreste llano,
Una achacosa y singular anciana.

Nunca hizo mal alguno la imprudente
Que arrastra, miserable y perseguida,
Junto al ronco cristal de la corriente,
El abrumante fardo de su vida.

Nunca hizo mal, y su conducta alaba
La rapidez ansiosa con que vuela
Allí donde el dolor sus garfios clava,
Sembrando el bien con hojas de marcela,
De duraznillo y de pareira brava.

Con las cortezas del quebracho cura
De la fiebre las rojas pesadillas,
Y si amenguan los niños en frescura,
Del tártago recurre á las semillas.

Por saber de los simples las virtudes,
Porque hace el bien gozosa y sin jactancia,
La llenan de desdenes é inquietudes:
¡Nunca perdonarán las multitudes
Al que vé más allá de su ignorancia!

IV

Cuando Frutos, saltando los breñales
Y á la trémula luz de la mañana,
Traspuso de la gruta los umbrales,
Vió tendida é inmóvil á la anciana
Sobre una alfombra de hojas otoñales.

— Madre, dijo acercándose el celoso,
Yo quiero á una mujer que me desdeña;
¿No tienes algún unto misterioso
Para domar el alma de mi dueña?—

Siguió luego un silencio prolongado
Por un sordo estertor interrumpido,
Y volviendo hacia Frutos el turbado
Semblante, por la fiebre enrojecido,
—¡Agua! — dijo ella con acento ahogado.

Frutos corrió al raudal, en su sombrero
Recogió un poco de agua cristalina,
Y regresó después, grave y ligero,
Al lado de la pobre campesina.

Apagada la sed que la devora,
Frutos narra la historia de su pena:
De sus celos la furia abrasadora,
El desamor de la mujer que adora,
Y que á vivir muriendo le condena.

Al ver aquel volcán, hondo y bravío,
Que Frutos guarda en el doliente pecho,
La anciana murmuró: — ¡Pobre hijo mío! —
Volviéndose á acostar sobre su lecho.

— ¡No hallo á mi alcance yerba ni mixtura
Que cierre bien los labios de tu herida,
Y pues no han de premiarte esa ternura,
Soporta bravamente tu amargura
Y dí adiós á los sueños de tu vida! —

Frutos bajó la frente encapotada,
Diciendo con acento enronquecido:
—¡Mientras vea la luz de su mirada,
Sangre echará mi corazón herido!—

Y murmura después, torvo y severo:
—¿Nada puedes hacer?—¡Nada, aunque quiero!—
Suspira tristemente la hechicera;
¡Me engañas! dice el mozo.—¡Aunque quisiera
No sabría mentir, porque me muero!

Hondo lamento sofocó la anciana,
Frutos volvió á quedar mudo y sombrío,
Y se escuchó la música lejana
Que entre los juncos sollozaba el río.

Tras esta pausa de huracanes llena,
Con la mirada obscurecida y loca,
Rugió de Frutos la creciente pena:

—¡Pues huyes de los besos de mi boca,
Ninguno besará tu faz morena!—

Y ella, al mirar que la convulsa mano
De Frutos hace el signo del que mata:
—¡Infeliz! exclamó; ¡por esa ingrata
Vas á verter la sangre de tu hermano!—
En el instante aquel vestía al llano
El sol con resplandores de escarlata.

V

Luego la anciana se sentó en el lecho,
Por honda palidez sobrecogida;
Y brotó, desde el fondo de su pecho,
Una especie de tos enronquecida.
Los pómulos salientes se azularon;
Se hizo más honda su pupila ciega;
Y los labios, ya secos, murmuraron:
—¡Es la esperada libertad que llega!—
Y al doblegarse el cuerpo de la anciana
Sobre las hojas de su lecho frío,
Volvió á sonar la música lejana
Que entre los juncos sollozaba el río.

Frutos se descubrió; salió á la orilla;
Hundióse en lo profundo del ramaje;
Y bajo el cielo, que esplendente brilla,
Labró una cruz de ñandubay salvaje.

Después y con el alma hecha pedazos
Volvió á la gruta lóbrega y desierta,
Colocando la cruz, de abiertos brazos,
Sobre el rígido busto de la muerta.
Y al alzarse de Frutos la plegaria
Junto á la mártir silenciosa y fría;
¡Una lágrima, triste y solitaria,
Por la faz de la muerta descendía!

III

LA YERRA

I

Iba cayendo ya la gente al pago,
Como caen sobre el lago
Las garzas, con alegre vocerío,
Cuando se escucha entre la fronda el vago
Susurrar de los vientos del estío.

Desde las más lejanas rancherías,
Y desde los picachos de la sierra,
Bajaba el paisanaje á las sombrías
Donde iban á librarse las bravías
Y gentiles hazañas de la yerra.

Quien jinete en los lomos de un overo,
No muy bien habituado á las caronas,

Que flotante la crin, airoso y fiero,
La agreste soledad cruza ligero
La caricia al sentir de las lloronas;

Quien llevando en las ancas del rosillo,
Una frágil beldad de tez morena,
Cuyos ojos deslumbran con su brillo,
Y conquistada á golpes de cuchillo
De algún ribazo en la caliente arena;

Quien, en fin, de semblante zahareño,
Dirigiendo la ruta de un tostado
Más veloz que las sombras de un ensueño,
Y que proclama el lujo de su dueño
Cón el platal prendido en el recado.

Así van, día á día,
Llegando á la costeña ranchería
Cercana á las vertientes de la sierra,
El músculo, el coraje y la hidalguía
Que han de animar los lances de la yerra.

II

Con el lazo sujeto
En la trenzada cincha del recado,
Se halla un mozo gentil, de rostro inquieto,
Por las urañas reses circundado;

Y cerca del corcel, los pialadores
De ojos muy negros y de tez cobriza,
Se aprontan á mostrarse los mejores
En las rudas proezas de la liza.

Silba del lazo, al fin, la curva inquieta;
Cae de la tropa en el enjambre airado;
Y brama de furor la res sujeta,
Mientras la arrastra el potro amaestrado.

La tropilla, mugiente y azorada,
Galopa entre las cercas del potrero:
Y resiste la fiera encadenada
Á los tirones del corcel ligero.

Vuela la grama de silvestre aroma;
Al lazo se une el pial, bien dirigido:
Y la res prisionera se desploma
Con seco golpe y sordo resoplido.

Sudorosa, jadeante, estremecida,
Con la mirada de terrores llena,
Queda en el campo del honor tendida,
Y al volver á mugir, muge de pena.

Se vé el hierro llegar; fulgura humeando;
Un olor acre se difunde y flota;
Y libre ya la res, huye bramando
A ocultar el rubor de la derrota.

Sin dejar de mugir, se hunde en el traje
Del horizonte azul, la fiera brava:
¡Ya está la res sujeta á vasallaje!
¡Ya lleva el signo odioso de la esclava!

¡Y era de ver la noble bizarría
Del mozo enlazador! ¡la gentileza
Con que su cuerpo sobre el potro erguía,
Echando atrás la varonil cabeza!

¡Y con qué singular desembarazo
El grupo de las gentes pialadoras,
Observa el golpe del tendido lazo
Y repica, al correr, las domadoras!

¡Quién piala de volcado, y quién las fieras
Astas domina sin buscar primores,
Mientras sobre las rústicas hogueras
Se encorvan los chirriantes asadores!

III

Brillando entre los árboles del monte,
Que se cimbra en los límites del llano,
Ya la luz trasponía el horizonte
Cuando entró en la palestra Valeriano.

Desplegaba los tules de su velo
La niebla en las distantes serranías;
Y de las garzas el pausado vuelo

Flotaba entre el verdor de las sombrías
Y el blanquecino azul del mustio cielo.

Se poblaba de místicos rumores
El ondulante mar de las totoras;
Y del sol á los últimos fulgores,
Se envolvían en rústicos olores
Las lacias madreselvas trepadoras.

El martín - pescador se guarecía,
Agitando las rémiges cansadas,
En los viejos sauzales de la ría,
Que lenta y espumosa se movía
En el fondo sin luz de las quebradas.

Ya dejaban los bueyes desuncidos
La carreta de goznes rechinantes;
Y los tordos volvían á los nidos,
Que los vientos cimbraban escondidos
En las hojas cuajadas de diamantes.

Pasaban las avispas rezagadas
En busca del calor del avispero;
Y en las palmeras, por el sol doradas,
Se escuchaban las notas atipladas
Del armonioso canto del boyero.

¡Ah! ¡cuando muere el resplandor del día,
Un velo de suavísima tristeza,
De dulce y singular melancolía,
Se esparce por los campos, por la umbría,
Por toda la inmortal naturaleza!

IV

Echada atrás el ala del sombrero,
De su fiereza y su vigor seguro,
Penetró Valeriano en el potrero,
Sujetando los bríos de su oscuro
Agil y piafador, fuerte y ligero.

Despidió con el gesto y la mirada
Al corrillo de gauchos pialadores;
Y desdoblando el lazo con pausada
Y tranquila actitud, de una zarpada
Lo lanzó entre los toros bramadores.

Un brusco resollar enfurecido
Siguió á la acción del musculoso brazo;
Forcejeó el toro por la lonja asido;
Pasó un instante, y se escuchó el silbido
Que hizo al romperse con violencia el lazo.

Y antes de que el doncel al golpe acuda,
Hasta el caballo, que resopla fiero,
Llegó la res indómita y sañuda,
Haciéndole rodar con fuerza cruda
Sobre la verde alfombra del potrero.

Se oyó un ay! de dolor; salió espantado
El potro huyendo con voraz carrera;

Y quedó, sobre el campo ensangrentado,
El mancebo, tendido y desarmado,
Frente á la armada y vengativa fiera.

¡Ante aquel cuadro que terror la inspira,
Por los horrores de la angustia opresa,
Bajo la luz que agonizante gira,
A Frutos, que observándola suspira,
Miró con muda súplica Teresa!

V

Al sentirse bañado en la mirada
De la mujer cuyos desvíos llora,
En su caballo hundiendo la acerada
Espuela triangular, ¡de una pechada
Rindió el mozo á la fiera bramadora!

Y dando cima al peligroso empeño,
Llevó con indecible ligereza
El herido á las plantas de su ensueño,
¡Contemplando á la pálida belleza
Lo mismo que un mastín contempla al dueño!

Y en ese mismo instante trasponía
La última cumbre el sol; la noche helada
Los negros toldos de su aduar abría,
Y la primera estrella se mecía
En brazos de los céfiros llevada.

Por un extraño aliento sacudidos
Cantaban los arroyos con voz queda;
Se cimbraban los árboles dormidos,
Y había roces de alas en los nidos
Que columpia en sus copas la arboleda.

Besando de los cercos los verdores
Y el cáliz de las mústias campanillas,
Pasaban ya los tucos voladores,
Encendiendo las blancas lamparillas
Que alumbran las alcobas de las flores.

Y sobre el bloque del peñón lejano;
Sobre el verde cristal de la laguna;
Sobre la triste vaguedad del llano;
Sobre Frutos, Teresa y Valeriano
Alzó su disco la silente luna.

¡Una luna de otoño, cuyo brillo
Aclara suave la extensión desierta,
Platea débilmente al espinillo,
Y parece la cara de una muerta
Con su color enfermo y amarillo!

IV

EL CRIMEN

I

Yá no escucha la flor de la campiña
Los cánticos del élitro sonoro;
Yá perdieron las cepas de la viña
Su verde traje y sus racimos de oro.

Yá no mueven sus alas
Las avispas, en torno del romero
Falto de jugos y cerúleas galas;
Yá no se oye, en la noche de los talas,
La hechizadora endecha del boyero.

Yá del río no azota
Las cándidas espumas
El martín - pescador, que vuela y flota
Á merced de los vientos y las brumas.

Yá el cocuyo no brilla
En el quebracho firme y vigoroso;
Ni en el crestón de la áspera cuchilla
Mueve el ombú, con ritmo perezoso,
La copa esmeraldada y amarilla.

Yá pasaron las garzas
Con rumbo hacia la luz y hacia las flores;
Ya no salen, del seno de las zarzas,
Los verdes colibríes zumbadores.

Yá inclinan su plumero,
Con languidez tediosa los palmares;
Y las argénteas rayas del lucero
No logran calentar al limonero,
Que sueña con blancura de azahares.

Yá en el huerto, poblado de tristezas,
Del sol que muere las carmíneas franjas
No endulzan de los guindos las cerezas,
Ni aroman yá la piel de las naranjas.

¡El invierno canoso
Lo hiela todo yá, todo lo viste
De las neblinas con el velo odioso,
Y hasta la Cruz del Sur brilla más triste
Sobre el campo dormido y silencioso!

II

Era una noche fría,
Encapotada por la niebla obscura,
Y en que el norte, silbando con bravura,
Los desnudos guayabos sacudía.

De los campos las yermas soledades
Se veían de pronto iluminadas
Por un zig - zag de rojas claridades,
Tejido por las negras tempestades
En las nubes de fluído cargadas.

Frutos rondaba el rancho de la niña
Bajo las nubes, de amenazas llenas:
¡El hombre con sus penas se encariña
Y es girasol constante de sus penas!

De pronto vió de Frutos la mirada
Á la luz de un zig - zag, que Valeriano,
Dirigiéndose al rancho de su amada,
Cruzaba á pié la soledad del llano.

Le vió pasar del rancho los dinteles,
Y un breve instante contempló en la puerta
Aquel rostro con labios de claveles,
¡Perpetuo imán de su esperanza muerta!

Y á solas se quedó con su agonía,
Con la tortura horrible de sus celos,
¡Mientras en gruesas gotas se rompía
La imponente borrasca de los cielos!

¿Cuánto tiempo pasó? ¡Nunca lo supo;
Mas lo que su alma de vencido sabe
Es que en esa hora de su vida cupo
Todo el dolor que en la existencia cabe!

Cada vez que los vientos le traían
Algún rumor del rancho de Teresa,
Sus celos infernales le decían:
—¿Oyes bien, infeliz! ¡Es que la besa!—

¡Flotaban en el aire las visiones
De su hermano gentil y ella bizarra,
Unidos para siempre entre canciones
Y armoniosos rasgueos de guitarra!

¡Tanto sufrió, que al ver á Valeriano
Salir del rancho al lívido destello
De una centella que cruzaba el llano,
Dió un salto de jaguar, llegó á su hermano
Y su puñal le sepultó en el cuello!

¡Después huyó sin porvenir, sin senda,
Hundiéndose del monte en los zarzales,
Y me dicen que el fin de esta leyenda
Es la muerte de Frutos, en la horrenda
Y fratricida acción de Manantiales!

III

¡Oh tierra en que nací, donde el saúco
Refiere á la cicuta sus amores;
Y en la que esparce su fulgencia el tuco,
Lamparilla nupcial de nuestras flores!

¡Tierra de las nevadas del boyero
Y de los pastizales de gramilla,
Donde entonan su canto placentero
Los ríos al bajar de la cuchilla!

¡Tierra gentil, la de flotantes brumas
Y la de ceibos de rojizas galas!
¡Tierra del picaflor, rosa con plumas,
Clavel del aire que nació con alas!

¡Oh tierra de la luz y de la gloria,
Tierra de los amores sin testigos,
Cuántos cuentos iguales á esta historia
Ocultas bajo el manto de tus trigos!

¡Ábrelo para mí! ¡Cuanto respira
Los vientos, que tus cármenes orean,
Permite ver al numen que te admira,
Y que tuyas no más, bien tuyas sean,
Todas las resonancias de mi lira!

LA CARRERA

Nace una tarde estival
De embriagadora hermosura,
Y la luz del sol fulgura
Como encendido cristal;
Entre un monte y un maizal,
Más rubio que el sol del día,
Ostenta una pulpería
Los hierros de su ventana,
Que con hojas se engalana
Y con flores se atavía.

Del maizal al arbolado
Hay un sendero, en que crece
Un viejo ombú que parece
Pajarera en despoblado,
Donde el viento embalsamado
Por la pasionaria en flor,
Al quebrarse en el verdor,
Gime con son lastimero,
Y donde anida un boyero
Que es un soberbio cantor.

En la tarde de aquel día,
Se agita, de gauchos llena,

Con rumores de colmena
La campestre pulpería;
Bajo la enramada umbría
Que dulce sombra le dá,
El mate corriendo está,
Está la taba rodando
Y una guitarra trinando
Con arpegios de sabiá.

Una morocha encantada,
Cuya vista es acicate,
Templa lo amargo del mate
Con la miel de su mirada:
Linda diamela brotada
En la zona del pampero,
Es tan suave y hechicero
Su perfume soberano,
Que se para sobre el llano,
Para mirarla, el crucero.

La prodiga la reunión
Esa lisonja elocuente
Que hace vibrar dulcemente
Las cuerdas del corazón;
Pero ella, cuya pasión
Esconderse no procura,
Cuando alaban su hermosura,
Vuelve la vista, bizarra,
Al que tañe la guitarra
Bajo la enramada obscura.

Un zambo, de tez curtida
Por el sol de la pradera
Y que á la moza hechicera
Habla con frase atrevida,
Llegándose, con fingida
Indiferencia orgullosa,
Á un alazán que reposa
Junto al joven guitarrero,
Dice: — Le corre mi overo
Á esta rapidez famosa.

— Si la cola es de su agrado,
No pudo elegir mejor, —
Responde alegre el cantor
Al mirarse desafiado;
Replica el otro enconado
Con brusco y torvo ademán,
Vengando en el alazán
Los celos devoradores
Que le inspiran los amores
Del guitarrero galán.

Ya la reunión dividida
Titubea entre el overo
Y el alazán, que es ligero
Como un soplo en la partida;
Con la mirada encendida
Por un reflejo infernal,
Muestra el zambo á su rival
El overo de que trata,
Que es un arroyo de plata
De la testera al pretal.

— La daga que mucho brilla
No es la que corta mejor, —
Dice sonriendo el cantor
Y el alazán desensilla;
Sale, después, la cuadrilla
Hasta dar con el sendero,
Miden el campo, y ligero
Como avestruz asustado,
Arranca el zambo el recado
De los lomos del overo.

El sol, con ráfagas llenas
Pinta de rojo la altura,
Y su reflejo fulgura
En las grandes nazarenas;
La miel hierve en las colmenas,
El moscardón en la umbría
Se embriaga con la ambrosía
De la flor envuelta en llamas,
Y el lagarto sus escamas
Tuesta en el horno del día.

Del sol el hirviente lloro,
Cayendo á plomo del cielo,
Del alazán en el pelo
Brilla con cambiantes de oro;
Y cuando el casco sonoro
Del lindo flete golpea
Del campo de la pelea
La superficie agrietada,
La gramilla maltratada,
Como quejándose, humea.

Al fin, alazán y overo,
Haciendo crujir la rienda,
Dan en copiar la contienda
De la nube y el pampero;
Parten con empuje fiero
Como salto de felino,
Y se estremece el camino
Por donde sus sombras van,
Que es un rayo el alazán
Y el overo un torbellino.

Poco el combate duró,
Que en su frenética huída
La nube de oro vestida
Más que el huracán corrió;
El paisanaje aplaudió,
Mientras rojo de fiereza
Y sin volver la cabeza
Ni sujetar al overo,
Se hundía el zambo ligero
En la cercana maleza.

Con bulliciosa alegría,
Abandonando el camino,
Torna el grupo campesino
Á la agreste pulpería;
Bajo la enramada umbría,
Que amustia la luz solar,
Vuelve el mate á circular,
Vuelve la taba á correr,
Y la guitarra á tañer,
Y el payador á cantar.

Al fin, con pausado vuelo,
Cuelga la noche callada,
Su vestidura enlutada
En los confines del cielo;
Pero rasgando su velo,
La faz de la luna asoma
Sobre la desierta loma
Y sobre el campo florido,
Que queda blanco y dormido
Como una inmensa paloma.

Entonces, al trote lento
Del alazán vencedor,
Y acariciado el cantor
Por amante pensamiento,
Cruza el llano cuyo aliento
Huele á trébol perfumado,
Y del bosque enmarañado
Entre los troncos se pierde
Bajo el cortinaje verde
Por la luna plateado.

De pronto, tras un cipó
Que rastrero el monte alfombra,
Se alzó del zambo la sombra
Y un reto á muerte se oyó;
— Nadie al ñudo me esperó, —
Dice altivo el guitarrero,
Y descabalgando fiero,
Su daga, que al aire brilla,
Hace chispear la cuchilla
Del corredor del overo.

Con el aliento agitado,
Ágil el brazo nervudo,
Y convertido en escudo
El poncho á tientas doblado,
Los dos, con empeño airado
Giran en danza infernal,
Chocan puñal con puñal,
Se abrazan con rabia ciega,
Luchan y caen en la brega
Arrastrando á su rival.

Sólo el payador se alzó
De roja sangre cubierto,
Y la luna, sobre el muerto,
Su blanca lumbre tendió;
Raudo galope se oyó,
Quedó mudo el bosque umbrío,
Lentamente en el vacío
Las estrellas se apagaron,
Y las aves despertaron
Entre guardas de rocío.

PUESTA DE SOL

Se contemplaron á la luz del día
Que declinaba yá. Con vibraciones
De serpiente colérica, latía
El golillesco encono en sus rejones.
Se miraron también los dos corceles;
Era el uno alazán y el otro overo;
Sonaban como locos cascabeles
Los bruñidos metales del apero.
Las dos lanzas el quite descuidaron.
El golpe fué mortal. Los dos caudillos
Sobre la verde yerba rebotaron
Bajo la luz de tonos amarillos.
Los corceles cruzaron la llanura
En dirección opuesta. Bajo el monte
Se perdieron después. La tarde pura
Aún doraba el confín del horizonte.
Los dos caudillos, con la llaga abierta
Cual surtidor de sangre, resollaban,
En tanto que su luz, una luz muerta,
Los oros del crepúsculo trenzaban.
Vino la noche. Resonó en lo frío
De la sombra el rugir de los jaguares.
Allá, muy lejos, susurraba el río
Su monótono canto en los palmares.

Volvió á sonar el grito de las fieras,
Los dos agonizantes se acercaron,
Y de los dos rejones las banderas,
A un suspiro del viento, se besaron.
Y cuando yá la luna destrenzaba
Las incoloras haces de sus brillos,
¡Vió la muerte, la muerte que pasaba,
Bien abrazados á los dos caudillos!

LA TROPA DE CARRETAS

I

Cantando su canción la surestada
Galopa hacia la mar. Las nubecillas,
De blancura ligera y desflecada,
Transponen membrillares y cuchillas.
Vuelan alegres por el patrio cielo
Sobre la sien con yuyos de las lomas,
Y hace pensar lo manso de su vuelo
En el vuelo gentil de las palomas.
Después se espesan, giran, se ennegrecen,
Agrupan sus magnéticos vapores,
Y sus profundos combos se parecen
A una banda de buitres graznidores.
No hay truenos en el aire todavía.
El sud arrecia. La humedad es honda.
Los pájaros se esconden en la umbría,
Y las ramas se encurvan en la fronda.
Llueve y llueve. Los cisnes agrupados
En fila triangular, sube que sube,
Cruzan los horizontes emponchados
Siguiendo el mismo rumbo que la nube.

Las lagunas se llenan. En los hoyos
De las abras, saltando á borbotones,
Redobla el tamboril de los arroyos
Salidos de los verdes cañadones.
El agua hasta los pies de la cuchilla
Corre por las bajantes del potrero,
Se perfuma en la virgen manzanilla
Y se escurre en el nido del hornero.
Las majadas no pacen; chapalean
Sobre el yerbal fangoso y desflorado,
Hasta que al fin las nubes se clarean
Vencidas por el sol ensangrentado.
Sacude el sol su cabellera rubia
Gozoso de su triunfo y de su esfuerzo,
Mientras llora el desastre de la lluvia
El estridente grito del escuerzo.

II

La lana, de vellones ensedados,
Se apila en las carretas del camino;
Pero impiden los baches inundados
Que la tropa la lleve á su destino.
Desgranadas se ocultan las espigas
En los bordes barrosos del sendero;
¡No faltarán peligros ni fatigas
Gracias á aquel satánico aguacero!
Los bueyes ya con lentitud segura
No avanzan por aquel inmenso río,

Y el convoy estancado en la llanura,
Es una flota sobre el mar bravío.
En el primero de los carros grita
Serafín Carvajal. Cuida su lana.
El viejo es del color de la pepita
Que esconde entre sus pulpas la manzana.
¡Jura contra su suerte y contra el cielo!
¡No esperó á la tormenta y el nublado
Sus vellones de fino terciopelo
Atasca sobre un mar ilimitado!
¡El viejo es un ají! ¡Con sus manazas
Tendidas sobre el río pantanoso,
Esparce maldiciones y amenazas
Bajo la luz del sol esplendoroso!
Nueve son las carretas, y las nueve
Están sucias de fango hasta el toldaje:
¡Yá ningún buey por avanzar se mueve,
Y no se vé ni punta de hierbaje!
¿Desuncir?—¡Chiva!—¿Dónde y de qué modo?—
Carvajal, insultando á los boyeros,
Vuelve otra vez á maldecirlo todo:
Lana, yuntas, caminos y aguaceros.
No hay relumbres de verde en lontananza,
El cristal por doquier espumajea,
Y el viejo, con transportes de venganza,
Picanazos y pestes menudea.
Con sigilo se ríen los boyeros:
El desuncir es una ley forzosa;
Pasan, de dos en dos, algunos teros
Y declina la tarde esplendorosa.

Muere la luz en lluvia de centellas,
Se ennegrece el cristal del praderío,
Y el temblador arder de las estrellas
Se rompe en oros sobre el ancho río.
Y allí, sobre lo azul de la laguna
Que rima sus mugientes amenazas,
Carvajal contra el disco de la luna
Esgrime el tenazón de sus manazas.
De los chajáes, que cortan el ambiente,
Se oye á lo lejos el vibrante grito,
¡Y la luna colora dulcemente
De nácar y topacio á lo infinito!

LA CANCIÓN DE LA CUNA

I

Casó por segunda vez
A los cuarenta cabales,
Cansado de su viudez,
El bueno de Juan Morales
Con Isolina Aljerez.

Es Juan el feliz señor
De una estancia de mi flor,
Toda ganado y gramilla,
La que encierra en su verdor
Un río y una cuchilla.

Es el río cancionero
Y es la loma atrebolada,
Siendo el campo un pebetero
Que huele á ruda mezclada
Con toronjil y romero.

Muy gordote, pero fuerte,
Juan se ríe de la muerte,
Y su mucha obesidad,
Aunque poco le divierte,
No le roba agilidad.

Trabajando y trabajando
Fué su hacienda acrecentando,
Al enriquecer soñó,
Y una noche se casó
Para seguir engordando.

Tuvo en su mujer primera,
Una dulce compañera,
Un burucuyá florido,
Un gajo de enredadera
Donde siempre cantó un nido.

Y ha diez meses, al nacer
Un querubín hechicero
Con aspas de rosicler,
Perdió Juan á su mujer
Por culpas de un curandero.

II

Juan, en su mansión vacía,
Lloró de melancolía,
Y en un viaje á la ciudad,
Harto de su soledad,
Pasó por la vicaría.

Viendo una vez y otra vez,
En la playa y en la calle,
A la moza de Aljerez,

Juan se fija en la esbeltez
Y en los cimbros de su talle.

Del talle pasó á los ojos,
De éstos á los labios rojos,
Y tanto dió en ponderar
Que hallóse, puesto de hinojos,
Con la moza ante un altar.

La joven, sacerdotisa
Del lujo y de la elegancia,
No fué llorando de risa
Que siguió á Juan, cuando á prisa
Regresó Juan á la estancia.

Obeso, pero fortacho,
Se volvió Juan un muchacho
Por lo simple y querendón;
¡Era un baile de acordeón
Con la caja de quebracho!

Isolina, encariñada
Con la ciudad turbulenta,
No bien se supo casada
Fué pampero de tormenta
Que resopla en la cañada.

No dá su precio al valor
De las tareas rurales,

Odia el fecundo sudor,
Y hasta odia á los cardenales
Que silban cantos de amor.

Vive en perpetuo vaivén
Como fuego de volcán,
Es su lengua de alacrán,
Mira al niño con desdén
Y con desdén mira á Juan.

En balde nuestro sol pasa
Dorando golfos azules,
No hay tortas donde no hay masa
Y es siempre un cielo con tules
El cielo de aquella casa.

Y Juan, gordote y simplón,
Se dobla bajo el turbión
De la hurí de labios rojos,
Que tiene grandes los ojos
Y pequeño el corazón.

En la casa hay una huerta
Florida, pero desierta
De gorjeos de cariño,
¡Y en su cuna llora el niño,
Y en su sepulcro la muerta!

III

Hay en el amplio jardín
Tendido á los pies del cerro,
La cuna del chiquitín,
Mucho perfume á jazmín
Y junto á la cuna, un perro.

Es un guardián primoroso
Aquel cimarrón cerdoso,
Salvaje, siempre encrespado,
Y que Juan ha bautizado
Con el nombre de Barroso.

Sabe las horas pasar
Junto á la cuna tendido,
Y saluda el despertar
Del nene con un ladrido
Apiadado y familiar.

La tarde á que me refiero
Hay mirras en el zarcero,
Hay alas en el ambiente,
Y hay patos en la corriente
Que serpea en el estero.

El niño está malucón:
¿Vanguardias de escarlatina?
¿Anuncios de sarampión?
¡Que le importa al corazón
Sin ternuras de Isolina!

La noche, cercana yá,
Al pequeño encontrará
Solitario en el jardín;
¡Sólo, á sus pies, velará
La nobleza del mastín!

Isolina, que ha sentido
Una alegre risotada,
Corre hacia el ángel dormido:
¿Por qué el perro no ha gruñido?
¿Quién estuvo en la enramada?

Yá una noche, al resplandor
Nacarado de la luna,
Bajo aquel mismo verdor,
Vió á una sombra de la cuna
Extenderse en derredor.

El niño duerme. El confín
Es telaraña monstruosa
De hilos de lila y carmín.
¡En los ojos del mastín
Arde una luz misteriosa!

IV

Aquella noche el nenito
Abrasa como un volcán:
Pensando en el enfermito,
Solloza como un bendito,
Cerca de Isolina, Juan.

El cuarto del chiquitín,
Que quedó solo en la cuna,
Dá á las frondas del jardín
Donde, á la luz de la luna,
Vela gruñendo el mastín.

Se oye, de golpe, vibrar
Su ladrido familiar,
Su saludo alborozado,
Y en el misterio estrellado
Suena un amante cantar.

¡Es el eterno arroró,
Es la santa melodía:
Juan, oyéndola, lloró
Lo mismo que lloro yo
Pensando en la madre mía!

Era el cariñoso trino
En la quietud nocturnal,

Como el perfume divino
Que flota sobre un mirrino
Vaso de puro cristal.

Presos en las musicales
Ondas del canto de amor,
Se agrupan los cardenales
En los guindos y perales
Del jardín perfumador.

—¡Es en la estancia vecina!—
Le dice Juan á Isolina,
Y con recóndito afán
Que es la muerta la que trina
Comprende el cuitado Juan.

Después convulso la nombra,
Y atravesando la alfombra,
Donde hay dibujos de luna,
Vé de la muerta á la sombra
Doblada sobre la cuna.

Vuelve el arrullo á zurcir
En la noche de zafir
Su arabesco de patrañas,
Y á otro sér en sus entrañas
Siente Isolina latir.

Con angustiosa emoción
Rompe la triste á llorar,

Sintiendo á su corazón
Junto á otra cuna cantar
Aquella misma canción.

¡Cuando la luz matutina
Tiñe de rosa y armiño
La frente de la colina,
Halla rezando á Isolina
Junto á la cuna del niño!

¡Ya la muerta dormirá
Tranquila! ¡Dios le dirá
Que, cuando brille la luna,
Otra madre mecerá
De su pequeño la cuna!

Y la tarde de aquel día
Vió, con júbilo, el jardín
¡A una mujer que cosía
Junto al niño, á quien fingía
Ladrar el viejo mastín!

LA TRILLA

Sobre un mar de silvestre manzanilla,
Pebetero de rústica fragancia,
Alza su alegre construcción sencilla
El edificio de una vieja estancia,
En cuyos muros caldeados brilla
El sol de fuego que doró mi infancia,
El patrio sol cuya gentil corona
La vid fermenta y el trigal sazona.

Una aurora de nimbos sonrosados
Sobre la estancia su cendal despliega,
Se mece con el junco en los bañados
Y en el columpio de las lianas juega;
Pinta el rubio maíz de los sembrados,
Que con diamantes brilladores riega,
Y puebla de melódicos cantares
El ancho quitasol de los palmares.

Oh luz! oh claridad! Tiende su vuelo
La garza sobre el cauce cristalino,
La becacina se remonta al cielo
Y abre la flor su cáliz purpurino;

Mueve el ombú su suave terciopelo
Junto al cerco de pitas del camino.
El coatí se guarece en la espesura.
La esencia flota y el raudal murmura.

Bajo la lumbre que tremante brilla,
El tordo en el laurel trina y gorjea.
Se aroma el espinillo en la cuchilla
Y el guayacán sus nieves balancea:
En la revuelta crin de la tropilla
El dulce soplo matutino ondea,
Y la res montaraz, de ojos de llama,
Escarba el suelo, se estremece y brama.

El alerta del gallo en los corrales
Saluda reverente al nuevo día,
Despierta la perdiz en los trigales
Y en el guayabo la torcaz bravía:
Del humo las azules espirales
Flotan sobre la pobre ranchería
Y el rubio sol su clámide radiosa
Cuelga en los hombros de su opaca esposa.

Al fin la noche su soberbia humilla,
Se alza del sol el círculo inflamado,
Y comienzan los lances de la trilla
De las espigas en el mar dorado;
Limpio de nubes el espacio brilla,
Sus alas cierra el viento embalsamado,
Y del ceibal en las flexibles ramas
Tiende la luz su túnica de llamas.

Briznas y tallos por el sol vestidos
Con tintes de naranja brilladores,
Se mecen en el aire sacudidos
Por un turbión de insectos de colores;
Y bajo el mar de espigas escondidos
Se agrupan con placer los segadores,
Que encuentran en el oro del paisaje
Fresco abanico y ancho cortinaje.

Sobre la parva que reseca brilla
Alzan los mazos de la mies bronceada,
Entre los corvos dientes de la horquilla,
Los que disponen la primer camada;
Y comienzan las rondas de la trilla
Bajo el casco fugaz de la yeguada,
Que con su golpe rítmico y sonoro
Desmenuza la mies en hebras de oro.

Trémula por la danza febricente
Que apresura del látigo el chasquido,
Y las ondas del aire incandescente
Aspirando con sordo resoplido;
La inculta crin tendida en el ambiente
Y con el cuerpo de sudor teñido,
En grupo denso la yeguada rueda
Bajo asfixiante y áurea polvareda.

Llegó con su descanso el mediodía,
La hora estival por el ofidio amada,
En que duermen las voces de la umbría

Y humea la llanura calcinada;
Se espesa el aire, que enrarece el día
Con su voraz y brusca llamarada,
Llora la esquila de la res sin brío
Y en brillazones se desangra el río.

Cuando el bochorno su desborde enfrena,
Gime de nuevo la tronchada espiga,
Vuelve la ronda de clamores llena,
Y el flanco late con mortal fatiga;
Pero esta vez asiste á la faena,
Dulce testigo que al denuedo obliga,
La hija gentil del dueño de la estancia,
Silvestre flor de espléndida fragancia.

Se llama Margarita; el estanciero
En ella tiene su mejor tesoro;
La arrullan con sus píos el hornero
Y con sus trovas el zorzal canoro;
Las ráfagas salvajes del pampero
Se amansan al rozar su frente de oro,
Y en las cálidas tardes del estío
Se azula más, para besarla, el río.

Da á sus labios la ceiba enmarañada
El color de la púrpura salvaje,
Y á su rostro la espiga bronceada
Los matices estivos de su traje;
El boyero, que gime en la enramada,
Le da su voz de musical lenguaje,

Y el ritmo de su dulce movimiento
Las palmas columpiadas por el viento.

Torcaza de la selva en que ha nacido,
Concentra sus modestas ambiciones
En la verde guirnalda de su nido
Saturado de arrullos y canciones;
Púber aún, su corazón dormido
No conoce otro afán ni otras pasiones
Que el vuelo libre, por el campo en galas,
Con un nimbo de luz sobre las alas.

Pero no, que en sus ojos celestiales
Arde la llama del amor bendita,
Y el ángel de los sueños virginales
Ya no acompaña solo á Margarita;
Bajo la noche azul de los sauzales
Con nuevo afán su corazón palpita,
Cuando á los rayos de la blanca luna
Cruza un grupo de cisnes la laguna.

La niña por su amado acompañada,
Mira con sus pupilas soñadoras
El trote abrumador de la yeguada
Que hace saltar las cintas voladoras;
Da principio después la repisada,
Despiertan del crepúsculo las horas,
Y apresuran los peones la faena
Pensando en los placeres de la cena.

Humean ya los grasos costillares
Pendientes de los férreos asadores,
Sobre ramas de vetas seculares
Envueltas en purpúreos resplandores;
Se alzan en rojos nimbos circulares
Del jugo que gotea, los hervores,
Y un mastín de pelaje encanecido
Duerme junto á las brasas extendido.

La pareja gentil por la llanura
Pausada emprende su amoroso vuelo,
Fabricando espejismos de ventura
Más puros que la bóveda del cielo;
Recoge el sol su ardiente vestidura,
El tordo entona su canción de celo,
Y limpia estrella su cendal de plata
Sobre los mares de lo azul desata.

De pronto, entre flotante polvareda,
De un rodeo el tropel bramando asoma,
Como entre nubes irisadas rueda
El torrente que cae desde la loma;
Gime el eco medroso en la arboleda,
La manzanilla en gajos se desploma
Y la res muge, en su rabiosa huída,
Por el mastín y el lazo perseguida.

Un novillo, frenético y valiente,
Más que sus azorados compañeros
Herido por la lonja y por el diente,
Cruza veloz del llano los senderos;

Baja las corvas astas de su frente,
Hiere en su afán los aires plañideros,
Y se dirige con empuje airado
Hacia el grupo de amores embriagado.

Ella quedó por la sorpresa helada,
Sin acertar á huir, de miedo loca,
Con un mundo de angustia en la mirada
Y un grito ahogado en la entreabierta boca;
Mira el joven el riesgo de su amada,
Corre al novillo, su furor provoca,
Y cae postrado con profunda herida
Mientras huye la res enceguecida.

Y una noche estival, dulce y serena,
En que se embriagan de pasión los nidos,
Saturados de efluvios de verbena
En el seno del monte recogidos,
Y el blanco traje de la luna llena
Se columpia en los árboles dormidos,
Surgió del fondo del muriente día
Para endulzar del joven la agonía.

Llora junto á él, la niña abandonada
Por todos sus ensueños tentadores,
Envuelta en una nube plateada
De haces de luna y hálitos de flores;
¡Oh dulces campos de la patria amada
¡Oh mirra, luz, suspiros y colores,
Sobre el cadáver de su amor primero
Abrid los brazos de oro del Crucero!

¡Callad, reclamos de la quieta umbría,
Himnos de amor de la gentil ribera
Donde hace nido la torcaz bravía
Y gime la calandria plañidera;
Donde la red de sus capullos cría,
Abrazada al ombú, la enredadera,
Y donde aún, bajo la noche, flota
Del trigal zumbador la última nota!

LAS SARNOSAS

En el corral encerrada,
La majada
Rumia soñolienta y triste;
Se está levantando el día,
Y de rósea pedrería
El horizonte se viste.

Las merinas, perezosas
Y sarnosas,
Balan con dulce ronqueo;
Y bajo el sol de violeta,
La paleta
Siente el gozo del rasqueo.

La sarna roe, serrucha,
Pica y lucha
Con lentitud de gusano,
Mientras el vellón, que rueda,
Vá y se enreda
En otro vellón lozano.

En los listones del cerco
Es más terco
El rascar acariciante,

Y lucen sangrientas rosas
Las sarnosas
Sobre su lana colgante.

Son flaconas y mezquinas
Las merinas,
Que con empeño obstinado
Ensedan con sus flecones
Los cordones
Con púas del alambrado.

Mucho llovió y son fangales
Los corrales
Donde la sarna se apiña;
—¿Para qué la bañadera?
¡Es tontera
Batallar contra la tiña!

Ya vendrá el vellón espeso,
Como un beso
De seda tupida y blanca,
Cuando la luz del estío
Dore el río
Y el yuyal de la barranca.

Ya las madres jubilosas
Y grasosas
Vestirán traje más fino,
Y retozarán ligeros
Los corderos
Sobre el mantel campesino.

Nada de labor. El daño
Del rebaño
Sólo se debe á la lluvia.
¿Para qué ungüentos y brega
Si ya llega
La luz sofocante y rubia? —

¡Y Ezequiel sueña impaciente
Con la ardiente
Lumbre del bermejo estío,
Mientras se ván á montones
Los desflecados vellones
Hacia las ondas del río!

EL RASTREO

I

Tendiéndose en la loma, se mira el caserío;
Hay vuelos en el aire y arrullos en el río;
Azula sus espejos la lumbre mañanera,
Y es vaso de perfumes la flor de la zarcera.

Lindante con la iglesia, de rancia arquitectura,
Se vé cimbrar el huerto, plantado por el cura:
Un cura bondadoso, como de misa y de olla:
Un cura de ojos dulces, un cura sin bambolla;
Un cura que es anciano, pero que fuerte y listo
Con sencillez practica la religión de Cristo.

Ama los campos verdes, los horizontes puros,
Los higos de su higuera jugosos y maduros;
Ama las margaritas de tintes purpurinos,
Y ama las tosquedades de nuestros campesinos,
De los que sus sandalias de cáñamo y de lona
Mueven entre los oros que nuestro sol sazona.
¡Mi cura lugareño, cuando la salve suena,
Lo mismo que á Susana, bendice á Magdalena!

Mi cura, que idolatra la costa y la cuchilla,
El nido que sacude cimbrando el coronilla,
Los cálices blancuzcos que teje la cicuta
Y el culebreo innoble de la serpiente astuta;
Mi cura, que es de veras un cura siempre bueno,
Apareció aquel día, de refulgir sereno,
Cosido á puñaladas, gotea que gotea,
Junto al altar con rosas del mártir de Judea.

Los chacareros besan la sangre del bendito;
Aflige á los más duros lo torvo del delito;
Y al recorrer el templo, la muchedumbre nota
Que está la humilde arquilla desbalijada y rota.
Se vé, junto al cadáver, la daga traicionera
Como los ojos pardos de cimarrona fiera,
Y del altar las luces, con ténues refucilos,
Se azulan en lo agudo de los cortantes filos.
¡Inciensan al apóstol, que predicó piedades,
Las rosas ofrendadas al Dios del Tiberiádes!

Al recoger la daga de refulgir rojizo,
Descubren al malvado. Con ella el fronterizo,
El que odia los balances de las doradas mieses,
Segaba el musculoso pescuezo de las reses.
¡No hay duda de que el crimen es obra del matrero,
Muy ducho en su incruenta labor de carnicero!
¡El pomo del cuchillo, que descubrió la traza
Del tigre bien cebado de alcohol y de zaraza,
Tiene las iniciales con que el brutal rompía
Los huesos de los cráneos al despuntar del día!

Y principió la caza del lúgubre asesino.
El bosque, sauce á sauce. Lo rubio del vecino
Trigal donde los tordos, sus bodas pregonando,
Revuelan y revuelan sobre la miés silbando.
Guardianes y labriegos, bajo la lumbre amiga
Que tuesta los borlones cobrizos de la espiga,
Se pierden en los trigos, se nombran á lo lejos,
Y sudan de la llama solar á los reflejos.
El sol dice al encaje del río, que murmura,
La romancesca muerte del bondadoso cura,
Y un aperiá dá datos á un grupo de vizcachas
Del crimen que alborota y asusta á las muchachas,
Del crimen que los viejos comentan con sollozos,
Del crimen que iracundos quieren vengar los mozos.

En busques y rebusques se pierde todo el día:
El comisario rabia; la indignación se enfría;
A sus hogares vuelven los grandes y los chicos;
Murmuran del inútil ojeo los milicos;
Concluyen los purpúreos chispazos de la puesta;
Los tucos sus faroles encienden en la cuesta;
El lechuzón agita las plumas de sus alas
Sobre la copa en luto de los añosos talas,
Y entonces á un milico le dice el comisario:
—¡Qué desensillen esos y búscame á Nazario!—

II

La tropa fatigada bajo el trigal dormita,
El tero sus alertas sobre las mieses grita,
La media noche tañen los buhos junto al río,
Y el comisario clava la vista en el vacío.
Los fúlgidos diamantes de la celeste altura
Refulgen santamente, con una gran dulzura,
Y pasan las estrellas de resplandores de oro
Como monjas que siguen el camino del coro.
El comisario, mozo de corazón bien puesto,
Se dice que sería inhábil y funesto
Dejar impune el crimen sacrílego que altera
La quietud de la joven vecindad chacarera.
Por el lado del río hay un poco de bruma,
Se sienten chapaleos sobre la blanca espuma,
Y muy pronto se enfrenta nuestro buen comisario
Con las grises pupilas del rastreador Nazario.

Hace mucho, dos décadas, una tarde de estío,
Cuando el sol se ocultaba en las ondas del río,
Nazario Santallone cayó sobre el poblado
La bombacha hecha trizas y el poncho desgarrado.
Un golpe de cuchillo sangrea en su mejilla;
Cubre el lodo la caña de su bota amarilla;
No se le ven espuelas, ni puñal, ni sombrero;
Trae dos veces baleado y rendido á su overo.
Ni diz lo que le ocurre ni diz de donde viene.

Se cura, se hace amigos, le adoptan, se detiene
En aquellos maizales que nuestra lumbre dora,
Y en el sauzal construye su rancho de totora.
Nazario se hace pronto un renombre en la aldea
Por el instinto agudo con que busca y rastrea.
Un alfiler, á ciegas, os hallará en la loma.
¿Tiene un sexto sentido igual que la paloma?
¿No son brujos la garza y el flamenco emigrante?
El rastreador Nazario es huesoso y gigante,
A modo de sarmiento y yaribá bravío;
No es hablador y luce del acero lo frío
En sus ojos azules, en sus ojos grandotes
Como el vaso de mirra de nuestros camalotes.
¡Sin embargo, en las cuevas de sus ojos de acero
Brilla una luz más suave que el vesperal lucero!
Con poncho de milico, lleva en lugar de botas
Unas mal pergeñadas y monteses ojotas;
Pasa de los cuarenta, tiene gris el cabello
Y un costurón de bala junto á la nuez del cuello.
Fué rubio, tiende á albino y esconde su pasado
Como una desventura, lo mismo que un pecado,
¡Lo mismo que los buhos esconden sus tristezas
En lo más espinoso de las patrias malezas!

Pasaron por la iglesia. — Nazario mira al muerto. —
Cabalgan nuevamente por el campo desierto.
Por la costa del río siguen en derechura
Y trasponen, vadeándolo, del sauzal la verdura. —
Nazario vá delante. Alguna vez se apea
Y á la luz del cigarro por los yuyos rastrea.

Hay almas que son lentes que todo lo iluminan.
De un granero en derrumbe los ángulos esquinan.
Lo obscuro es más obscuro. Hay más sombra en la noche.
Un alfalfal rezuma fragancias con derroche.
—Aquí pastó el rosillo, — le dice al comisario,
Y el comisario mira con asombro á Nazario.

El guía siempre muestra seguridad pasmosa.
Ya los cielos se tiñen con cambiantes de rosa.
Las brisas del naciente, apacibles y ledas,
Columpian con su soplo sembrados y alamedas.
Pasan arroyos. Dejan atrás, con rumbo al norte,
Panojas sazonadas y ñandubays en corte.
Hay silbadoras salves de amor en los espinos
Y á veces, entre cercos, se cruzan tres caminos.
Nazario no vacila, elige su sendero
Y avanzan al columpio del trote cochinero.
— ¡Está en aquellos talas! — le dice al comisario
La voz segura y firme del perspicaz Nazario.

La tropa se detiene formándose en guerrilla;
El sol, como una rueda de diamanteos, brilla;
Cerca la tropa el monte que oculta al forajido;
Retumba un trabucazo con lúgubre estampido.
¡El rastreador se dobla y abraza á su montura
En tanto que el sol sube triunfante por la altura!
Al asesino alcanzan, le rinden, le manean;
Los tordos en los ramos sus silbos balancean;
Un colibrí sacude sus alitas veloces,
Y se alza por los trigos el coro de las hoces.

Es un chispeo toda la planicie fecunda;
Pero Nazario se hunde en la noche profunda,
En la lóbrega noche que no tiene mañana,
En la noche de un mundo sin ceibales de grana;
¡Y el poncho, nuestro poncho, extiende el comisario
Sobre la faz marmórea del rastreador Nazario!

EL DESERTOR

Sobre la áspera cuchilla,
Que custodia la llanura,
Se ve el rancho en que fulgura
Del sol la lumbre amarilla;
La enredadera sencilla
Del ñapindá florecido,
Cubre las tapias del nido
En la ausencia no olvidado
Por el desertor temido,
Por el fiero Juan Soldado.

Hasta en los negros terrones
Del horno de la tahona,
La borraja cimarrona
Teje cerúleos cintones;
Y en frente de los bastiones
Del cerro de pedernal,
En los claros del juncal,
La cañada culebrea,
Arrastrando su cristal
Que á los juncos balancea.

De los médanos dorados
Los cegadores reflejos,

Se ven muy lejos, muy lejos,
Donde concluyen los prados;
Y tras ellos, empinados
Para mirar la chocita,
Que el padre de Juan habita
Llorando al ausente Juan,
Alzan su copa bendita
El molle y el arrayán.

En ellos jugó de niño,
Sobre sus ramas trepó,
Y Juan, que entre ellos creció,
No ha olvidado su cariño;
¡El arrayán, el armiño
De la silvestre arboleda,
Porque no hay fango que pueda
Manchar su red cimbradora,
Que hasta que sin mancha queda,
Por todos sus poros llora!

En un recodo lejano,
Como melena enredada,
Del pajonal la bronceada
Cabellera corta el llano;
En la estación del verano,
La garza de albo plumaje
Sobre la inculta y salvaje
Cabellera tiende el vuelo,
Para mirar el paisaje
Desde la altura del cielo.

Juan piensa que en la tupida
Red de bronceados colores,
Ha pasado los mejores
Crepúsculos de su vida,
Persiguiendo á la atrevida
Banda de biguás obscuros,
Que creyéndose seguros
Bajaban al pajonal
Cuando del rancho en los muros
La noche cuelga su chal.

¡La leva, la despiadada
Leva de los tiempos viejos,
Le apartó de los espejos
Azules de la cañada;
Con el alma emponzoñada
Fué á servir al batallón,
Llevando en el corazón
Saudades de la cuchilla
Donde lo gris del terrón
De su pobre rancho brilla!

¡Hoy vuelve, pero un abismo
Le separa de su ayer,
Y aunque ha hecho, para volver,
Maravillas de heroismo,
Juan sabe que no es el mismo
Su corazón que el del Juan
Que con inocente afán
Contemplaba placentero

Argentarse el arrayán
Bajo la luz del Crucero!

¡Vuelve con sangre en las manos
Y con odio en las arterias!
¡Vuelve maestro en miserias
Que no conoció en los llanos!
¡Vuelve y con ojos ufanos
El horizonte devora,
Desde la rubia totora
Hasta la parda colina
Donde el sol estivo dora
Del ñapindá la cortina!

Vuelve y profunda emoción
Siente en el alma nacer:
¡No le van á conocer
Las paredes de terrón!
¡Hay algo en su corazón
Más negro que la tristeza
Que surge de la maleza
De aquel pajonal sin luz,
En que arrastra su vileza
La víbora de la cruz!

¡Ya no sabe trabajar!
¡Ya es en raterías ducho!
¡Nada queda del gaúcho
Que arrancaron á su hogar!
¡Para morir ó matar

Aun su brazo tiene brío;
Pero su alma siente el frío
De las almas enervadas,
Cuando piensa en el plantío
De las espigas doradas!

¿Qué hará el desertor, qué hará?
¡Si no huye de aquel paraje,
Sobre el rancho algún ultraje
Por su culpa lloverá!
¡La ley le perseguirá
Por donde quiera que vaya,
Y su espíritu desmaya
Mientras la luz vespertina
Traza una pardusca raya
En la sien de la colina!

¡Para fugarse, mató
En buena ley, brazo á brazo!
¡Le arrancaron del pedazo
De tierra donde nació!
¡Muchas noches custodió
De la patria la bandera,
Siendo natural que huyera
El día en que le dijeron
Que por mucho que sirviera,
Más otros muchos sirvieron!

¡Al saber que su grillete
Con la vida terminaba,

Se desbocó su alma esclava
Como un potro sin jinete;
De la cuchilla el casquete,
Con penachos de sol vivo,
En sus sueños de cautivo
Cada noche aparecía,
Y vagaba pensativo
Con su visión todo el día!

¡Los viscosos saguaypés,
Ocultos en el estero,
Saltaban sobre el sendero
En que ponía los pies!
¡Era en setiembre, en el mes
En que cruzan las cañadas
Las alas tornasoladas
Del aguacil zumbador,
Y en que nacen las rosadas
Corolas del guindo en flor!

¡Sintió tal ansia de huir
Que no le importó matar,
Si llegaba hasta su hogar
Un poco antes de morir;
Y ahora es forzoso partir
Sin rumbo por el zarzaje,
Apelando al matreraje
Que entre las curvas del monte
Ve con ojos de salvaje
Lo que hay en el horizonte!

¡El que dejó la bandera
Se vá para no volver!
¡Libre le tocó nacer
Y es justo que libre muera!
¡Cercana está la frontera!
¡Ya no se ven la cuchilla,
Ni el potrero de gramilla,
Ni el albardón bronceado,
Ni la choza donde brilla
El hogar de Juan Soldado!

LA VENCEDURA

I

Largo traje talar: en la cabeza,
Una corona de laurel; gallarda:
El busto lleno; dulces las pupilas;
El labio como flor de pasionaria;
Sobre sus hombros de matiz cobrizo,
Sobre la rosa - thé de sus espaldas,
Una bandera convertida en manto:
¡Es la bandera de las nueve franjas!

Sentándose en el borde de mi cuna
Me miró la visión; dijo en voz baja
Yo no sé que siniestras profecías,
Y yo no sé que cantos de esperanza.
Hendió el ambiente olor á cinamomo:
Sobre mi corazón su mano blanca
Lo mismo que una hostia, largo tiempo
Mantuvo puesta la visión gallarda;
Y cuando al corazón volví los ojos,
El niño halló en sus carnes dibujadas
Cuatro figuras símbolos: ¡la torre,
El caballo, la res y la balanza!

Desde entonces, si el viento de la tarde,
El que en la cumbre refrescó sus alas,
El que huele á perfumes de cuchilla,
Logra encontrar abiertas mis ventanas,
Desgarrando los tules del crepúsculo
Vuelve á mí la visión y me acompaña
Hasta que nieva el disco de la luna
La nieve de su luz sobre mi estancia.

¡Cuántas cosas, entonces, no se dicen
El pobre bardo y la visión fantástica,
Mientras van apagando sus colores
Del sol poniente las carmíneas rayas!
La voz de la visión es como un himno,
Tañen en ella acordes de guitarra,
Vibran en ella aceros que se chocan,
Y en ella todos nuestros ríos cantan
La canción que al rodar por los barrancos
Murmuran los salterios de las aguas.

Hay en ella laureles que se cimbran
Mecidos del pampero por las ráfagas;
En ella se oye del corcel salvaje
El relincho triunfal; por ella pasan
Como blandos revuelos que simulan
Bodas de amor en nidos de calandria;
Y hay en ella tribunos que apostrofan,
Sacerdotes que ofician en las aras
Del porvenir, y niños que en sus manos
El alfabeto con unción levantan,

Mientras zumba la abeja en los claveles,
El grano de la mies la hormiga arrastra,
Y el boyero construye su vivienda,
Músico y payador, sobre los talas.

Balances de la verde enredadera,
Al rancho de las lomas abrazada
Para cubrir lo negro de sus muros
Con una red de flores violáceas;
Cimbros del guabiyú que en lo más alto
De vuestra corta, pero fuerte talla,
Ocultáis una fruta cuyo jugo
Al azúcar mejor envidia causa;
Zorzal de nuestros montes que á la luna
Diriges tus amantes serenatas,
Desde el flexible junco que se mece
De algún bañado en las serenas aguas;
Crescendos de vihuela en que se dicen
Del domador hercúleo las hazañas,
Mientras doran las luces de la noche
El bronceado dorso de las parvas;
Añoso ombú de flores amarillas,
Que en tu memoria los recuerdos guardas
De los centauros de las viejas horas
Por la pasión del pago iluminadas;
Murmullos desprendidos de mi tierra;
Murmullos que vagáis por las comarcas
Del ñandú y del chajá; sordos murmullos
Que conmovéis el éter de la patria,
Cuando se oculta el sol tras las cuchillas

Con trébol oloroso tapizadas,
¡Cómo os fundís vibrantes en el himno
Con que me arrulla la visión fantástica!

Alma de mi país, la que te cubres
Con la bandera de las nueve franjas;
Alma de mi país, la que te meces
En el sauce llorón de las barrancas,
Donde al carpincho pescador esconde
El sarandí batido por las aguas;
Alma de mi país, que en los aromos
Te saturas de indígenas fragancias,
Y que el clavel del aire de las sierras
Con lo incoloro de las sombras labras;
¡Alma de mi país, eternamente
Pon acordes de tu himno en mi garganta,
Destellos de tu sol en mis pupilas
Y el amor de tu bien en mis entrañas!
¡Pon, alma máter, en los cantos míos
Las humildes historias que se narran
En el fogón de la cocina rústica
Donde matea alegre la peonada;
Y haz que mis cantos vibren largo tiempo
Sobre los gramillares de la patria,
Para que el día en que la sombra llegue
Y entre los brazos de la muerte caiga,
Pueda envolverse el cuerpo de tu bardo
En la bandera de las nueve franjas!

II

Existe un monte entre los montes patrios
En donde el soplo de la brisa inquieta
Cimbra el verde tapiz de una glorieta
Que octubre fabricó;
Una glorieta agreste en que el boyero
Canta á la luz sus cánticos mejores,
Bajo una red de campesinas flores
Pintadas de punzó.

En aquella verdura lujuriosa,
Desbordante en perfumes y en capullos,
Se despierta á la vida, entre murmullos,
El patrio mainumbí;
Y desde ella se ve, linde del monte
En donde brilla del churrinche el pecho,
Una barranca en cuyo fondo estrecho
Ríe el Cebollatí.

Allí la luz de nuestro sol caldea
La verde copa de los viejos talas
Que agitan, con el aire de sus alas,
El buitre y el halcón;
Allí sobre el selvático espinillo
Brilla el oro estival del avispero,
Y allí construye el ingenioso hornero
Su casa de terrón.

Sobre una capa de ligera arcilla
Que la lluvia reciente ha humedecido,
Trenza el ave los muros de su nido
Con barro vegetal;
Corona luego la arcillosa capa
Con un reborde corvo é inclinado,
Que, cubre vigilante y avisado,
Con un reborde igual.

¡Con qué indecible y docta maestría,
El arquitecto cuidadoso amasa
Las paredes de barro de su casa
En su artístico ardor,
Puliendo con las rémiges y el pico
El palacio nupcial de sus amores,
Cuando se viste de hojas y de olores
El guayacán en flor!

Cuando con tres rebordes inclinados
El cantor cubre de la celda el techo,
Traza en el fondo de su nido estrecho
Un muro transversal,
Que el tálamo gentil guarda y defiende
Del frío, de la lluvia traicionera
Y del furor del ave carnicera
Que habita el matorral.

En el fondo del nido, que el tabique
Defiende de los vientos y las brumas,
El hornero, con yuyos y con plumas
Fabrica un almohadón,

Donde celebra sus amantes bodas
Y ensaya sus arpegios estivales
En el mes en que peina en los ceibales
Su corpiño marrón.

En aquel monte, cabellera hirsuta
Por todos los pamperos enredada,
Se mece la glorieta embalsamada
Y se mecen también
El viraró de prominente copa,
Los fatídicos ramos de la aruera
Y el lúbrico verdor de la palmera
De apenachada sién.

Es el espeso monte un intrincado
Laberinto de espléndida verdura,
Cuya salvaje y cálida hermosura
Asombra al viajador,
Porque en el monte confundidos crecen
El quilliaí y el coronilla añoso,
Entre lianas de encaje lujurioso
Y lujuriosa flor.

Allí el árbol del hierro se levanta
Y el guayabo sus frutos balancea,
Allí lo blondo de la luz febea
Dora el ñangapiré,
Allí del arazá las ramazones
Besan á los capullos del ceíbo,
Y cuanto nace en el pensil nativo
Brotar allí se vé.

Allí, cuando el crepúsculo empardece
El verdinegro manto de los talas,
La enorme curva de sus grandes alas
Abre el ñacurutú;
Y allí, cuando se miran las estrellas
Del río saltador en los espejos,
¡Se cubre de fosfóricos reflejos
La copa del ombú!

III

Ya os dijimos que en el monte
Que agita la brisa inquieta,
Hay una verde glorieta
Que el estío fabricó,
Glorieta donde el boyero
Canta sus cantos mejores,
Y en que columpia sus flores
La madreselva punzó.

Pues bien, en un mediodía
De nuestro dorado octubre,
En que la selva se cubre
Con cuanta flor crece allí;
En una tarde en que hay ocios
De siesta en el avispero,
Y en que con brillos de acero
Relumbra el Cebollatí;

En una tarde de esquila,
En que la paciente oveja
Con sorda angustia se queja
Sobre el suelo del galpón,
Donde yace ensangrentada
Sintiendo alzarse á su lado
Una pila de rizado
Y blanquecino vellón;

En una tarde en que todo
Con sed de amores palpita,
Y en que hay en la margarita
Zumbidos de mamangá;
En una tarde en que hay roces
De rémiges en las ramas,
Y en que se amustia entre llamas
La copa del arazá;

En esa tarde, Rosario
Saliendo del caserío,
Dirigiéndose hacia el río
En el matorral se hundió,
Se abrió paso entre sus ramas,
Y penetró en la glorieta
Que cubre enervada y quieta
La madreselva punzó.

Es Rosario una hermosura
De diez y seis primaveras,
De ojos en cuyas ojeras
El querer oculto está,

Como un cazador certero
Que en una zanja escondido,
Aguarda que deje el nido
Y se remonte el biguá.

Es Rosario una paisana
De ojos grandes y rasgados,
De ojos aterciopelados
Y de fúlgido claror,
En cuyas pupilas hondas
Como la noche zahareña,
Hay un cocuyo que sueña
Con el cáliz de una flor.

Sus brazos, hechos á torno,
De piel morena y brillante,
Parece que en un amante
Transporte se van á unir,
Cuando su busto palpita,
Y su talle se cimbrea,
Y sus labios besuquea
Del sol la luz de zafir.

Y es la glorieta un hechizo
De onduladora verdura,
Llena de calma y frescura,
Llena de sombra y de paz,
Cuya cortina bermeja,
Con su coro de salterios,
Canta idilios y misterios
De la fronda montaraz.

En la púrpura extendida
Sobre su frente y su espalda,
Luce la rica esmeralda
De su cota el colibrí;
¡Fiel imagen del deseo,
Ronda la urdimbre bermeja,
Un beso en cada flor deja
Y huye hacia el Cebollatí!

IV

Hija del capataz de dos estancias
Que el río enorme con sus aguas riega,
Rosario es la alegría y es la gloria
De aquellos llanos y de aquellas selvas.
Siendo muy niña aún perdió á su madre:
Libre y sola pasó la adolescencia;
No conoció jamás otras caricias
Que las caricias de la luz febea,
Y que los besos del perfume agreste
De los capullos con que ornó sus trenzas.
No tuvo mas amigas que la luna
Que en los ramajes del ceibal se quiebra,
Y que corona del ombú la frente
Con un disco de lumbre cenicienta;
Aprendió á canturiar con las calandrias,
Sopranos de la verde enredadera
Que cubre con sus rojas campanillas
La rústica pared de la glorieta.

No tuvo más espejos que el espejo
Del río azul que la barranca argenta.
Ni ha leído otro libro que el gran libro
De la siempre feraz naturaleza,
Del pintor que en las alas de los tordos
Puso lo obscuro de la noche negra,
Y dibujó las curvas de la tarde
Con el punzón marmóreo de las sierras.
Una anciana de historia no muy limpia
Y con ciertos ribetes de hechicera,
Le enseñó cuando nacen las auroras,
A bendecir la claridad que llega,
Y le enseñó, cuando la luz se pone,
A bendecir y amar á las estrellas.
Su sencillez le dieron las torcazas
Que en los rastrojos hacen su vivienda,
Le dió el río lo blanco de sus sueños,
Y le dieron los montes su soberbia,
Una soberbia que jamás ofende,
Pero jamás olvida las ofensas.
¡El viraró es soberbio, tan soberbio
Que cuando un árbol á igualarle llega,
Si no consigue superar su altura,
Si inútilmente por subir se esfuerza,
Si el otro está más cerca de las nubes,
Si se halla el otro de la luz más cerca,
Pronto, inclinando la marchita copa,
El viraró se muere de tristeza!

Rosario tiene amores con Laurencio,

Hijo feliz del dueño de la selva
En donde mueve su rojizo manto,
Con balances de junco, la glorieta.
De Laurencio serán las dos estancias
Que el río enorme con sus aguas riega;
Pero el cariño de Rosario es puro,
Y sin argucias la pasión sincera
Que agranda las pupilas de la joven
Cuando Laurencio sus pupilas negras,
Más negras que las alas de los cuervos,
Con amante ansiedad vuelve hacia ella.
En las miradas de Laurencio vive:
Si con torvo fulgor relampaguean,
¡Rosario siente apenadora angustia
Y sus ojos de lágrimas se llenan!
Si habla Laurencio de dejar el monte
Y de volver á la labor pueblera,
A estudiar en sus libros de derecho
Y á tomar parte en las mundanas fiestas,
¡Aquella noche, la infeliz Rosario
Con tenebrosas pesadillas sueña,
Como si alguien las alas de los sueños,
Que en sus pestañas al volar se enredan,
Mojase con el zumo de las hojas
Del algarrobo de las patrias selvas!
En cambio, si Laurencio se sonríe,
Si amantes brillan sus pupilas negras,
Si para el verde camarín del monte
La cita en los incendios de la siesta,
¡Rosario siente rachas de locura
Y cree que el cielo descendió á la tierra!

El amor de Rosario es para el mozo
Una aventura más, una novela
Cuyo final escribirá el olvido
Cuando las lluvias del otoño vengan.
¡Qué le importa al viajero que su nave
Haga estación en la ensenada aquella,
Si cuando el viento en los obenques silbe,
Cuando entre cielo y mar crujan las velas,
Hacia otras playas, demandando goces,
Dirigirá la nave en que navega,
Sin volver la mirada hacia la orilla
En que una noche levantó su tienda!

De aquel amor de un día, en que Rosario
Todas sus esperanzas reconcentra,
Sólo saben los íntimos secretos
Las flores de la verde madreselva.
¡La cortina de púrpura parece,
Cuando murmuradora se cimbrea,
Que de Laurencio las traiciones canta
Y gime de Rosario las cegueras!
¡Conoce que la vida de Rosario
Está del mozo en las pupilas negras,
Y por la dicha de la joven llora,
Y por el alma de la niña tiembla!

La tarde en que principia mi relato,
Rosario al penetrar en la glorieta,
Supo por una carta, orlada en luto,
Que su Laurencio á la ciudad se ausenta:

¡La madre de Laurencio, en la agonía,
Quiere á su hijo besar por vez postrera!
—¡Hay papeles que son como puñales!—
Dice Rosario pensativa y trémula,
Mientras Laurencio del tapiz arranca
Los capullos de túnica bermeja.
Al ver que de los ojos de la joven
Brota un raudal de abrasadoras perlas,
El mozo exclama, colocando un beso
En el hechizo de su faz morena:
—¡Consuélate, mi bien! no he de olvidarte
Y será breve mi forzosa ausencia;
¿No sabes que te adoro y que soy tuyo
Como estas flores son de la glorieta?—
Rosario, entonces, un capullo arranca,
Coloca un beso entre las finas hebras,
Y alargando á Laurencio, que sonríe,
Aquella roja flor recién abierta,
Murmura con su acento de calandria,
Con un acento que solloza y ruega:
—¡Guárdala y que sus hojas te recuerden,
Con incesante empeño, tus promesas,
Y de Rosario los quereres hondos,
Que morirán cuando Rosario muera!
—¡Romántica! el pueblero le responde,
¡No necesito que la flor que besas
Me hable del brillo de tus ojos pardos,
Porque con ellos mis pupilas sueñan!—
Y tomando la flor que entre los dedos
De la paisana sus perfumes suelta,

A la cortina de rojizos tintes
El roto tallo del capullo enreda.
De pronto lanza un grito, por sus ojos
Pasa una nube de agonía inmensa,
Y dos pequeños coágulos de sangre
En uno de sus dedos purpurean,
Mientras se oye el silbido de una víbora
Que de su piel en los matices lleva
El color de las hojas de las flores
Que oscilan en la gruta de la selva.

V

Diz que Laurencio se muere
Vencido por la ponzoña
De la víbora manchada
Con pequeñas manchas rojas;
Y diz que era de coral
O de la cruz, la traidora
Que oculta de la glorieta
En las apacibles sombras,
Escuchaba los coloquios
Del mancebo y de la moza.
Lo cierto es que de Laurencio
El semblante se deforma,
Y las pupilas se anublan,
Y las manos se agarrotan;
Y lo cierto es que los ayes
Del mozo calmar no logran
Ni la infundia del lagarto,

Ni las yerbas que el sol dora
Y cuyas santas virtudes
Testifican cien historias.
  Rosario, desesperada,
Reza, suplica y solloza,
Sin apartarse del lecho
En que la fiebre amontona
Los más lúgubres presagios
Y las visiones más torvas.
  Y así se pasa una tarde;
Y así una noche desglosa
Los enigmas que los astros
Trazan del cielo en la bóveda;
Y así transcurre otro día,
Y así comienza otra aurora
Llena de luz, de perfumes
Y de canturias eglógicas
En los nidos de los ramos
De la selvática fronda.

VI

Á Rosario y Laurencio muy cercana,
  Está una pobre anciana
De tez morena y de expresión sombría;
La que enseñó á Rosario á arrodillarse
  Cuando van á acostarse
Los tordos de los nidos de la umbría.

Al contemplar el duelo de la moza,
Que gime y que solloza
Con la cabeza oculta entre las manos,
Hasta el lecho llegó la viejecita,
La hechicera bendita
Que conoce los yuyos de los llanos.

—¡Le dejaba morir, dijo ceñuda,
Porque abrigo la duda
De que es el mozo de intención ingrata;
Tu pesar que le salve me aconseja,
Y voy á ver si ceja
La ponzoña terrible que le mata!—

Hay un hondo mutismo en el boscaje,
En cuyo verde traje
Brillan del día las nacientes luces;
La anciana reza y destapando el lecho
Dibuja sobre el pecho
Del mozo herido un manotón de cruces.

De Laurencio, después, signa la frente;
Llena un vaso luciente
De agua del monte, como el jaspe pura;
Traza un curvoso círculo en el suelo,
Y mirando hacia el cielo,
Una oración en guaraní murmura.

Con la tierra encerrada en el circuito
Del redondel bendito,

Enturbia el agua que en el vaso brilla;
Se santigua otra vez; de nuevo reza;
Y el agua sin pureza,
En que flotan los átomos de arcilla.

Da á beber á Laurencio, que espantado,
Sobre el lecho sentado
Tiembla de fiebre, de terror y frío,
Hasta que al fin Rosario, casi loca,
Aparta de la boca
Del moribundo, el vaso ya vacío.

La anciana, con profético semblante,
El vidrio centellante
Contra el terrón del suelo hace pedazos;
Se persigna otra vez; otra vez reza;
Y luego, con presteza,
De la cruz vuelve á diseñar los trazos.

Sobre el dibujo, que la cruz corona,
Los restos amontona
Del vaso humilde, en que su fe descansa;
Y después dice, contemplando al mozo
Con orgullo y con gozo:
—¡No hay miedo ya! ¡la víbora se amansa!--

VII

Ya Laurencio partió; ya la glorieta,
En que ríen las luces del verano,

No asiste á los coloquios de la cita
Moviendo el abanico de sus ramos.
Y transcurren los meses. El otoño
Amarillea el trébol de los campos,
Y las cigüeñas hacia el norte emigran
Como llamadas por el sol dorado.
¡Y Laurencio no escribe, y nada sabe
De su Laurencio, la infeliz Rosario,
Que pasa muchas horas, muchas horas
Á las plomizas nubes contemplando,
Cual si pidiese á las plomizas nubes
Noticias y memorias del ingrato!
Y transcurren los meses. El invierno
Los largos trajes, los vestidos largos
Fabrica de las nieblas errabundas
En el fondo sin luz de los barrancos.
En las noches eternas, se oye el ruido
Del viento que sacude los guayabos,
Y hace cimbrar del viraró la copa
Con los empujes de su fuerte brazo.
Son los amaneceres de llovizna,
El alba nace siempre sollozando,
Y graba la canción de sus dolores
De la reja en los vidrios empañados.
¡Y Laurencio no escribe, y nada sabe
De su Laurencio, la infeliz Rosario,
Que pasa muchas horas, muchas horas,
Junto al fogón, las llamas contemplando,
Como si en medio de las rojas llamas
Danzasen las visiones del verano!

Y transcurren los meses. Ya se anuncia
La estación de los nidos y los cánticos;
La estación en que vuelven las cigüeñas;
La estación que pregonan los heraldos
De verde peto y gorras de escarlata
Que la glorieta cimbra entre sus gajos.
Y el capataz recibe una misiva
Diciendo que Laurencio se ha casado,
Y que muy pronto posará en la estancia
De su luna de miel el vuelo blando.
Oyendo la lectura del billete,
Tiembla de encono el alma de Rosario:
—¡El monte es suyo! ¡la glorieta es suya!
¡Son propiedad de los amores santos
De que fueron testigos las rojizas
Flores colgadas de los verdes ramos!
¿Por qué ha de profanar planta extranjera
Los caminales del edén soñado,
Los que creía recorrer de nuevo
De su Laurencio en los amantes brazos?
¿No tienen la ciudad con su bullicio?
¿No enlodó el mozo lo bastante el campo
Con sus ingratitudes, sus lujurias,
Su falso amor, sus juramentos falsos?—
Aquella noche el capataz ansioso,
No hallándola en las casas, á Rosario
Buscó en los malezales de la selva
En que gime la voz de los presagios.
Sólo al amanecer, bajo las zarzas
Que alfombran las vertientes del barranco,

¡El pobre viejo se encontró un cadáver
Que allí las olas del raudal dejaron!

VIII

¡Llegado con la noche, de la aurora
Laurencio espera ansioso los fulgores
Para espaciar su vista en los verdores
Del campo en que nació!
¡Con qué placer, cuando despunte el día,
Verá la selva, que limita el río
Que en las doradas tardes del estío
Frescuras le brindó!

—¡Si viviese Rosario! ¡si viviese
La que sabía de las flores rojas
Los íntimos secretos, las congojas,
El voluptuoso afán!
¡Si viviese la garza de los grandes
Ojos en dulce claridad bañados,
La musa de los cuentos fabricados
Con fibras de arrayán!—

Así cruzando el mar de las memorias
Que ondulan bajo el muro de su frente,
Á los primeros brillos del naciente,
El joven exclamó;
Y como respondiendo á sus palabras,
Desde un balcón que mira á la arboleda,

El eco de una voz queda, muy queda,
Á Laurencio llamó.

Laurencio abre el balcón. ¡Oh maravilla!
De la gruta del monte desprendido,
Algún gajo arrastrándose ha subido
Hasta el balcón aquél;
Y del balcón sobre el grisáceo muro,
La madreselva de las rojas flores
Agita los espléndidos verdores
De un frondoso dosel.

Escudriñando el amplio cortinaje
Laurencio siente una ansiedad divina,
Al ver que sólo tiembla en la cortina
Un capullo punzó;
Un capullo silvestre, por el lloro
De los ojos del alba humedecido,
Y que dice acercándose á su oído:
—¡Sí, Laurencio, soy yo!—

MAGNA MÁTER

(En la paz de 1897).

I

¡No de la guerra los sangrientos dones
Pondrá mi musa en tus nevadas sienes,
Porque el laurel que ostentan tus pendones
Aun inmarchito y lujuriante tienes!
¡No he de pedir, para mecer tu sueño,
Himnos de triunfo á tu bizarra historia,
Pues harto sé que al enarcar el ceño,
Eres la prometida de la gloria!
¡No cantaré, señora, tu bravura,
Pues conoce con gozo mi esperanza
Que si ciñes la bélica armadura,
Á cada bote de tu lanza fiera,
Añades, con el brillo de tu lanza,
Más luz al sol que alumbra tu bandera!

II

¡Guarda mi corazón el noble brío
Y el santo orgullo que le da tu aliento,
Cuando te mira en el corcel bravío,

En tu corcel de libertad sediento,
Cruzando nuestros valles, sin más leyes
Que las que impone de tu espada el fallo,
Para fundir, con joyas de tres reyes,
El cegador pretal de tu caballo!

III

Deidad y reina, para amarte vivo,
Con tu visión magnífica me arrobas,
Y eres la luz á cuyo rayo escribo
Mis pobres cuentos y mis pobres trovas.
Cuando recoge su purpúreo velo
La claridad del sol, y huye cobarde
Dejando que se extienda sobre el cielo
La sombra de las alas de la tarde;
Cuando la noche su capuz desata
Y abre la luna su cendal de armiño,
¡En cada antorcha de silente plata,
Quemo á tus pies la mirra del cariño!
Yo soy, para tu altar, la enredadera
Que las columnas del jardín decora
Y es de sus propios gustos prisionera,
Porque si al bardo, que tu nombre adora,
Halla lejos de tí la muerte fiera,
¡Tu río te traerá, madre y señora,
Mi cadáver envuelto en tu bandera!

IV

Yo soy el trovador de tus amores.
Sueño contigo al rayo de la luna.
Me columpio en el cáliz de tus flores.
Y cruzo, con tus cisnes, la laguna.
Vuelo con el cocuyo, que destella
Claridad sobre el rancho de totora;
Y cuando nace la lejana estrella,
Plateo tu verdura cimbradora.
Con el ombú me arraigo en tus colinas.
Perfumo con el trébol tus cañadas.
Lloro con el crespón de tus neblinas.
Y rizo tus corrientes argentadas.
Endulzo tus morados macachíes.
Del guindal hecho flor rasgo los broches.
Y busco, con tus lindos colibríes,
Un lirio azul en que pasar mis noches.
El camuatí construyo en el follaje,
Los finos oros de tus parvas seco,
Y hago mi nido de águila salvaje
De tus peñascos en el hondo hueco.
¡Yo soy el salmo de tu tordo al día,
Tu cruz sobre el altar, tu himno en la guerra
Siendo tan grande la ternura mía
Que los mundos más bellos cedería
Por el palmo más pobre de tu tierra!

V

Los que te quieren bien son mis hermanos,
Idéntico fulgor nos enamora,
Y teniendo su mano entre mis manos,
Les hablo de la patria y de la aurora.
Todo lo que te quiere ó te engalana,
Que tuyo soy por mis canciones sabe:
¡Los que con ella vais hacia el mañana,
Podéis subir á bordo de mi nave!
Todos los que buscamos sus amores,
Y la queremos con afán muy puro,
Y la ceñimos de vistosas flores,
¡Ahoguemos del pasado los dolores
En el mar de los sueños del futuro!

VI

¡El porvenir! ¡la religión austera
De la santa verdad! ¡todo bendito!
¡Los peldaños de luz de una escalera
Que se pierde y se pierde en lo infinito!
¡El porvenir! ¡la majestad sagrada
Del hombre por el bien transfigurado!
¡Nada de sombra y mucho de alborada!
¡El pasaje de Dios por lo estrellado!
¡Las ciudades vestidas de verbena!
¡Las orugas, pintadas mariposas!

¡El abrojo trocado en azucena!
¡Y las madres... las madres venturosas!
¡No más cunas sin cantos de cariño,
El antro abierto al resplandor del día,
La escuela abierta para siempre al niño,
El lodo haciendo puentes al armiño,
Y el futuro más grande todavía!

¡El porvenir! ¡la curva de colores!
¡La cisterna en las brasas del desierto!
¡En el fondo de todos los dolores,
Cristo rezando la oración del huerto!
¡Sobre cada canción, una eglantina!
¡El levita con aspas de profeta!
¡En todo lo que es joven, la divina
Vaguedad inefable de Coseta!
¡Toda cuesta, ascensión! ¡de la venganza
Extinguida la hiel corrompedora!
¡En las cunas más viles, la esperanza!
¡El músculo al servicio de la aurora!
¡El cerebro, un altar! ¡mirra, la idea!
¡Osculo, el labio! ¡el corazón, latido!
¡El hecho, germen! ¡la palabra, tea!
¡Lo que sube, perfuma y centellea
Sobre todas las patrias extendido!

¡El porvenir! ¡visión consoladora!
¡Luz y más luz! ¡el hambre encadenada!
¡Las fronteras unidas por la aurora!
¡La vejez reposando su jornada!

¡Las naciones felices! ¡los pesares
Transformados en glorias y en deberes!
¡El himno del amor en los hogares
Y el himno del trabajo en los talleres!
¡El globo, por los vientos sacudido,
Nadando en pleno azul! ¡roja la espiga!
¡Todas las ramas sosteniendo un nido!
¡Llenas de miel las puntas de la ortiga!
¡Mudo el cañón! ¡los hombres agrupados!
¡La conciencia por juez! ¡la vid con galas!
¡El puñal suprimido, y aventados
Todos los pensamientos engendrados
Sin un poco de luz sobre las alas!

VII

Eso es lo que queremos y buscamos
Para tí, madre, los que en tí vivimos:
Los que con toda el alma te adoramos,
Y más grandes que el odio nos sentimos.
De la ambición sacrílega el oleaje
No ha de impedirte remontar el vuelo,
Que no se impide al águila salvaje
Tender las alas y subir al cielo.
Si el cóndor quiere luz, rompe las brumas
Y hunde en el sol lo pardo de sus galas,
Porque siente latir, bajo sus plumas,
La poderosa fuerza de sus alas.

— Volemos, — dice y se remonta al día,
Mira á sus pies el antro de la nube,
En las ondas del éter se extasía,
Y por el golfo de los orbes sube.
Se baña en las estrellas rutilantes,
Y en lo más alto, símbolo de gloria,
¡Abriendo bien las rémiges gigantes,
Deja escapar su grito de victoria!

¡Arriba, como el cóndor, ciudadanos!
¡Madre, á lo azul! ¡Sus flecos la alborada
Extienda sobre tí! ¡Rompan tus manos
Las brumas que obscurecen tu jornada!
¡El futuro vendrá! ¡Sobre tu frente
Ha de mecer sus arcos de alegría!
¡Estás en las comarcas del oriente
Y en el oriente se despierta el día!
¡Mi flor de lis, mi virginal paloma,
Nombre que terca mi canción modula,
Cuando la luz en el espacio asoma,
Tus nubes son las que primero azula!
¡Y si la noche su cendal desprende,
Si en el confín del cielo culebrea,
Con la primera lámpara que enciende,
Tu solitaria inmensidad platea!
Pasarán de tus sombras los rigores:
¡Mística puerta de la luz te quiso
El que pintó del alba los colores,
Al colocar, señora, tus verdores
Á los pies del balcón del paraíso!

VIII

La Biblia dice así: — La tierra toda
Cubrían de los mares las espumas,
Oyéndose los cánticos de boda
De agua verde y de las grises brumas.
Abrió Noé los húmedos maderos,
Besó la seda del plumaje cano,
Y una paloma de ímpetus ligeros
Lanzó en la inmensidad de aquel oceáno.
Noé con inquietud la contemplaba
Y en el éter el ave se cernía;
Pero á las puertas del bajel tornaba,
Pues sólo espumas á sus pies veía.
Por fin, al despuntar el lampo suave
De la aurora de un sol en luces rico,
Rauda se fué, pero volvió á la nave
Con yerbas de los montes en el pico.
Y cuando, mensajera de ventura,
El ave sobre el arca plegó el vuelo,
¡El iris corvo se cernió en la altura
Rayando toda la extensión del cielo!

Señor, que los matices de las flores
Con los diamantes de los astros fraguas,
Y que tendiste el iris de colores
Sobre el cristal dormido de las aguas:

Si el ave nívea recogió en la loma
El signo de la paz y ya clarea,
¡Qué el mensaje que trajo la paloma
Fecundo en bienes y en olvidos sea!

LA RECONCILIACIÓN

Bajo el rústico palio de una enramada
Que con troncos monteses está formada,
Donde anidan en grupo los picaflores
Y que es toda perfumes, trinos y amores,
Una tarde de otoño, la gente moza,
Al compás de la danza, se agita y goza.

La guitarra los aires de acordes llena;
Su melodioso arrullo variado suena.
Unas veces su nota, dulce y sencilla,
Preside las cadenas de la cuadrilla;
Otras veces es ágil zapateado,
Por són de nazarenas acompañado;
Y del vals, otras veces, los raudos giros
Hacen que su armonía muera en suspiros.

Hay entre los casales de danzadores,
Uno que es el primero de los mejores:
Ella es una morocha de labios rojos,
Que la lumbre del alba lleva en los ojos,
Y que al posar airosa su pie en el suelo,
Suele mostrar la media color de cielo.
Es su falda tan blanca como el armiño;
Lleva, para contraste, negro el corpiño,

Y dos flores azules de enredadera
Esmaltan y perfuman su cabellera.

Es su pareja un ágil y esbelto mozo,
En cuyo labio apenas apunta el bozo;
Que en la guitarra sabe llorar primores,
Cantando sus ensueños y sus dolores.
Viste el gallardo traje del campesino,
La bota charolada y el poncho fino,
Y dicen al mirarle las bailadoras,
Que amansan corazones sus domadoras.

La pareja se cimbra, lista y bizarra,
Al compás melodioso de la guitarra;
La moza suspirante y el mozo esquivo
Siguen con maestría su acorde vivo.
Él contempla á la niña, torvo y huraño,
Como pidiendo cuenta de un desengaño,
Y la niña, turbada la faz morena,
Mira á su compañero con honda pena.

Al sonar un cielito con relaciones
Se chocan en el aire sus dos pasiones,
En coplas tan sentidas y bien templadas
Que hieren como el filo de dos espadas.
Él comienza á decirle de esta manera:
—No es posible que encuentres quien más te quiera.
Burlar en vano anhelas mi sentimiento.
¡Tú eres clavel del aire, yo soy el viento!—
Bajo aquella caricia que la alboroza,

Al gallardo mancebo canta la moza:
—¡Si es verdad que me quieres como tú dices,
No con injustos celos me martirices,
Y fía en la ternura del amor mío,
Como yo en la constancia del tuyo fío!

Al escuchar el choque de los aceros,
Rasguean dulcemente los guitarreros;
A la moza contempla rendido el mozo;
Las guitarras modulan como un sollozo:
En un crescendo suave su arpegio flota,
Y al perderse en el viento la última nota,
¡Ya no adorna la niña su cabellera
Con dos flores azules de enredadera!

Aires de las comarcas donde he nacido,
Vuestros dulces acordes llevo en mi oído;
Por mucho que me aleje no he de olvidaros,
Ni han de faltarme rimas para cantaros.
¡Vibrad eternamente junto á mi oído,
Aires de las comarcas donde he nacido!

ÍNDICE

ÍNDICE

PÁG.

Dedicatoria 5
A manera de prólogo 7

PÓRTICOS

La Patria 15
Volviendo de Europa 21
Mensaje místico 31

EL CICLO CHARRÚA

Himno á Tupá (1552) 41
Liropeya (1571) 45
La canción de Añang (1572) 67
La batalla (1574) 70
La visión charrúa 1575) 77

PRIMER INTERMEZZO

Sinfonía montés 85

CICLO COLONIAL

El atleta indio (1603) 123
Crónica milagrera (1625) 126
Nido de halcones (1705) 131
Una noche colonial (1765) 136
Batalla de atribuciones (1782) 148
Los blandengues (1797) 153
El sarao de Elío (1810) 158

SEGUNDO INTERMEZZO

PÁG.

¡A los bosques! 175
Ella 177
La llanura 179
Carta de ciudadanía 181
La siesta 183
El cocuyo 186
Mediodía 189
Las sierras 191
Al ponerse el Sol 196

CICLO EMANCIPADOR

Preludio 201
Artigas (1811-1850) 203
El capitán Videla (1812) 225
De cómo finó Clavero 230
De facción 234
La retirada del Rabón 238
Bajo las palmas 241
Los redomones 246
La última hazaña 251
Rudecindo Asnares 260
Tacuarembó 268
El clarín de Guairapuitá 273
Las dos invasiones 277
Rezo matutino 290
Libre y constituída (1828) 294

ÚLTIMO INTERMEZZO

De regreso 309
Hiedra del monte 311
A tí 313

PÁG.

En el camalote. 314
Otoñal 316
La seca 318
Siempre á tí 320
Fríos de Otoño 322
Sin título 324
La guitarra. 326
Alejandro Magariños Cervantes. 332

EL CICLO MODERNO

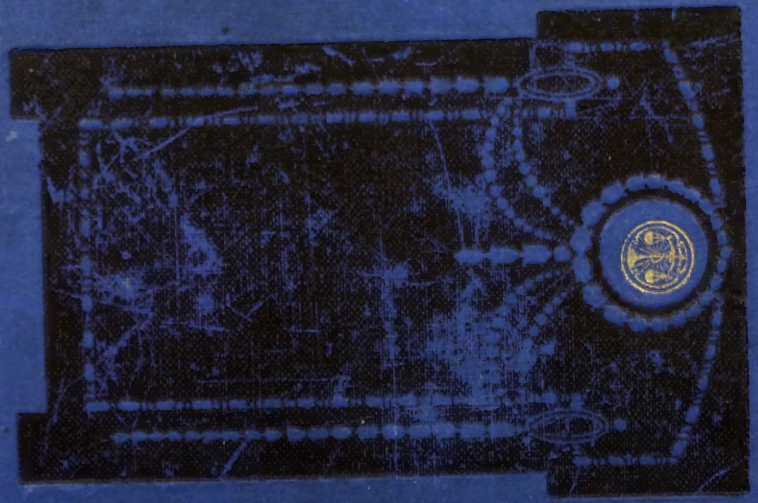
Preludio 339
La guerra civil 342
La yerra 349
La carrera 377
Puesta de Sol. 384
La tropa de carretas. 386
La canción de la cuna. 390
La trilla 399
Las sarnosas 407
El rastreo 410
El desertor 417
La vencedura 424
Magna Máter 447
La reconciliación 456

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

PQ
8519
R7C3
1914

Roxio, Carlos
Cantos de la tierra



UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 12 02 25 14 018 6